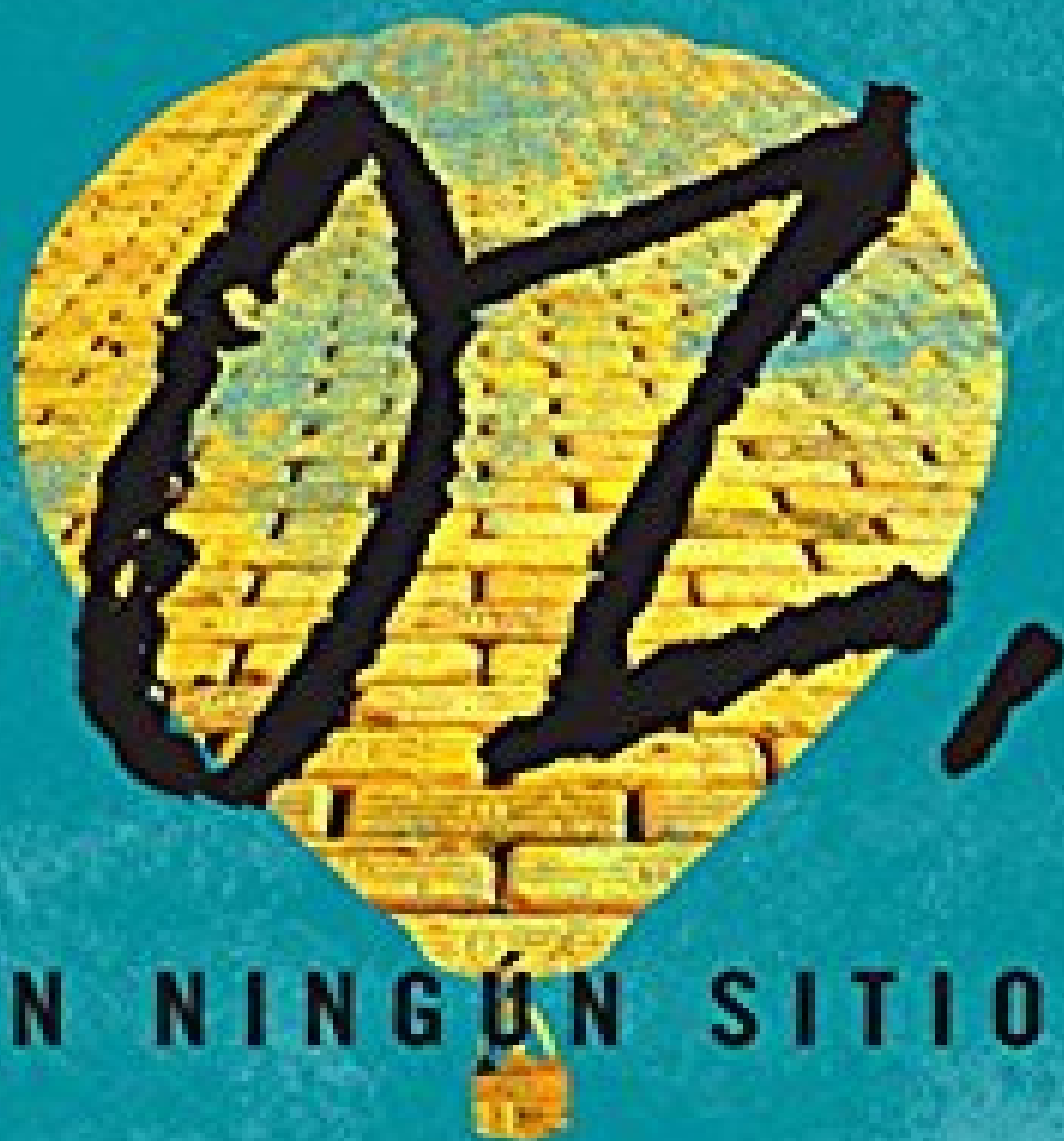


DANIELLE PAIGE

COMO EN



EN NINGÚN SITIO

UNA PRECUELA DIGITAL DE LA SERIE
¡DOROTHY DEBE MORIR!

Gracias a Angela y a Darren Croucher por su ayuda

Y NO

Se dice que no puedes volver a casa. No sé muy bien «quién» lo dijo, pero es algo que se dice a menudo. Y lo sé porque la tía Em lo bordó en un cojín que tiene en el salón.

«No puedes volver a casa». Pues bien, aunque lo ponga en un estúpido cojín, el que lo dijo se equivocó, y vaya si se equivocó. Y puedo demostrarlo.

Un día decidí irme de casa. Y volví. Junté los talones de mis zapatos tres veces y en menos que canta un gallo me planté de nuevo en casa. Bueno, reconozco que no fue tan fácil, pero el hecho es que estoy aquí, sana y salva y con la sensación de no haberme ido nunca.

Así que cada vez que veo ese cojín en el sofá de la tía Em, con ese ribete de color rosa y esos ramos tan coloridos de margaritas y flores silvestres bordados alrededor de esas seis palabras tan alentadoras (aunque a veces me pregunto, ¿de verdad son tan alentadoras?), no puedo evitar echarme a reír. ¡Sobre todo después de lo que ha ocurrido! Seguro que más de uno lo tildaría de irónico, desde luego.

Pero yo no, porque yo no soy de ese tipo de personas. Esto es Kansas y los de Kansas no nos fijamos en cosas tan absurdas como la ironía.

Cosas en las que sí nos fijamos: el trabajo duro; la utilidad; las agallas; los campos fértiles para la cosecha. Ganado sano. Inviernos suaves. Cosas que uno puede oír, palpar y ver con sus propios ojos. Cosas útiles, que te aportan algo.

Porque Kansas es llanura, una planicie infinita que no invita a soñar

despierto. Lo único que importa aquí es sobrevivir al invierno. Un invierno de Kansas hace picadillo tus sueños y se los da de comer a los cerdos.

Tal y como el tío Henry siempre dice: «No se puede cambiar un montón de deseos por un cubo de bazofia». (Quizá debería bordar esa frase en un cojín y regalárselo a la tía Em. Me pregunto si le haría gracia).

No sé nada de deseos, para qué engañarnos, pero de porquería sí. De hecho, el día que cumplí dieciséis años, tenía un cubo lleno de bazofia en la mano. Era un día cualquiera de septiembre, pero el frío ya había llegado. Salí del cobertizo y me dirigí a la pocilga, alejándome así de la granja.

Era la hora de comer y los cerdos lo sabían. Aunque estaba a varios metros de distancia, podía oírlos a todos, a *Jeannie*, a *Ezekiel* y a *Bertha*; chillaban y bufaban histéricos, esperando aquellas sobras con un ansia indescriptible.

—¿En serio? —murmuré—. ¿Quién diablos se entusiasmaría tanto por un puñado de esta bazofia?

Y justo entonces, mi vieja amiga, la *Señorita Millicent*, asomó su cabecita roja por un agujero de la rejilla del gallinero y cacareó a modo de saludo.

—Hola a ti también, *Señorita Millicent* —dije con tono alegre—. No te preocupes. Enseguida te traigo tu comida.

Pero ella quería compañía, no comida, de modo que se escurrió por aquel agujero y salió del gallinero. Se pegó a mí y no se separó en ningún momento. Sabía que últimamente no le había hecho mucho caso y aquella vieja gallina empezaba a estar enfadada, algo que demostró ese día cacareando como una loca, batiendo las alas y revoloteando entre mis pies.

No pretendía hacerme daño, pero, cuando empezó a pellizcarme el tobillo con aquel pico tan afilado, no pude contenerme y le di un buen mamporro.

—¡*Señorita Millie!* Sal de aquí, anda. ¡Estoy ocupada! Charlaremos largo y tendido luego, te lo prometo.

La gallina cacareó ofendida y salió escopeteada, pero luego retrocedió un poco y se aposentó justo donde yo iba a poner el pie. Quería dejarme bien clarito que no me iba a ser tan fácil deshacerme de ella, que le debía un momentito a solas, me gustara o no.

Aquella gallina era un caso, desde luego. Y así, sin querer, le di una patada.

—¡Largo!

La *Señorita Millie* se apartó de un brinco, esquivando así el golpe, algo que evidentemente me pilló por sorpresa. Así pues, fallé, perdí el equilibrio y caí de culo al suelo.

Me miré y me horroricé: tenía todo el vestido cubierto del fango por el que se revolcaban los cerdos. Y, por si fuera poco, me había arañado la rodilla, tenía las manos sucias y los despojos se habían derramado del cubo, justo a mi lado.

—¡*Millie!* —grité—. Pero ¿qué has hecho? ¡Mira qué desastre! —chillé, y le di otro tortazo, esta vez con más fuerza y rabia que antes.

La gallina se hizo a un lado y se quedó ahí, cabizbaja y mirándome desconcertada, como si ya no supiera qué más hacer.

—Oh, por favor —dije, y solté un suspiro—. No quería gritarte. Anda, ven aquí, tontorróna.

Millie ladeó ligeramente la cabeza, como si estuviera meditando la propuesta y, tras unos segundos, saltó y se acurrucó en mi regazo. Le acaricié las plumas y ella cloqueó como muestra de agradecimiento. Aquello era lo que quería desde el principio: ser mi amiga.

Antes yo también anhelaba eso. De hecho, la *Señorita Millicent* e incluso *Jeannie*, la cerdita, habían sido mis personas favoritas del mundo entero. Por aquel entonces me importaba un pimiento que un cerdo y una gallina no fueran personas propiamente dichas.

Me apoyaban siempre que estaba triste, se reían cuando ocurría algo divertido y estaban a mi lado cuando necesitaba compañía. Eran amigas incondicionales. Y, aunque *Millie* no hablaba, me daba la sensación de que entendía todo lo que le contaba. A veces incluso me parecía que me respondía, que me daba consejos sabios y sensatos a través de sus roncós cloqueos.

—No te preocupes, cielo —me decía—. No hay ningún problema en este mundo que un escupitajo o una buena paliza no puedan resolver.

Sin embargo, a decir verdad, algo había cambiado entre nosotras. Aquel cacareo irritante estaba acabando con mi paciencia y ya no soportaba sus picoteos, ni sus cloqueos, ni que se pegara a mí como una lapa.

—Lo siento, *Señorita Millicent* —murmuré—. Sé que últimamente he

estado un poco rara, pero tranquila, volveré a ser la de siempre muy pronto, te lo prometo.

Ella se atusó las alas y sacó pecho, orgullosa de haber logrado su objetivo; miré a mi alrededor: el polvo había cubierto todos los campos con un manto gris y apenas podían distinguirse de aquel cielo tristón, plumizo, apagado. La línea del horizonte parecía infinita y me daba la impresión de que por mucho que anduviera —aunque fuera en línea recta hacia el este, oeste, norte o sur, daba lo mismo—, nunca llegaría a ningún lugar.

—A veces me pregunto si esta es la vida que tendré siempre —dije—. Campos grises, cielos grises y cubos de bazofia. Fíjate en ese cielo, *Señorita Millicent*, el mundo es gigantesco. Entonces, ¿por qué me parece tan pequeño desde aquí? Te diré una cosa. Si alguna vez vuelvo a tener la oportunidad de irme a algún sitio, pienso quedarme a vivir allí.

Me avergoncé un poco de mí misma. Sabía cómo había sonado eso.

—Contrólate y deja de lloriquear, estúpida —me reprendí, pero esta vez con la voz autoritaria y carrasposa de la *Señorita Millicent*, imaginándome que las palabras salían de su pico en lugar de hacerlo de mi boca—. Una chica de campo no se distrae con viajes que nunca hará ni con países que nunca verá. Una chica de campo se preocupa del aquí y del ahora.

Esto es lo que ocurre cuando vives en un lugar como este; que acabas poniendo palabras en boca de otros o, mejor dicho, en el pico de una gallina.

Solté un suspiro y me encogí de hombros. La *Señorita Millie* no sabía que había otro mundo más allá de su gallinero, de su comida y de mí, por supuesto.

La envidaba, la verdad. Porque yo era una chica, no una gallina, y sabía que había otro mundo más allá de esa granja.

Ahí estaba, sentada en mitad de un campo, con una gallina en el regazo. Pero sabía que, en algún lugar, había océanos y más océanos. Y más allá, desiertos y pirámides y selvas amazónicas y montañas y palacios relucientes. Había oído hablar de todo eso en las noticias y en los periódicos.

Sabía a ciencia cierta, básicamente porque lo había visto con mis propios ojos (aunque era la única que lo sabía), que existían más de cuatro puntos cardinales, lugares más increíbles que París y Los Ángeles, ciudades más exóticas que Katmandú y Shanghái, incluso. Había mundos enteros que no

aparecían en ningún mapa, paisajes que la mente humana no era capaz de concebir.

No imaginaba esos lugares. «Sabía» que existían. Aunque a veces deseaba lo contrario.

Pensé en *Jeannie*, en *Ezekiel* y en *Bertha*; todos correteaban en su pocilga, emocionados por recibir la misma bazofia que habían comido el día anterior y que comerían al día siguiente. La misma bazofia que jornada tras jornada yo les arrojaba para que no murieran de hambre.

—Ojalá no supiera lo que sé —le dije entre dientes a la *Señorita Millicent*.

Después de todo, tener una gallina acurrucada en tu regazo no está tan mal. Al menos, durante unos minutos, puedes fingir que hablas con alguien. Está bien, seré sincera: una gallina nunca podrá sustituir a un buen amigo.

Dejé a la *Señorita Millicent* a un lado, me sacudí el vestido y volví a la granja; tenía que darme una buena ducha, vestirme y prepararme para mi fiesta. *Bertha*, *Jeannie* y *Ezekiel* tendrían que esperar.

Dejarles con el estómago vacío no era propio de mí. Al menos, no lo era de la antigua yo.

Pero la antigua yo había madurado, había crecido, había evolucionado. Ya habían pasado dos años desde el tornado. Dos años desde que me había ido. Desde que había conocido a Glinda, la Bruja Buena, y al León, al Hombre de Hojalata y al Espantapájaros. Desde que había cruzado el camino de baldosas amarillas y había vencido a la Bruja Mala del Oeste. En Oz, me habían venerado y me habían tratado como a una verdadera heroína. Podría haberme quedado. Pero decidí no hacerlo. La tía Em y el tío Henry estaban en Kansas. Mi casa estaba en Kansas. Había sido decisión mía, mía y de nadie más.

En fin, había elegido y, como buena chica de Kansas, tendría que vivir con ello. Así que, con la barbilla bien alta y una sonrisa en la cara, me fui y seguí mi camino.

Los animales podían pasar un poco de hambre. Después de todo, era mi cumpleaños.

DOS

«*Feliz diocisóis cumploaños*», decía el pastel. La tía Em había escrito las palabras con un glaseado que, a primera vista, dejaba bastante que desear. La miré y le dediqué una sonrisa de oreja a oreja.

—Es precioso —dije.

Ya me había cambiado de vestido, aunque, la verdad sea dicha, no era muy distinto del que había manchado de fango. También me había esmerado en quitarme todo el barro de las manos y la sangre de la rodilla. De hecho, nadie diría que me había caído de bruces en la pocilga de los cerdos.

El tío Henry se hizo a un lado. Estaba pletórico. Se sentía tan entusiasmado y tan orgulloso que cualquiera hubiera dicho que había sido él quien había preparado el pastel. Había aportado su granito de arena, desde luego. Había recolectado todos los ingredientes de la granja: había robado los huevos a la *Señorita Millicent* (que, por lo visto, nunca estaba de humor para poner uno), había ordeñado una vaca para la leche y no había parado hasta asegurarse de que la tía Em tenía todo lo que necesitaba.

—¡A veces me pregunto si me casé con una máster chef! —exclamó Henry, y le rodeó la cintura con el brazo.

Incluso *Totó* parecía emocionado. No dejaba de brincar a nuestro alrededor y sus ladridos destilaban ilusión.

—¿De veras te gusta? —preguntó la tía Em con una nota de duda en la voz—. Sé que la dedicatoria es un poco chapucera, pero ya sabes que la caligrafía nunca ha sido mi fuerte.

—¡Pero si es maravilloso! —dije, tratando de disimular el pequeño chasco que me había llevado al verlo. Las mentiras piadosas no hacen daño a nadie y, además, no me cabía la menor duda de que el pastel estaría delicioso. Los platos de la tía Em no suelen tener buena pinta, pero son realmente exquisitos.

Oh, ya sé que lo importante no es la apariencia de un pastel, sino su sabor. Y también sé que ofenderse por eso (sobre todo a sabiendas de que te lo vas a comer en cuestión de minutos) es una ridiculez.

Me senté a la mesa y observé aquel glaseado de chocolate lleno de grumos y las palabras «Feliz dieciséis cumpleaños» escritas de forma que las «es» parecían «os» deformes. Me sentía fatal por ello, pero esperaba, y deseaba, algo más.

Lo último que quería era que la tía Em se diera cuenta de mi decepción. De hecho, no quería ni que sospechara que algo andaba mal, así que me levanté y le di un fuerte abrazo. Era mi forma particular de decirle que no importaba, que aunque el pastel no fuera perfecto, para mí era más que suficiente. Pero entonces se me ocurrió algo.

—¿Estás segura de que es lo bastante grande? —pregunté—. Va a venir mucha gente.

Había invitado a todos mis compañeros de la escuela (que no eran muchos, dicho sea de paso) y a todos los vecinos de la granja. Ah, y también a los propietarios de todas las tiendas a las que había ido en mi última excursión al pueblo. Había invitado a mi mejor amiga, Mitzi Blair, e incluso a la engreída de Suzanna Hellman y a su mejor amiga, Marian Stiles, por no mencionar a un reportero del *Carrier* que había mostrado cierto interés por mi historia después del tornado. Y, además, Suzanna no vendría sola, sino acompañada de su hermana pequeña, Jill, un incordio de niña, por cierto.

La tía Em echó un vistazo al pastel, un tanto nerviosa.

—Pensaba hacerlo más grande, cariño, pero íbamos cortos de huevos, así que... —murmuró y, de repente, aquel rostro curtido empezó a sonrojarse de vergüenza.

El tío Henry enseguida acudió al rescate.

—No pienso repetir, palabra —dijo, frotándose aquel panzón—. Pensándolo bien, creo que no me conviene ni siquiera una porción.

Mi tía le dio una suave palmada en el brazo y se echó a reír. Y así, como por arte de magia, su inquietud desapareció. Tantos años viviendo en Kansas le habían pasado factura, pero cuando estaba cerca de mi tío, se le iluminaba la mirada; cada vez que él gastaba una broma, ella explotaba en un sinfín de carcajadas. Su risa, aparte de contagiosa, era muy juvenil.

—¡Te lo comerías enterito si te dejara! —contestó ella; él hundió el dedo en el glaseado de chocolate y sonrió.

Verlos así, juntos, felices, juguetones y tan enamorados como siempre, me enterneció. Sin embargo, también sentí una profunda tristeza. Hacía muchos años, ellos habían sido tan jóvenes como yo. La tía Em fantaseaba con viajar por todo el mundo y el tío Henry soñaba con mudarse a California en busca de una mina de oro. Pero mis tíos no tuvieron la oportunidad de perseguir sus sueños.

En lugar de eso, se quedaron aquí, en Kansas, y cada vez que les preguntaba sobre aquella época, se iban por las ramas, como si les avergonzara admitir que, en algún momento de sus vidas, hubieran tenido sueños. Para ellos, nuestra granja lo era todo.

«¿Seré como ellos?», me pregunté. ¿Feliz con pasteles horrendos y cielos grises y bazofia para cerdos?

—Voy a colgar los farolillos fuera —anunció Henry; cogió su caja de herramientas y se encaminó hacia la puerta—. La gente espera que la granja esté perfecta. Después de todo, nos ayudaron a construirla.

—Pero tú pusiste la primera piedra —le recordó la tía Em.

Después de que el tornado arrasara nuestra casa, conmigo dentro, todo el mundo creyó que había muerto. La tía Em y el tío Henry estaban desconsolados. Incluso empezaron a organizar mi funeral.

¡Alucina! ¡Mi funeral! Aunque debo confesar que a veces me imaginaba cómo habría sido. Imaginaba a los profesores de la escuela en fila india, diciendo que había sido una alumna ejemplar, asegurando que tenía algo verdaderamente especial.

Me imaginaba a la tía Em vestida de negro, llorando en silencio, secándose las lágrimas con su pañuelo de algodón. A su lado, el tío Henry, estoico y sereno, con una única lágrima resbalando por su mejilla. Él sería uno de los que sostendría mi ataúd para enterrarlo en algún agujero del

cementerio. Sí, ya sé que sin un cadáver no puede haber funeral, pero aquello era una fantasía. Y, en ese momento de mi fantasía, la tía Em, que estaba hecha un mar de lágrimas, se abalanzaría sobre mi féretro, pero en el último minuto alguien la detendría. Serían Tom Furnish y Benjamin Slocombe, dos atractivos granjeros que trabajan para los Shifflett. Tom y Benjamin también llorarían mi muerte porque, por supuesto, los dos sentían admiración por mí, aunque en secreto.

En fin, puestos a dejar volar la imaginación, hagámoslo a lo grande, ¿no crees?

Por supuesto, sé que es egoísta, ruin e incluso engreído por mi parte soñar con mi propio funeral. Soy consciente de que disfrutar del sufrimiento de los demás, sobre todo de mis pobres tíos, cuyas vidas son sosas y aburridas, es cuando menos retorcido y maquiavélico.

Intento no ser egoísta, ruin o engreída. Trato de no ser retorcida o maquiavélica (sobre todo después de mi experiencia con la maldad). Pero todos tenemos defectos, ¿verdad? Admito que ese es el mío y lo único que puedo hacer es esforzarme para compensarlo con mis virtudes.

El caso es que no hubo funeral porque no hubo heridos. ¡Más bien todo lo contrario! Cuando aparecí días después del ciclón, con apenas un rasguño en el brazo y sentada junto al gallinero, que curiosamente también había sobrevivido al tornado, la gente asumió que aquello había sido un milagro.

Pero se equivocaron. Los milagros no son como la magia.

Ya fuera un milagro o cualquier otra cosa, aparecí en las portadas de todos los periódicos del condado, desde Wichita hasta Topeka. Ese año incluso me dedicaron un desfile y, meses después, me pidieron que presidiera el tribunal del concurso anual de pasteles de arándanos en la feria del estado de Kansas. Lo mejor de todo es que cuando regresé de mi aventura, todo el pueblo colaboró para construirnos una casa nueva.

Y así fue como cambiamos nuestro viejo cuchitril, que seguía donde tú y yo sabemos, y conseguimos esta casa. Contemplarla era todo un espectáculo: en toda la provincia no había casa más grande. Tenía dos plantas y una habitación individual solo para mí, además de un baño interior y una buena capa de pintura azul, que, en cuestión de meses, se volvió gris, como todo en Kansas.

Sin embargo, a la tía Em y al tío Henry no les hizo tanta ilusión. Se sentían afortunados por tener unos vecinos tan generosos, por supuesto, sobre todo teniendo en cuenta que muchos de ellos habían sufrido graves pérdidas en la cosecha y el ganado por culpa del ciclón. Y por ello estábamos muy agradecidos.

Sin embargo, cuando los vecinos acabaron el trabajo y volvieron a sus granjas, mis tíos consideraron que había sido un derroche de dinero y energía, que habrían preferido recuperar su antiguo hogar.

—¡Un baño interior! —exclamó la tía Em—. ¡No me parece decente... y punto!

Qué tontería. Quejarse por el regalo que, de forma desinteresada, nos habían hecho.

Por otro lado confieso que yo, una chica con pocas pretensiones y humilde, sentí que la casa nueva dejaba mucho que desear. Desde luego, no podía compararse con lo que había visto durante mi viaje. ¿Cómo apreciar una granja de dos habitaciones en Kansas después de haber estado en un palacio hecho de esmeraldas?

Cuando has visto castillos y Munchkins y caminos de baldosas amarillas, cuando te has enfrentado y vencido a monstruos y a brujas y cuando has visto magia, pero magia de verdad, con tus propios ojos, entonces, y solo entonces, la pradera te parece un lugar aburrido y muy muy deprimente. Por mucho que la hubiera echado de menos, era tediosa.

Recuerdo que cuando volví a casa me moría de ganas de contarles a mis tíos todas las maravillas que había visto. Durante todo el tiempo que estuve en Oz, me había imaginado mil veces la cara que pondría la tía Em cuando le describiera aquellos campos de amapolas gigantes que adormecían a cualquiera que los cruzara; cuando le explicara al tío Henry que existía un pueblo en el que todos sus habitantes eran de porcelana, se atragantaría con el café.

Pero no reaccionaron como esperaba. De hecho, no reaccionaron. Se limitaron a intercambiar una mirada de preocupación y luego trataron de convencerme de que debía de haber sido una alucinación, seguramente provocada por algún golpe en la cabeza que recibí durante el huracán. Me advirtieron de que no volviera a relatar esa historia y me aconsejaron

descansar. También me dijeron que nadie quería a una cuentista mentirosa como amiga.

Prefirieron ignorar el hecho de que un chichón no explicaba dónde estaba nuestra granja o por qué nadie la había encontrado. Tampoco explicaba cómo había vuelto a casa. Y cuando les conté que unos zapatos plateados me habían ayudado a atravesar el desierto de la Muerte, se mostraron todavía menos convencidos. Por desgracia, había perdido los zapatos por el camino y no tenía forma de demostrarlo.

Entiendo que hubiera gente que me tomara por loca, por una mentirosa o por una psicópata que se había inventado toda aquella historia. Y es que la gente de Kansas solo cree aquello que puede ver con sus propios ojos.

La tía Em y yo llevamos el pastel al comedor y lo dejamos sobre la mesa, junto al resto de los platos, todos modestos y algo austeros. Eché un vistazo al salón: estaba decorado con delicadeza y buen gusto; al menos de eso no podía quejarme.

La fiesta de cumpleaños había sido idea de mis tíos. Hacía varias semanas les había oído comentando lo triste que me veían últimamente; creían que una gran fiesta de cumpleaños era lo que necesitaba para animarme.

Les rogué que no lo hicieran porque sabía que no nos sobraba el dinero.

Pero, aun así, debo reconocer que me alegré de que insistieran en hacerla de todas formas. Mi «viaje trepidante», como algunos lo llamarían, había empezado a desvanecerse en mi memoria y me apetecía romper la monotonía granja, escuela y otra vez granja.

—Dorothy, ¿cómo va el álbum? —preguntó la tía Em al fijarse en los recortes de periódico que había junto a la mesa—. Tus invitados llegarán en cualquier momento.

Recogí el álbum y todos los papeles, y los dejé a un lado; lo último que quería es que acabaran manchados de glaseado de chocolate o migas de pastel.

—Oh —dije—. He pensado que a lo mejor alguien querría hojearlo. La mayoría de los invitados a la fiesta aparece en los artículos y creo que les hará ilusión ver sus nombres escritos en un periódico.

Por lo visto, a la tía Em no le pareció tan buena idea, pero no intentó disuadirme. Tan solo sacudió la cabeza y empezó a tararear una de sus

canciones de infancia mientras deambulaba por la casa y terminaba unos asuntos de última hora.

Me senté y decidí leer el álbum. *Totó* se subió de un salto a mi regazo. Al menos le tenía a él. Él sí sabía que todo había sido real. Básicamente, porque también había estado allí. Me preguntaba si lo añoraba tanto como yo. LA CHICA QUE CABALGÓ EL CICLÓN.

Ese titular, del periódico *Star*, era mi favorito. Me hacía parecer poderosa, como si hubiera controlado el ciclón en todo momento. Eso me gustaba. Aunque la cruda realidad era que el tornado se había tragado a una niña inocente.

En Oz, sin embargo, no había sido una niña inocente. Había sido una heroína. Había matado a dos brujas y había liberado a los esclavos de su tiranía; había destronado al mago farsante y había restaurado el orden en el reino. ¿Cómo? Ayudando a mi amigo el Espantapájaros, la criatura más lista que jamás he conocido, a reclamar lo que le pertenecía.

¡Ojalá todo eso estuviera en mi álbum!

Sabía que aquí ni siquiera podía aspirar a ser lo que llegué a ser en Oz. Era imposible. En Kansas, el mero hecho de pensar en esas cosas se considera impropio.

Y, a pesar de todo esto, había querido volver. En Oz había demostrado que era una chica valiente e intrépida, pero nunca pretendí ser una estrella. Tan solo quería volver a casa.

Habría sido muy cruel por mi parte abandonar al tío Henry y a la tía Em aquí, solos y convencidos de que había muerto. Me había marchado para ahorrarles el sufrimiento, pero también porque sabía que, si me quedaba allá, les echaría muchísimo de menos. Toda la magia del mundo —además de los palacios, los preciosos vestidos y los campos repletos de flores mágicas, por no mencionar a todos los amigos que había hecho— nunca podría reemplazar a las dos personas que me habían adoptado y criado como a su propia hija después de que mis padres fallecieran. Jamás habría podido ser feliz sabiendo que ellos estaban aquí y yo allí.

Pero a veces no podía evitar preguntarme si me había equivocado. ¿Podría haberlo hecho de otra manera? ¿Esa granja era mi verdadera casa?

—Oh, *Totó* —dije, y cerré el álbum con más fuerza de la que pretendía y

lo arrojé al sofá.

Aterrizó junto al cojín bordado de la tía Em. Tal vez la frase del cojín tenía más sentido del que creía. Quizá fuera cierto lo que reza el dicho: no puedes volver a casa.

En cualquier caso, me habría encantado conservar aquellos zapatos. Habrían sido un gran consuelo, desde luego.

TRES

—*T*oma —escupió Mitzi Blair en cuanto abrí la puerta y luego me lanzó un pequeño regalo que aterrizó en mis brazos—. Feliz cumpleaños. ¿Ya ha llegado Suzanna?

Miré a Mitzi un tanto desconcertada y ella abrió los ojos como platos, como diciendo: «¿Y bien?».

La verdad es que aún no entiendo qué me pasó; Mitzi era mi mejor amiga y, sin embargo, la estaba tratando como a una completa desconocida. Enseguida me di cuenta de que estaba siendo una anfitriona horrible, así que esboqué una sonrisa y la invité a entrar.

—¡Gracias! —exclamé, y dejé el regalo en la mesita que la tía Em había colocado en el salón precisamente para eso—. Suzanna y Jill están junto al...

Pero no pude acabar la frase.

—Felicidades de parte de mi padre, por cierto —farfulló Mitzi mirándome por encima del hombro. Y así, sin más, se dio media vuelta y me dejó con la palabra en la boca.

Se acercó a la repipi de Suzanna Hellman, que estaba apoyada en la pared con la mirada clavada en un anuncio de una revista con su vestidito nuevo, con su pomposo collar y con su cinturón de purpurina rosa. Mientras tanto, su hermana, Jill, estaba poniéndose las botas. Se había zampado las croquetas de patata, el plato estrella de la tía Em.

—Menos mal que has venido —dijo Suzanna, que pareció aliviarse al ver a Mitzi—. Empezaba a preguntarme si Jill y yo seríamos las únicas invitadas

de menos de cien años. Sin contar a Dorothy, por supuesto.

Solté una risita al oír aquel comentario cruel —probablemente con más entusiasmo del necesario— y fingí que no había sido a mi costa.

Suzanna tenía una lengua afilada, pero tenía toda la razón. Las personas que rondaban por el comedor eran, en su mayoría, amigos del tío Henry que vivían en granjas cercanas a la nuestra y que hacía varios años que habían cumplido los cuarenta. Albergaba la esperanza de que vinieran los jóvenes apuestos que trabajaban en esas granjas, pero supongo que no tenían más remedio que quedarse para cuidar el ganado.

—Bueno, Dorothy —dijo Suzanna, desviando su mirada penetrante hacia mí—, cuéntenos, ¿has estado en algún desfile que merezca la pena últimamente?

Esta vez ni siquiera se molestó en disimular que se burlaba de mí. Suzanna llevaba fatal no ser el centro de atención y siempre aprovechaba la menor oportunidad para recordar aquel desfile que me dedicaron después de sobrevivir al tornado y tratarme como a una especie de mono de feria. Habían pasado varios años, pero no lo olvidaría, ni permitiría que yo lo hiciera.

Francamente, no había querido invitar a la esnob y miserable de Suzanna Hellman a mi fiesta de cumpleaños, pero Mitzi había insistido. Según ella, montar una fiesta y no invitar a la chica más rica de la escuela —la única chica rica de la escuela, de hecho— era absurdo, así que al final cedí.

Observé a mi amiga, esperando que se indignara ante aquel dardo envenenado, pero, en lugar de hacerlo, apartó la mirada y se sonrojó. Si no la conociera como a la palma de mi mano, habría pensado que estaba reprimiendo una carcajada.

De acuerdo. Lo admito. Cuando digo que Mitzi Blair es mi mejor amiga, lo que en realidad quiero decir es que «solía» ser mi mejor amiga. Durante muchísimos años habíamos sido uña y carne, dos amigas inseparables, pero todo cambió después de que cabalgara el ciclón.

Mitzi era la única —además de mis tíos— a quien le había contado toda la verdad; cuando volví le expliqué todas las aventuras que había vivido en Oz. Pero no se creyó ni una palabra. En lugar de quedarse boquiabierta y maravillada, me llamó mentirosa y engreída.

Hicimos las paces unas semanas después, pero las cosas nunca volvieron

a ser como antes. Últimamente pasaba más tiempo con la estúpida de Suzanna Hellman, por no mencionar que se había convertido en la sombra de Marian Stiles y Marjory Mumford. En cuanto a mí, cada vez pasaba más tiempo sola.

Oh, pero no me importaba. Era mi cumpleaños y la tía Em había puesto mucho empeño en que todo saliera bien, sin contar el dinero que se habían gastado y que tanto sudor les había costado. Ya que mis tíos se habían esforzado tantísimo en montarme una fiesta pensaba disfrutarla, por mucho que Suzanna Hellman se empeñara en amargármela. Que apenas hubiera gente con quien hablar era un pequeño inconveniente, nada más.

El tío Henry ya me había avisado de que no todo el mundo que había invitado podría venir. Después de todo, era temporada de cosecha, el momento más estresante del año en cualquier granja. Y, por si fuera poco, la mayoría de mis compañeros de clase vivía demasiado lejos. Sin embargo, reconozco que tenía la esperanza de que vinieran más chicas de mi edad.

Así que, aunque no son santos de mi devoción, cuando vi a Marian Stiles y a Marjory Mumford aparecer por la puerta, solté un suspiro de alivio. Y justo cuando les estaba dando la bienvenida, Mitzi me dio una palmadita en el hombro. La hermana de Suzanna estaba a su lado, brincando a la pata coja.

—Perdona, Dorothy —preguntó Jill con inocencia—. ¿Cuándo vais a servir el pastel?

—Después de los regalos, creo —respondí—. Es una de las mejores recetas de la tía Em.

—Vale. ¿Y cuándo te dan los regalos? Mamá nos dijo que teníamos que quedarnos hasta el pastel.

Suzanna se rio por lo bajo y después le mandó callar.

Suspiré. La verdad es que mi plan era esperar a que llegara el reportero del *Carrier* antes de abrir los regalos. Según él, mi decimosexto cumpleaños sería la historia perfecta para la edición del domingo. Mi vida todavía interesaba a la gente, a pesar de que ya no se organizaban desfiles en mi honor.

Sin embargo, el reportero no aparecía y los invitados empezaban a aburrirse, así que decidí abrir un regalo. Así parecería una fiesta de verdad. Además, tenía un presentimiento sobre el regalo de la tía Em.

—Supongo que podría hacer un pequeño avance —dije—. Tía Em —llamé, y me acerqué al sofá, donde estaba sentada sola (la tía Em no tenía el don de gentes del tío Henry)—. Creo que deberíamos abrir tu regalo. Así todo el mundo podrá verlo.

—Claro, cielo..., si tú lo dices. Pero... ¿no preferirías abrir algún otro primero?

—No, primero el tuyo —insistí—. Me muero de ganas de abrirlo.

—De acuerdo, cielo. Le pediré a Henry que lo baje.

Dejó la taza de té en la mesilla y se marchó en busca de mi tío.

Llevaba semanas dándoles pistas; no había nada que me hiciera más ilusión que un vestido nuevo y, a juzgar por cómo mi tía arqueaba las cejas cada vez que lo dejaba caer, intuía que mi deseo se haría realidad. No tenía la menor idea de cómo iba a ingeniárselas —ya se habían gastado más dinero del que podían permitirse en la fiesta—, pero si conocía a alguien capaz de lograrlo, esa era la tía Em.

Suzanna Hellman tendría que tragarse su vanidad cuando me viera bajar las escaleras con un vestido que, sin lugar a dudas, dejaría al suyo a la altura del betún. Eso animaría la fiesta, desde luego.

Unos minutos más tarde, con *Totó* meneando la cola y correteando por todo el salón, el tío Henry salió de la cocina con un paquete envuelto en papel de seda entre las manos. No era una caja y el papel estaba arrugado y rasgado, pero me dio lo mismo.

Lo importante era lo que había en el interior. Y todo apuntaba que lo que había en el interior era justo lo que esperaba.

El tío Henry dejó el regalo junto con el resto y los invitados empezaron a agolparse alrededor. Lo cogí y me lo llevé al pecho. Miré a la tía Em, pero ella apartó la mirada con una expresión preocupada.

—¿Y bien? —espetó Suzanna—. ¿Piensas abrirlo o no?

Rompí el papel y Suzanna no pudo evitar acercarse lo máximo posible para no perderse detalle. El papel dejó al descubierto una tela de sarga. Se me paró el corazón.

Quitó el resto del papel, lo tiró al suelo y desdobló el vestido.

Era largo y de un verde parduzco. No era un verde brillante, o un verde botella o un verde turquesa, como el océano. Y, desde luego, no era el verde

de Ciudad Esmeralda. No. Era un verde parecido... No me andaré con rodeos: era un verde igual que el del viejo vestido de la tía Em.

Porque era el viejo vestido de la tía Em. Lo había ajustado a mi talla y había hecho algún que otro retoque; había fruncido la cintura para que la falda tuviera más vuelo y había añadido unos volantes en los hombros.

No había discusión. El vestido era horroroso... y punto.

Todo el salón se dio cuenta. Hasta el señor Shifflett, que estaba en la otra punta de la habitación, parecía sorprendido y horrorizado, lo cual era mucho decir, pues lo más elegante que tenía en su armario era un mono de trabajo limpio.

Estaba abochornada y roja como un tomate. Y lo único que oía era la risita sofocada de Suzanna.

Totó, tan leal como siempre, empezó a gruñirle, pero, en lugar de acobardarse, Suzanna se echó a reír aún más.

Sin embargo, lo peor no fue eso, sino la expresión de la tía Em: una mezcla de esperanza y humillación que me rompió el corazón.

Sabía que lo había hecho con su mejor intención, igual que el pastel. Pero aquel vestido estaba descolorido y todas las costuras estaban raídas. En las mangas había cosido unos bordados rojos que no encajaban con el vestido, y yo sabía por qué: un día, la tía Em se había rasgado una manga en el gallinero, así que cosió ese bordado para tapar el jirón.

Cuando cogí el vestido, Suzanna dejó de disimular y se rio descaradamente.

—Oh, qué bonito —dijo—. Se ve muy calentito. Te irá de maravilla para trabajar en el campo. Y además no tienes que preocuparte si se ensucia. ¡Es genial! —gritó y, ante ese último comentario, su hermana se echó a reír como una histérica y se tapó la cara con las manos.

Si en ese momento hubiera tenido un cubo de agua sucia cerca, se lo habría tirado directamente a la cara. Sentí curiosidad por si Suzanna, al igual que una bruja antes que ella, se habría derretido delante de mí y del resto de mis invitados. Todos se habrían quedado boquiabiertos. Todos, menos yo. Para mí, no habría sido nada nuevo.

Pero no tenía ningún objeto al alcance de la mano y sabía que el único modo de ahorrarme un mal rato —y evitar echarme a llorar delante de todo el

mundo— era manteniendo mi dignidad.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué vestido! —dije exultante, sin dirigirme a nadie en particular y mucho menos a Suzanna.

—Que se lo pruebe, que se lo pruebe —añadió ella con tono de burla—. Venga, enséñanoslo puesto.

Y entonces Marian Stiles también empezó a reírse, seguida de Marjory Mumford. Cuando Mitzi, la que se suponía era mi mejor amiga, se unió a ellas —como buena traidora—, me di cuenta de la realidad, de la triste y cruda realidad: no tenía amigas.

Todas aquellas personas no merecían estar en mi fiesta de cumpleaños. Me habría encantado invitar a los que verdaderamente me querían y respetaban: el Espantapájaros y el Hombre de Hojalata, el León y Glinda, y todos los amigos que había hecho en Oz. Ellos eran mis verdaderos amigos, no aquella panda de niñas malcriadas.

—¿Y bien? —insistió Suzanna de nuevo—. ¿Cuándo empieza el desfile de moda?

Aquello colmó mi paciencia. Era Dorothy Gale. Era la chica que cabalgó el ciclón. Por no mencionar que había viajado hasta Oz y había derrotado a dos brujas malvadas yo solita. Suzanna no era nada comparada con ellas.

Estaba furiosa. Comportarse de manera cruel conmigo era una cosa. Podía soportarlo. Pero no entendía por qué querían hacer daño a mi tía.

—Creo que no sabes con quién estás hablando —espeté a Suzanna con voz arrogante.

Suzanna se rio por lo bajo y Marian estaba tan roja que por un momento pensé que explotaría.

—Oh, claro que lo sé —dijo Suzanna sin dejar de reír como una tonta—. Eres Dorothy, la princesa de las hadas. Por cierto, ¿cómo es que no han venido tus amigas las hadas? ¿No será porque te lo inventaste todo? Pues qué lástima... Si a tu cumpleaños hubiera venido un hombre de paja y un tigre, habrías conseguido otro artículo en el periódico que podrías añadir a tu precioso álbum.

Me volví hacia Mitzi. Su cara, más roja que el castillo de rubís de Glinda, la traicionó. Se había ido de la lengua.

Fue la gota que colmó el vaso. Sin mirar a nadie, me di media vuelta y

dije:

—Da lo mismo. Me lo probaré.

Era lo último que me apetecía hacer en ese momento. Pero ¿qué otra opción tenía? ¿Tirar la toalla? ¿Dejar que se salieran con la suya? No pensaba darles esa satisfacción.

Me costó Dios y ayuda subir la escalera. Llegué a mi habitación desmoralizada y con aquel vestido tan feo envuelto en el brazo. *Totó* no dudó en escoltarme hasta arriba.

Entré en mi cuarto, me planté frente al espejo y estiré el vestido.

Era un vestido respetable. De veras que lo era. Estaba convencida de que la tía Em se enorgullecía de su ingenio para renovarlo y podía imaginármela cortando y cosiendo la tela feliz como una perdiz. Era una mujer astuta, creativa y pionera, y ella lo sabía.

Y fue entonces cuando toda mi rabia y determinación se esfumaron, dejándome con una sensación de impotencia, de vacío y de tristeza.

Aquella pataleta de niña pequeña había sido absurda. Ni siquiera el vestido más bonito del mundo —un vestido que su majestad Suzanna Hellman tildaría de perfecto—, habría sido el vestido de mis sueños.

El vestido de mis sueños habría sido mágico. Habría venido de Oz.

—Sé que estás decepcionada —murmuró la tía Em desde el umbral—. Siento mucho que esas niñas hayan sido tan crueles contigo. No sé qué mosca le ha picado a Mitzi Blair, la verdad. Tu tío y yo te lo advertimos... No deberías haber contado esa fábula...

La miré a los ojos.

¿Aquella era su moraleja? ¿Que todo era culpa mía por haberle contado a mi amiga la verdad de lo que me había ocurrido?

—No son fábulas —espeté—. Y no estoy decepcionada. Es solo que...

No supe cómo acabar la frase sin herir sus sentimientos.

—Sé que no ha sido fácil para ti —dijo la tía Em—. Estamos pasando por un bache, eso es todo. Te prometo que muy pronto tendrás un vestido nuevo. Un vestido y un pastel más grande y...

—¿Cómo? —pregunté, interrumpiéndola—. ¿Cómo vamos a hacerlo? ¿Cómo vamos a comprar todas esas cosas? ¿Qué va a cambiar mañana o pasado mañana? ¡Todos los días son iguales!

La tía Em se vino abajo; nunca la había visto tan triste.

—Algún día la suerte se pondrá de nuestro lado —contestó ella—. Quizás el año que viene tengamos una buena cosecha; entonces podremos ir al pueblo y comprarte el vestido que más te guste.

Ahora que había arrancado, ya no podía parar.

—El problema no es el vestido, ni el pastel, tía Em. Es este lugar. Es monótono. Nada cambia. Y a todo el mundo le gusta que sea así. Pero ahora ya tengo dieciséis años y no me imagino pasando el resto de mi vida aquí, haciendo lo mismo cada maldito día, sin tener ambiciones.

Empecé a llorar.

—Ojalá pudieras ponerte en mi lugar —dije—. Entonces me entenderías, y el tío Henry también. En el mundo hay magia, tía Em. Existen cosas maravillosas, cosas que ni siquiera en sueños podrías llegar a imaginar.

Las lágrimas de la tía Em se evaporaron *ipso facto*. Su mirada se volvió severa, penetrante. Es uno de los trucos de mi tía. No es tan pusilánime como aparenta. De algún sitio tenía que haberlo heredado, ¿verdad?

—Dorothy Gale —dijo—. Es verdad, ahora ya tienes dieciséis años, así que ya va siendo hora de que dejes tus cuentos chinos a un lado. La magia no existe.

No quería discutir con la tía Em, y menos en esos términos.

—No me encuentro bien —murmuré, y me di la vuelta—. ¿Puedes disculparme con los invitados? Necesito tumbarme.

Ella meneó la cabeza y, frustrada, cerró la puerta de mi habitación.

Cogí a *Totó* y me desplomé sobre la cama. Él me comprendía. Entre nosotros, las palabras sobraban. Aquella mirada, enorme y húmeda, lo decía todo. Él también lo echaba de menos, tanto o más que yo.

Aunque estaba enfadada —con Mitzi y Marian y Suzanna, e incluso con la tía Em y el tío Henry—, sabía que la tía Em llevaba razón en una cosa.

Daba igual si había sido real o no. Jamás regresaría.

Ya no sentía que Kansas fuera mi hogar, pero vivía allí y, al parecer, allí viviría el resto de mi vida. Tenía que pasar página y dejar el pasado en el pasado.

Era perfectamente consciente de todo ello. Sin embargo, una parte de mí se negaba a aceptarlo.

—Como en Oz, en ningún sitio —murmuré, y abracé a *Totó*.

Ni siquiera me di cuenta de que había dicho eso. Tal vez porque me había quedado dormida.

CUATRO

*A*brí los ojos y miré por la ventana. El cielo estaba completamente oscuro. No sabía cuánto tiempo llevaba dormida ni qué hora era. Me había despertado por culpa de *Totó*, que seguía lamiéndome la cara.

—Oh, *Totó* —me quejé con voz soñolienta—. Estaba teniendo un sueño fantástico, deja que vuelva a dormirme.

Pero mi perro no me hizo ni caso. Empezó a correr en círculos sobre la colcha que la tía Em me había regalado cuando me mudé a su casa, justo después de que mis padres murieran. Mis tíos me adoptaron cuando no era más que un bebé.

Era evidente que estaba tratando de llamar mi atención.

—¿Qué ocurre? —pregunté y, con una pereza terrible, me senté en el borde de la cama.

Totó brincaba emocionado por toda la habitación y, en un momento dado, se escondió debajo de la cama. Segundos más tarde, salió con algo en la boca, jadeando y resoplando. Era una caja.

Estaba envuelta en un papel rojo brillante. Parecía hecho de purpurina. Era un papel caro y no tenía una sola arruga. El regalo también tenía un gigantesco lazo verde.

—¿De dónde narices ha salido eso? —susurré.

Cogí la caja y, con sumo cuidado, desenvolví el papel de regalo, dejando al descubierto una caja rosa, del mismo rosa que un atardecer romántico.

¿Cómo había llegado ese regalo hasta allí? ¿Acaso el tío Henry quería

subirme el ánimo? ¿Se habría colado en mi habitación y habría escondido la caja debajo de mi cama mientras dormía?

No. Mis instintos me decían que aquel regalo era distinto. Aquel color rosado me resultaba muy familiar. Pero era imposible..., ¿verdad?

O tal vez no.

Destapé la caja y vi un par de zapatos. Y entonces lo supe.

No era un par de zapatos cualquiera. Eran los zapatos más bonitos que jamás había visto. Eran rojos, igual que el papel de regalo, y tenían un tacón de aguja altísimo, tan alto que, si alguna vez salía de casa con esos zapatos puestos, escandalizaría a todo el estado de Kansas.

Estaban lacados y brillaban más que el charol más lustroso del mundo; irradiaban una luz cálida que parecía venir de su interior. No, no de su interior, sino de otro lugar, de otro mundo.

En el fondo sabía que venían de allí, de otro mundo.

Cogí los zapatos y pasé un dedo por el tacón. El tacto era suave, delicado y cálido, lo cual me resultó bastante extraño. Aquellos zapatos eran propios de una chica que jamás había puesto un pie en un gallinero. Eran los zapatos perfectos para una princesa. Para la princesa de las hadas, por ejemplo. Seguro que a Mitzi Blair le habría encantado oírmelo decir.

Apenas podía respirar. Dejé los zapatos sobre el suelo y me quité aquellas pantuflas marrones y viejas.

Oí que alguien llamaba a la puerta, pero el ruido sonó amortiguado, lejano.

Me quedé ahí sentada, paralizada y asustada porque temía que si volvía a tocarlos, desaparecerían, como la comida que intentas comer en un sueño. Lo único que podía hacer era mirarlos maravillada.

Pero aquel hechizo se rompió cuando *Totó* empezó a ladrar. Metió su cabezota en la caja y cuando la sacó, vi que tenía un papel rosa en la boca. Lo dejó sobre mi regazo. Era una nota escrita a mano con una tinta roja reluciente. La caligrafía era meticulosa y cursiva.

Querida Dorothy:

¡Feliz cumpleaños! Espero que te gusten. Pensé en regalarte algo de color plata que pudiera combinar con los zapatos que perdiste,

pero al final opté por el rojo. Es tu color. Creo que sabrás qué hacer con ellos.

G.

P. D.: Por si alguien pregunta, recuerda que este es nuestro secreto.

Volví a oír un golpe en la puerta, esta vez más fuerte, pero preferí ignorarlo.

Temblando de la emoción, levanté los pies y me calcé aquellos tacones rojos. Eran de mi número. El calor que había sentido al tocarlos ahora se expandió por todo mi cuerpo, empezó por los dedos de los pies y fue subiendo por mis piernas. No pude evitar sonreír. Estaba pletórica.

La tercera vez que llamaron a la puerta me devolvió a la realidad.

—¿Dorothy? Todo el mundo se ha ido. —Era la voz del tío Henry, que sonaba un tanto ansioso y preocupado—. ¿Puedes abrir la puerta, por favor?

Me puse de pie.

—Adelante —dije con una voz autoritaria e imponente que resonó en toda la habitación. Aquel tono me sorprendió incluso a mí.

El tío Henry abrió la puerta y entró acompañado de la tía Em. Nada más verme extendió los brazos, como si quisiera darme un abrazo, pero al fijarse en mis pies se quedó sin aliento. Un segundo más tarde, la tía Em soltó un grito ahogado.

Y luego se llevó una mano al pecho.

—Por el amor de Dios —murmuró.

—¿De dónde...? —Trató de preguntar el tío Henry, pero era evidente que se había quedado sin habla.

Totó empezó a aullar y a saltar por toda la habitación. Sin pensármelo dos veces, lo cogí y lo estreché entre mis brazos.

—Estabas equivocada, tía Em —dije en voz baja—. Los dos lo estabais. Es real.

Sabía lo que tenía que hacer. Sabía cómo podía volver. Y sabía que quería volver. Antes de que mis tíos pudieran replicarme, junté los talones. Una. Dos.

Tres veces.

Los zapatos se ajustaron a mis pies, como si quisieran fundirse con mi cuerpo. Un resplandor rojo empezó a serpentear por la habitación, como si fuera el humo de una hoguera. Los zapatos dieron tres pasos hacia delante. La tía Em y el tío Henry me sujetaron de ambos brazos para impedirme que siguiera avanzando, pero no estaba dispuesta a permitirselo.

—¡Dorothy! —gritó el tío Henry—. ¿Qué diablos...?

—Como en Oz, en ningún sitio —murmuré.

Y la habitación se iluminó con un destello carmesí.

CINCO

*D*e repente, todo a mi alrededor se volvió borroso; las paredes empezaron a plegarse y el suelo a derretirse. Toda la casa se había convertido en un remolino de luz y color. La tía Em no dejaba de gritar. *Totó* ladraba como un demente y se retorció entre mis brazos. A lo lejos oí la voz del tío Henry.

—¡Dorothy! —chillaba.

Pero no podía verlos. De hecho, solo veía rayos de luz; rojos y azules y verdes y violetas y amarillos. Me había sumergido en un arcoíris líquido infinito y había perdido toda orientación.

Y entonces aquellas líneas de colores dejaron de girar y, de repente, un mundo completamente nuevo empezó a construirse bajo mis pies. Abrí la boca para gritar y justo entonces aterricé de bruces sobre aquel mundo. Solté a *Totó*, que salió volando.

Unos momentos más tarde, me levanté. Estaba en mitad de un campo y la cabeza aún me daba vueltas, pero estaba en suelo firme. Ni arcoíris ni remolinos. Me froté los ojos y traté de comprender lo ocurrido.

Totó, sin embargo, se había recuperado mucho más rápido y estaba correteando y brincando por aquel campo. De repente, se abalanzó sobre mí y empezó a lamerme la cara, entusiasmado.

El césped sobre el que estaba sentada era de color verde azulado. Y el cielo era azul, azul de verdad. No era gris. Ni blanco. Ni gris blanquecino. El sol me quemaba las mejillas y una suave brisa agitaba las briznas de hierba más altas.

No era un sueño ni una fantasía. Estaba tan segura que ni siquiera tuve que pellizcarme. Podía sentir la magia en cada florecilla de aquel campo.

A unos metros de distancia había una pequeña arboleda. De las ramas colgaban unas frutas que, a primera vista, parecían deliciosas y que cambiaban de color constantemente. Más allá advertí el rumor de un riachuelo. Habría jurado que me estaba cantando. La canción decía «Bienvenida a casa». A orillas del arroyo crecían unas flores enormes que se balanceaban al son de la brisa. Las flores, de un color azul eléctrico y gigantescas —algunas eran tan grandes como balones de fútbol—, se abrían y cerraban creando un efecto hipnótico; daba la impresión de que estuvieran respirando.

La brisa arrastraba su esencia. Respiré hondo. El aire olía a océano y a pastel de arándanos recién sacado del horno y a la loción que el tío Henry usaba para ocasiones especiales. Olía a todo eso, pero me gustaba.

Y, por si todo aquello no fuera suficiente para saber que estaba de vuelta en Pequeñilandia, eché un vistazo a mi alrededor. A unos diez pasos del arroyo, justo en el medio de un pequeño claro, estaba la pequeña granja destartada.

Justo donde la había dejado.

La madera se estaba pudriendo, el tejado había cedido y unos enormes tentáculos de hiedra se habían colado por cada grieta. Las ventanas estaban rotas y el porche estaba a punto de venirse abajo. Aquella vieja granja se derrumbaría en cualquier momento.

Tan solo habían pasado dos años desde el tornado, desde que visité ese mundo por primera vez, pero daba la sensación de que la granja llevara allí al menos un siglo.

A pesar de que estaba desvencijada y ruinoso, resultaba inconfundible. Y no fui la única que la reconoció.

Oí un grito agudo y me di la vuelta; la tía Em estaba tumbada sobre un claro lleno de flores silvestres. Abrió los ojos como platos, se cubrió la boca con una mano y con la otra señaló aquel montón de madera.

—¡Henry! ¡Mira!

A su lado, el tío Henry se frotó las sienes y, con torpeza, se incorporó.

—Sí, ya veo a Dorothy —farfulló un tanto irritado.

Y entonces la vio.

—Pero ¿qué ven mis ojos? —murmuró. Cerró los ojos y volvió a abrirlos, como si quisiera despertar de un sueño. Al ver que seguía allí, en mitad de un prado de colores brillantes y vivos, echó la cabeza hacia atrás y soltó aquel ruido sibilante parecido a un eructo—. Madre mía —dijo—. Sabía que no tendría que haberme tomado esa copa en la fiesta... Las bebidas fuertes siempre me sientan mal.

Me reí.

—¿Es que no lo ves? —exclamé—. ¡Estamos aquí! ¡Todos estamos aquí!

Había empezado el día de mi cumpleaños con el pie izquierdo y la fiesta había sido un completo fiasco, pero ahora me sentía más feliz que nunca. Había regresado a Oz y, esta vez, con mi familia. Ahora que la tía Em y el tío Henry estaban aquí, por fin podríamos ser felices. Ya no tendría que preocuparme por volver a casa porque esta vez la había traído conmigo.

La tía Em se puso en pie y se sacudió el polvo de aquel vestido gris marengo.

Todavía no se había recuperado del susto. Se tambaleó y empezó a abanicarse con la mano. Por un momento creí que se desmayaría, pero el tío Henry se levantó y la sujetó por la cintura.

—Tranquila, Emily —susurró—. Tómate un minuto. Y respira —añadió, y luego me lanzó una mirada que no supe interpretar—. ¿En qué lío nos has metido? —preguntó, y luego, con tono acusatorio, añadió—: ¿Y de dónde demonios has sacado esos zapatos tan ridículos?

A la tía Em, en cambio, no parecía importarle el cómo ni por qué habíamos aparecido allí. Cuando por fin recuperó el aliento, se apartó de mi tío y avanzó hacia nuestra vieja casa con paso firme.

—Fíjate, cariño —dijo asombrada—, ¿puedes creerlo?

El tío Henry trató de alcanzarla, pero no estaba en tan buena forma como ella; de hecho, tropezó varias veces.

—No, no puedo creerlo —respondió jadeando.

La tía Em apoyó una mano sobre un tablón de madera que estaba a punto de desprenderse. No daba crédito a lo que estaba viendo.

—¿Recuerdas el día en que pintaste los marcos de las ventanas?

—Claro, Emily —contestó—. Pero tenemos cosas más importantes de las

que preocuparnos, como dónde estamos y cómo hemos llegado aquí, así que dejémonos de tonterías.

Ella hizo un gesto con la mano, ninguneando así el comentario.

Fruncí el ceño y salí corriendo para alcanzarlos.

—Perdonad —dije—, sé que esta casa os trae muchos recuerdos, pero ¿no os habéis dado cuenta de que ya no estamos en Kansas?

Henry se volvió hacia mí.

—Pues claro que me he dado cuenta, jovencita. Tú y yo vamos a tener una conversación muy seria, pero dentro de un rato. Como puedes ver, tu tía no se encuentra muy bien. Está desorientada.

—No estoy desorientada —corrigió la tía Em—. ¡Oh, mira esto! ¡Me había olvidado por completo de esta aldaba! ¡La compraste en Topeka, justo después de volver de la Primera Guerra Mundial!

Al ver aquella aldaba, el tío Henry no pudo evitar sonreír. Le traía muchos recuerdos, desde luego.

—Sí —contestó en voz baja—. Lo recuerdo como si fuera ayer.

La tía Em y el tío Henry estaban tan absortos en los sentimientos que les traía aquella vieja casa que ni siquiera se percataron de dónde estábamos. Debía reconocerlo: mis tíos tenían un gran corazón.

Sin embargo, quería que comprendieran la importancia de la situación. Quería que se alegraran tanto como yo.

—¡Mirad! —dije en un intento de desviar su atención hacia un arbusto que crecía bajo lo que había sido la ventana de la cocina—. ¡Las flores de este matorral tienen ojos!

Me acerqué y una de las flores me estornudó en la cara. Fue toda una sorpresa, desde luego, pero mis tíos seguían ignorándome. El tío Henry acariciaba la espalda de la tía Em; ella, por su parte, seguía alucinando. Contemplaba el marco de la puerta, admirando el laborioso trabajo de artesanía de la madera.

Y entonces, antes de que pudiera decir nada más, ocurrió algo. Algo que ni siquiera mis tíos pudieron ignorar. Sobre aquel diminuto porche destartado, el aire empezó a titilar, a brillar de energía. Era una energía rosa y centelleante, como si un pez fucsia estuviera nadando por el aire, dibujando pequeñas espirales infinitas. Aquel haz de luz cada vez era más reluciente,

más rosa, más intenso. Llegó un punto en que la luz se volvió cegadora y la tía Em tuvo que taparse los ojos.

El tío Henry, en cambio, cerró los puños, preparándose para una pelea. Yo no estaba preocupada. No era la primera vez que presenciaba un espectáculo de luz y color en el mundo de Oz, así que contemplé la escena emocionada y curiosa. La energía empezó a chisporrotear y muy lentamente empezó a transformarse. Se convirtió en una silueta. En una persona, para ser más exactos.

Lo primero que vi fue su rostro. La luz pareció abrirse en dos, como si fuera un charco de agua. Después apareció su corona dorada y por fin su cuerpo. Estaba allí, en el porche, majestuosa y elegante, tan hermosa como la recordaba. Tenía una piel de porcelana y una mirada en la que parecía reflejarse el océano más profundo. Sus labios, finos y bien perfilados, eran carmesíes. Llevaba un vestido ceñido de color rosa que parecía hecho a medida. Le sentaba de maravilla.

—Válgame Dios —murmuró Henry.

Yo era la única que sabía quién era. Por eso no me quedé tan fascinada al verla.

—¡Glinda! —exclamé eufórica, y corrí para abrazarla.

Pero al ver que no respondía, me detuve. Ni siquiera me estaba mirando. Daba la sensación de que no me hubiera oído.

Y entonces me percaté de que su imagen parpadeaba. Su cuerpo era translúcido; de hecho, podía distinguir la aldaba del tío Henry justo detrás de su caja torácica. Su imagen se dibujaba y desdibujaba constantemente; había momentos en que se hacía más visible, casi palpable, pero no estaba allí «físicamente».

—Dorothy —dijo al fin, pero tenía la mirada perdida, como si no supiera dónde estaba—. Ayúdame —suplicó con un suspiro que destilaba miedo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, y me acerqué a ella—. ¿Qué necesitas? ¿Cómo puedo ayudarte?

Estaba frente a ella, pero al parecer Glinda no podía verme. Ni oírme.

—Ayúdame —repitió—. Ayúdame.

Su imagen se volvió nítida durante un instante. Sin pensármelo dos veces, di un paso al frente y traté de cogerla de la mano, como si así pudiera

salvarla.

—¡Glinda! —grité.

Y antes de que pudiera hacer algo más, un destello de color rosa nos cegó a todos. Cuando volví a abrir los ojos, Glinda había desaparecido.

SEIS

—*V*aya —dijo la tía Em con voz temblorosa, como si acabara de caerse del guindo—. Eso ha sido un poco raro. ¿Esa mujer era actriz o algo así?

—Por supuesto que no —respondí. Siempre que estoy con mis tíos intento no perder los estribos, aunque a veces me cuesta una barbaridad—. Es una bruja. Ya os hablé de Glinda, ¿lo recordáis?

Mis tíos me miraban confundidos.

—¿Una... bruja? —repitió la tía Em un tanto vacilante—. Supongo que sí parecía mágica...

—Parecía mágica porque estamos en Oz. Una flor que estornuda, una fruta que cambia de color. ¿Es que no os habéis fijado?

Mis tíos intercambiaron una miradita.

—A ver, jovencita —empezó el tío Henry—. Me importa un comino si esto es Oz o *Shangri-la* o la Conchinchina. No puedes ir por la vida secuestrando a la gente y hacer como si nada. Es la época más importante del año: tengo mucho trabajo que hacer. Necesito dormir mis ocho horas si quiero levantarme antes del amanecer y ordeñar las vacas.

La tía Em asentía con la cabeza.

—No sé muy bien qué ha pasado —dijo—, pero todo es muy extraño y, bueno, me encantaría dormir en mi propia cama. ¿A ti no, cielo? Ha sido un día muy largo también para ti.

Soy la primera en admitir que Oz no es un lugar fácil de asimilar al principio, sobre todo para dos personas cuya única ambición es pasar el resto

de sus vidas en una granja perdida en Kansas. Pero les había hablado de este sitio un millón de veces, por lo que creía que no les costaría tanto asumir el cambio.

Sin embargo, no estaba dispuesta a rendirme, así que volví a intentarlo; esta vez hablé más despacio.

—Nos hemos trasladado a Oz —expliqué, tratando de disimular mi frustración—. Mi amiga Glinda, la Bruja Buena del Sur, ha debido de traerme hasta aquí. Está en apuros y tengo que ayudarla.

Totó soltó un ladrido de aprobación.

Ninguno de los dos parecía muy convencido, pero antes de que pudieran protestar, *Totó* y yo nos pusimos en camino. Nos dimos media vuelta y nos alejamos de aquel claro de flores silvestres, de la granja destartada y el arroyo. Sabíamos muy bien dónde íbamos: a Pequeñilandia. No estábamos muy lejos y llegaríamos enseguida. Supongo que la tía Em y el tío Henry no querían quedarse en un lugar tan misterioso como la Conchinchina, porque nos siguieron sin rechistar.

Había imaginado mi regreso triunfante a Oz mil veces. O puede que más. Y, desde luego, no esperaba que fuera así. Me fui convencida de que había resuelto todos los problemas de Oz. Por eso, al volver de nuevo aquí, creí que mis tíos y yo podríamos disfrutar de todos los lujos que aquel reino mágico podía ofrecernos, sin tener que molestarme en luchar contra el mal.

Qué ingenuidad. Por supuesto, la razón por la que había vuelto a Oz era porque necesitaban mi ayuda. Ya había salvado el reino una vez. Si Glinda estaba en apuros, tendría que rescatarla. Otra vez.

Reconozco que, aunque estaba feliz por haber vuelto, habría preferido poder relajarme y visitar el reino con mi familia. Ya sabes, como si estuviera de vacaciones.

Entonces se me ocurrió algo: tal vez una misión, una cruzada, era el precio de admisión a ese reino mágico. De ser ese el caso, no pensaba quejarme. Tan solo esperaba poder lograr ese cometido rápido. Y para ello tenía que ponerme manos a la obra lo antes posible.

No tardamos mucho en avistar Pequeñilandia a lo lejos. A medida que nos íbamos acercando, recordé que apenas podía considerarse un pueblo, ya que consistía en un círculo de casitas achaparradas con forma de huevo. Y, en

el interior de ese círculo, una plaza de adoquines con una estatua en el centro.

Una estatua. No la recordaba. Cuando crucé la plaza de adoquines, enseguida supe por qué.

La estatua se erguía sobre la plaza; sin lugar a dudas, era la viva imagen de un héroe. Encarnaba a una chica muy familiar, con un vestidito de cuadros azules y dos trenzas. Tenía las manos apoyadas en la cadera y observaba el horizonte con ademán triunfante. La estatua se había tallado en mármol y era monocolor. Aunque sí había un detalle de un color distinto: los zapatos que llevaba eran plateados. De hecho, bajo el sol de media tarde, resplandecían como si estuvieran hechos de diamantes.

Estábamos en Oz, donde todo era posible. Un hipopótamo que vestía un tutú, un gordinflón que caminaba haciendo el pino, una manada de osos bailando el chachachá... Podría poner cualquier cosa en el centro de aquella plaza y nadie se sorprendería.

Sin embargo, esa estatua sí me sorprendió.

Era yo. La habían esculpido en mi honor. Me habría encantado ver la cara que habría puesto Mitzi Blair de haber estado allí. De hecho, me habría encantado ver mi cara.

—¿Esa eres...? —preguntó la tía Em.

—No puede ser —dijo el tío Henry—. ¿O sí?

Me acerqué a la base de la estatua y miré hacia arriba, completamente pasmada.

—DOROTHY GALE —Leí la placa que había en la base en voz alta. Al pronunciar las palabras, la voz me tembló—. LA CHICA QUE VIAJÓ SOBRE EL VIENTO, QUE MATÓ A LA MALVADA BRUJA Y LIBERÓ A LOS MUNCHKINS.

Me giré hacia mis tíos.

Los dos me miraban sin pestañear, perplejos y embobados. No podía ser más feliz.

—¿Ahora me creéis? Todo lo que os conté era verdad. Y está escrito justo aquí. En una placa de una estatua de mármol.

El tío Henry se rascó la calvorota.

—Quizás el que se ha desorientado un poco soy yo —murmuró para sí—. Me he debido de dar un buen golpe en la cabeza.

La tía Em, en cambio, observaba la estatua casi con lágrimas en los ojos.

Era evidente que la habían invadido un sinfín de emociones. Entonces se volvió hacia mí.

—Yo nunca... Bueno, supongo que me negaba a creerlo —dijo con voz todavía temblorosa—. Y todavía me niego a creerlo. Todo es tan extraño... Espero que lo comprendas. Tu tío y yo... no somos como tú. Siempre hemos sido personas normales y corrientes. Así que la magia... —susurró. Al pronunciar esa última palabra, hizo una pausa—. ¡Magia! La verdad es que me cuesta hasta decirlo. Pero reconozco que este lugar es real. Da igual si crees o no crees en ella. Yo puedo sentirla.

El tío Henry seguía rascándose la cabeza, pero al menos estaba escuchando. Y él nunca, bajo ningún concepto, pone en duda lo que mi tía dice. Ladeó la cabeza, miró a su esposa, después a la estatua y luego a mí.

—En todas las generaciones de Gale, nunca ha habido un mentiroso — bromeó, descartando así la posibilidad de que yo fuera una mentirosa.

—Ni un chiflado —recalqué.

—Tienes razón, nunca ha habido un loco en la familia.

La tía Em empezó a emocionarse.

—Oh, Dorothy —dijo—. Lamento tanto no haberte creído. Siempre supe que eras una niña especial, desde el día en que te adoptamos. ¡Y fíjate! — exclamó, señalando la estatua—. ¡Lo que hiciste fue tan valiente y honorable que te dedicaron un monumento! Ojalá tus padres estuvieran aquí para verlo. Estarían muy orgullosos de ti.

Y, de repente, me abrazó y me estrechó entre sus brazos. Le devolví el abrazo, abrumada por las palabras que acababa de escuchar.

—Estoy tan orgullosa de ti, cielo —susurró.

—Sí, y yo también —añadió el tío Henry por lo bajo—. Aunque eso no significa que no queramos volver a casa...

La tía Em era una mujer menuda y, a primera vista, enclenque, pero lo cierto era que me estaba abrazando tan fuerte que me costaba respirar. Y justo cuando estaba tratando de despegarme de ella, empecé a oír un murmullo. Alguien estaba susurrando a nuestro alrededor.

—¿Hola? —llamé—. ¿Munchkins?

Poco a poco comenzaron a asomar sus diminutas cabecitas por los arbustos, por las ventanas, por las puertas y por cualquier agujero que uno

podiera imaginar. Salían como ranas después de una tormenta. En cuestión de segundos, estábamos rodeados. Nos acompañaban más de una veintena de personitas; ninguna medía más de un metro de altura y todos vestían unos pantalones cortos azules y una chaquetilla bordada con hilo dorado. Y, lo más extravagante de todo, unos sombreros puntiagudos con cascabeles que colgaban del ala.

—¿Quién eres? —gritó alguien entre la multitud.

—¡Soy yo! —respondí, sin saber muy bien a quién me estaba dirigiendo—. He vuelto. No sabéis cómo me alegro de estar aquí otra vez, os he echado muchísimo de menos.

Un munchkin dio un paso hacia delante y me miró de manera burlona. Echó un vistazo a la mano que le había extendido, pero no parecía dispuesto a estrecharla.

—Perdóname, jovencita —dijo—. Soy Cos, el alcalde de Pequeñilandia. Y bien, ¿quién eres tú?

Ladeé la cabeza, un tanto sorprendida, y miré a mi alrededor.

—Soy yo. Dorothy Gale —expliqué, y señalé la estatua—. ¿Lo ves?

Cos alzó la mirada y observó la estatua. Luego me miró y observó el parecido.

El silencio duró varios segundos. Luego, la muchedumbre empezó a murmurar.

—¡Dorothy! —Rugieron todos a coro.

Cos se quitó el sombrero y empezó a jugar con él, como si le avergonzara haberme olvidado. Sin embargo, todavía percibía una nota de incredulidad en su mirada.

—¿Dorothy? ¿La Matabrujas? ¿De veras eres tú?

—¿Matabrujas? Me gusta el apodo. Sí, soy yo —respondí, feliz.

—Ha pasado mucho tiempo —comentó él—. Creíamos que no volveríamos a verte.

—No sabes las veces que he intentado regresar a Oz —confesé, y me arrodillé para que estuviéramos a la misma altura—. Pero no es fácil, ya sabes. No es habitual que un tornado arrase Kansas. Lo cierto es que no pasa cada día.

Me puse en pie y miré a mi alrededor; todos los munchkins se habían

quedado de una pieza al descubrir quién era.

Quería quedarme y charlar con ellos, saber qué había ocurrido en Oz desde que me había marchado. Pero sabía que no tenía tiempo. Ahora tenía otros asuntos más urgentes de que ocuparme. Como encontrar a Glinda.

No sabía si debía explicar lo que había ocurrido en el porche de mi vieja granja. Quizá nadie se había enterado, todavía, de que Glinda corría un grave peligro. Si ese era el caso, probablemente lo más sensato era no irse de la lengua. Y mucho menos delante de un pueblecito de munchkins: tenían la reputación de ser muy nerviosos y asustadizos.

Decidí que lo más prudente sería sacarles toda la información que pudiera antes de decidir qué hacer.

—¿Qué tal todo? —pregunté.

—¿A qué te refieres? —respondió él.

Cos parecía aturdido por la pregunta y los munchkins empezaron a charlar entre ellos.

—Me refiero a Oz. ¿Cómo ha ido todo desde que me fui? ¿Ha aparecido alguna otra bruja con ganas de armar follón? ¿Habéis tenido algún problema?

—Oh, no, señorita Dorothy —contestó él, moviendo aquella cabecita de mejillas sonrosadas arriba y abajo—. Desde que mataste a todas las brujas, hace ya varias lunas, los munchkins hemos sido muy muy felices. Las cosechas son excelentes, el sol brilla y hay magia buena por todos lados. ¡Alabada sea Ozma!

Hum. No sabía qué le había sucedido a Glinda, pero era evidente que los munchkins no tenían ni la más remota idea.

¿Y quién era Ozma?

—Señorita Dorothy, nos encantaría que te quedaras a cenar. Y tu familia también. ¿Qué te parece? —preguntó. Tras la invitación, los diminutos habitantes de Pequeñilandia empezaron a cuchichear—. Queremos celebrar tu visita con un gran banquete.

Sonaba tentador, desde luego. Un festín en Pequeñilandia (¡para celebrar mi visita!) sería una forma excelente de compensar la desastrosa fiesta de mi decimosexto cumpleaños. Y los munchkins eran famosos por dominar el arte de la cocina. Son verdaderos magos. Pero...

—Lo siento —dije, y volví a arrodillarme—. Pero tengo que reunirme

con el rey lo antes posible.

—Dorothy... —interpuso el tío Henry.

—¿El rey? —preguntó Cos—. ¿Qué rey?

—Pues el rey de Oz, por supuesto —respondí un tanto sorprendida.

Si no me fallaba la memoria, el Mago se había marchado en su globo a América, no sin antes nombrar a mi amigo el Espantapájaros como nuevo rey; todo el reino de Oz recibió la noticia con alegría. Adoraban a su nuevo gobernante. Mi amigo el Hombre de Hojalata fue nombrado gobernador de los Winkies, y el León, el rey de las Bestias. Antes de volver a Kansas, me aseguré de dejar el reino de Oz en buenas manos.

Sin embargo, me daba la sensación de que los munchkins no sabían de quién estaba hablando.

—No tenemos rey —contestó Cos, a lo que el resto asintió.

—Pero recuerdo perfectamente cómo le pusieron la corona —insistí.

Todos comenzaron a murmurar, confusos.

—En Oz solo hay un monarca legítimo —dijo Cos—. La princesa Ozma. Es la única soberana de nuestro reino.

—¿Princesa qué? —pregunté. Era la primera vez que oía ese nombre.

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo para intentar explicarme lo buena persona que era Ozma.

—¡La princesa Ozma es preciosa y muy amable con su pueblo! ¡La princesa Ozma es la legítima soberana de Oz! ¡Alabada sea Ozma!

—¿Y qué ocurrió con el Espantapájaros? —pregunté.

Cos se puso rojo como un tomate.

—Oh —suspiró—. El Espantapájaros. Me había olvidado de él. Creo que sí llegó a ser rey. Pero el reinado fue muy corto. Además, de eso ya hace muchísimo tiempo.

—¡Pero si fue hace solo dos años!

—¿Dos años? —dijo Cos con el ceño fruncido—. No..., creo que fue hace mucho más tiempo. Quizás el calendario que utiliza tu mundo es distinto al nuestro —explicó con tono serio—. Dorothy, la época de las brujas acabó hace mucho mucho tiempo.

El tío Henry se aclaró la garganta.

—Dorothy —dijo—. Todo esto es muy interesante, de veras, pero

tenemos que volver a casa. Señor munchkin, ¿serías tan amable de indicarnos cuál es el camino de vuelta a Kansas?

Cos miró a mi tío y pestañeó.

—¿Y dónde está eso?

No podía perder más tiempo. Las quejas del tío Henry tendrían que esperar. Después de oír a Glinda suplicándome ayuda y de saber que el Espantapájaros ya no ocupaba el trono, empezaba a intuir que las cosas habían cambiado mucho desde la última vez que había estado en Oz. Y tenía el presentimiento de que no habían cambiado para bien.

Para arreglar aquel desaguisado tenía que encontrar a mi viejo amigo.

—Da lo mismo, Cos. Necesitamos encontrar al Espantapájaros. ¿Todavía vive en Ciudad Esmeralda?

—Oh, no —respondió Cos—. Vive bastante cerca de aquí, de hecho, en una mansión hecha de mazorcas de maíz, al lado del camino de baldosas amarillas. Llegaréis en menos de un día —explicó, y señaló hacia el horizonte—. Si vais hacia allí, encontraréis el camino. Pero tened cuidado, los árboles están un poco alborotados hoy.

—¿Los árboles? —oí susurrar a la tía Em.

—Muchas gracias, munchkins —anuncié—. Espero que la próxima vez que nos crucemos podamos disfrutar de vuestro delicioso banquete.

Y después, segura de lo que estaba a punto de hacer pero un poco nerviosa por las sorpresas que Oz me tendría reservadas, les dije adiós con la mano.

Al oír a todos los habitantes de Pequeñilandia corear mi nombre, supe que, a pesar de las aventuras que Oz me habría preparado esta vez, una cosa estaba clara: había vuelto a casa.

SIETE

—Podríamos habernos quedado a picar algo —protestó la tía Em; habíamos dejado Pequeñilandia a nuestras espaldas y ahora nos dirigíamos hacia el camino de baldosas amarillas que Cos nos había indicado—. Empiezo a tener un poco de hambre.

—No sé si habría querido ver la comida que sirven esos pigmeos —dijo el tío Henry con escepticismo. Arqueó una ceja—. En la guerra, nos obligaban a comer cerebro de mono y lengua de lagartija para desayunar. Y, la verdad, nos daba igual porque no había nada más que llevarnos a la boca.

El tío Henry siempre hablaba de la época que pasó librando una guerra, pero aun así me costaba creer que hubiera abandonado su querida Kansas. Algunas de las anécdotas que explicaba eran más estrambóticas que las aventuras que yo había vivido en Oz, desde luego.

Pero en nuestra familia no había ningún mentiroso, así que ¿quién era yo para dudar de él?

—Henry Gale —le regañó la tía Em—. No exageres, anda. Estoy segura de que la comida aquí es exquisita.

—Aunque me hubieran servido cóctel de langosta y tarta de fresa con helado, habría preferido volver a mi casa —respondió él.

—Oh, pero ¿es que no lo ves? —exclamé, tratando de que entendiera la situación—. ¿Es que no te das cuenta? ¡Ahora estamos en Oz! Así que deja de preocuparte de las vacas, de la cosecha, de los cerdos y de todo eso. La vida aquí es mucho mejor, ¿o es que no ves que todo es precioso? ¡En Oz no

hará falta que te levantes antes de que amanezca para ordeñar las vacas!

La tía Em me acarició el hombro para calmarme. Me había alterado y había alzado la voz.

—Dorothy —dijo ella con tono cariñoso—. Es un lugar hermoso. Y estamos muy orgullosos de ti. Hoy hemos conocido a la nueva Dorothy, una Dorothy a la que un pueblecito ha dedicado una estatua. Pero tu tío tiene razón. No podemos quedarnos aquí. Oz no es nuestro hogar.

—Además, me gusta ordeñar vacas —añadió el tío Henry.

Estábamos a punto de llegar al camino de baldosas amarillas, pero paré en seco. Sabía que el tío Henry se pasaría el día refunfuñando y que la tía Em se pondría nerviosa al verse fuera de casa, pero nunca se me habría ocurrido que, después de ver Oz con sus propios ojos, quisieran regresar. ¿Cómo era posible que alguien prefiriera unos campos grises y polvorientos y un puñado de cerdos con malas pulgas a un mundo fantástico?

—Pero nos quedaremos aquí —afirmé—. ¿A santo de qué vamos a volver a casa?

Mi tío estaba en *shock*.

—Kansas es nuestro hogar. Es donde debemos estar —respondió, estupefacto—. Me alegro de que la gente de Oz te quiera tanto, pero eso no cambia quién eres, jovencita.

—No te enfades, Henry —intercedió la tía Em—. Dorothy, cielo, la semana que viene tengo club de costura y la casa está patas arriba después de la fiesta. Si no volvemos a casa pronto, no tendré tiempo de fregar los platos y ordenarla un poco.

Quería gritar. No podían estar hablando en serio. Llevaba dos años soñando con tener una segunda oportunidad, aunque nunca creí que pudiera llegar a ocurrir de verdad. Pero había sucedido. Estábamos caminando por la pintoresca Pequeñilandia y hacía un día precioso. En Kansas jamás podríamos disfrutar de un día así, ni de esos paisajes tan coloridos. Y, sin embargo, estaban dispuestos a abandonar ese mundo de fantasía para que la tía Em pudiera fregar los platos.

Pero guardaba un as bajo la manga. Ni siquiera tendría que mentir. Bueno, no exactamente.

—No sé cómo volver a casa —dije un tanto molesta—. Ni siquiera sé

cómo hemos llegado hasta aquí. La única que puede mandarnos de nuevo a Kansas es Glinda, y necesita nuestra ayuda. Cuando la encuentre, podremos volverlo a discutir.

Mientras hablaba, noté que los zapatos vibraban bajo mis pies. Era una sensación extraña, una mezcla de cosquillas y calidez, como si hubiera metido los pies en un remolino de agua caliente. Quizá sí acababa de decirles una mentirijilla; si los zapatos nos habían transportado a Oz, no me habría extrañado que también tuvieran el poder de hacernos regresar. Pero el tío Henry y la tía Em no lo sabían. Y, de momento, prefería que siguiera siendo así.

Mi plan no les había entusiasmado, pero no tenían otra opción. Así que *Totó* y yo dimos un paso al frente y seguimos avanzando.

Estábamos muy cerca; lo sabía porque había baldosas amarillas desperdigadas por aquí y por allá; daba la sensación de que salieran del barro. Cada vez había más y, tras unos minutos, lo vimos: el camino de baldosas amarillas. Serpenteaba por un campo verde, el más verde que había visto jamás, deslizándose hacia el horizonte como un lazo dorado.

La tía Em se quedó asombrada al verlo; soltó un grito ahogado y dio un saltito. El tío Henry sacudió la cabeza, como si no diera crédito a lo que estaba viendo.

No era la primera vez que veía ese camino, pero aun así me dejó sin palabras. Bajo la luz del sol, las baldosas se tornaron doradas, brillantes, deslumbrantes. Y ese color dorado hacía resaltar aún más el azul del cielo y el verde de los maizales. El sendero zigzagueaba por aquellos campos como un arroyo de oro macizo. Era imposible saber dónde acababa, pues se perdía en el horizonte, pero a primera vista daba la sensación de que conducía a un lugar de ensueño.

Totó nos había adelantado un poco y trotaba meneando la cola, emocionado. Ladró tres veces, dispuesto a marcarnos el camino.

—Ejem... Quizá nos vendría bien explorar un poco el terreno —dijo el tío Henry—. Total, ya que estamos aquí...

La tía Em no dijo absolutamente nada; con cierto disimulo, dio un paso al frente, colocándose así sobre el camino. Luego nos miró y nos dedicó una sonrisita pícara.

—Supongo que los platos pueden esperar —dijo—. Al menos por ahora.

Pero el camino amarillo no es un camino cualquiera. Está encantado. Desea que lo sigas, pero no por razones deshonestas o infames, sino simplemente porque le gusta ser útil, tener una función. Es muy difícil, casi imposible, resistirse a seguir un camino con un entusiasmo tan contagioso. Y yo lo sabía por experiencia propia.

En cuanto puse un pie sobre esas baldosas amarillas, sentí un cosquilleo en la planta. Avanzamos tranquilamente por aquel camino, dejando que nos guiara por las colinas, por los campos y por los valles de Pequeñilandia. La magia que desprendía aquel camino era increíble. Podía sentirla fluyendo por mi cuerpo. Después de un buen rato paseando por aquel precioso paisaje, me di cuenta de que no me dolían los pies (y eso que llevaba unos tacones de aguja altísimos que jamás me había calzado antes). De hecho, me daba la sensación de que un duende imaginario me estaba dando un masaje en los pies. ¿Qué más podía pedir?

Caminamos durante horas, sin ceder al cansancio. Parecíamos la familia feliz. El tío Henry no dejaba de silbar canciones que había aprendido en la guerra y la tía Em no dejaba de bombardearme a preguntas, como «¿Dónde conociste a tu amigo el Espantapájaros?» o «Todavía no entiendo por qué ese Hombre de Hojalata estaba desesperado por conseguir un corazón. Por cómo hablas de él, me parece un tipo amable y la mar de cariñoso, así que ¿por qué tomarse tantas molestias por tener uno?».

No paraba de asombrarse por la flora y la fauna que nos rodeaba; pasamos por delante de una bandada de cerdos voladores que descansaban sobre un campo y casi se cae de culo. Aquellas criaturas, del tamaño de un gorrión, estaban mordisqueando algunas manzanas que habían caído al suelo. Más tarde vimos una cascada, pero lo curioso era que el agua caía del revés, hacia arriba. Se quedó anonadada, sin palabras.

Cuando por fin atravesamos el campo de amapolas, que tan bien recordaba, advertí a mis tíos: les dije que se taparan la nariz para no caer en la tentación de echarse una cabezadita porque, de hacerlo, dormirían un sueño eterno. Lo cruzamos sin problema, admirando aquellas gigantescas amapolas de color rubí y esquivando las pequeñas nubes de humo rosa que arrojaban al aire de vez en cuando.

Los párpados empezaban a pesarnos y, de repente, dejamos las amapolas atrás.

—Oz es muy distinto a Kansas, pero hay cosas que son idénticas — puntualizó la tía Em minutos más tarde, cuando pasamos por delante de una exuberante plantación de maíz. Era evidente que estaba tratando de ver el lado positivo de todo aquello—. Por lo que veo aquí también cosechan maíz, como en Kansas.

—Este maíz es distinto, tía Em —dije—. No me preguntes cómo, pero la mazorca ya está untada de mantequilla. Nunca has probado un maíz igual.

—Pues a mí no me importa untar de mantequilla el maíz, la verdad — espetó el tío Henry, pero sabía que estaba impresionado.

En Kansas, la mantequilla se consideraba un ingrediente de lujo y solo la utilizábamos en ocasiones especiales. Cogí una mazorca y la pelé; el aroma del maíz nos embriagó de inmediato. La tía Em, que estaba un poco nerviosa, dio un bocado y abrió los ojos como platos. En cuanto el tío Henry vio su reacción, no lo dudó: cogió una mazorca y empezó a devorarla. Los tres nos sentamos en el borde del camino a disfrutar de aquel delicioso manjar. No podíamos estar más contentos.

Era una sensación tan maravillosa que, por un momento, olvidé a qué había venido. Olvidé la petición de ayuda de Glinda. Olvidé que estaba en apuros. Y también olvidé que Oz corría un grave peligro. Si permitía que la perversión campara a sus anchas por el reino, aquellos maizales, ahora frondosos y mágicos, quedarían arrasados. En su lugar construirían vergeles repletos de alambre de espino o, peor aún, demolerían los campos para levantar fábricas de alfileteros o de algo todavía más terrible.

No podía olvidar todo aquello. Tenía mucho trabajo que hacer.

Pero, por ahora, la cosecha era abundante y no había nada sospechoso a la vista. Todo parecía en orden.

Bueno, hasta que acabamos aquella merendola tan agradable, retomamos el viaje y avanzamos algunos kilómetros más por el camino dorado.

Fue entonces cuando oímos los gritos.

OCHO

*E*n cuanto dejamos los maizales atrás, el cielo se tiñó de negro y los pintorescos campos de cultivo cedieron el paso a un paisaje estéril y calcinado con árboles y matorrales raquíticos y enclenques. El entorno era desolador, lo que hacía que aquellos gritos resultaran más espeluznantes todavía. La pradera fue desapareciendo poco a poco hasta convertirse en una llanura de barro gris con algunas malas hierbas repartidas aquí y allá. Hasta el camino era distinto: opaco, sin brillo y sin color, y estaba desgastado. Las baldosas estaban rotas y algunas se habían hecho añicos. Los cuervos sobrevolaban la zona; la sombra de aquellas alas gigantescas parecía bailar sobre el sendero de baldosas amarillentas y raídas.

Ante nuestras narices se cernía un bosque. Era un bosque impenetrable y muy oscuro. Se extendía hacia el horizonte y parecía no tener fin.

Los gritos venían del corazón de aquel bosque; era un lamento profundo y gutural que me puso los pelos de punta.

Era un chillido, desde luego, pero también me pareció oír una especie de canción. Aquel sonido tan triste parecía contener todo el dolor y el sufrimiento del mundo entero. Las emociones estaban atrapadas allí dentro y, al retorcerse, creaban esa melodía tan horrible y atormentada.

Todos nos quedamos quietos. Incluso *Totó*, que solía ser el más valiente cuando se acercaba alguna amenaza, se hizo un ovillo a mis pies y empezó a temblar de miedo.

—No me gusta ese sonido, Dorothy —dijo el tío Henry con expresión

seria.

—A mí tampoco —añadió la tía Em, que estaba pálida—. No me gusta ni un pelo.

Me alegré de que no perdieran los estribos. A veces la gente que crees conocer como la palma de tu mano te sorprende. Mis tíos se estaban comportando de una forma valiente. O, al menos, lo estaban intentando.

Yo, en cambio, no sabía si iba a ser capaz de hacer lo mismo. Todos mis instintos me empujaban a rendirme y a huir de allí. Me decían que volviera al maizal, a Pequeñilandia, a la vieja granja destartada que había junto al arroyo. Que volviera a Kansas, incluso.

Pero cuando me di la vuelta me percaté de que el sendero que habíamos seguido se había dividido en cinco caminos distintos. Cada uno conducía a una dirección diferente. Alguna fuerza quería que escogiéramos uno de esos caminos con la esperanza de que nos llevara de vuelta al punto desde donde habíamos iniciado el viaje.

Sin embargo, tenía la impresión de que ninguno nos llevaría hasta allí. Cuando una fuerza oscura que desconoces te empuja a hacer algo, lo más sensato e inteligente es hacer justo lo contrario. Lo sabía porque había vivido una situación similar antes.

Eché un vistazo al bosque que teníamos delante. El camino se adentraba en aquella selva como un cuchillo de oro. Los gritos eran tremendos y espantosos, pero sabía que nuestra única opción era seguir hacia delante.

—Vamos —ordené.

Mi tía, mi tío y mi perro me miraron como si me hubiera caído un tornillo. Di un paso hacia delante para demostrarles que no era una locura y entonces ocurrió algo maravilloso: en mitad de aquella oscuridad, mis zapatos rojos empezaron a titilar. Aquel resplandor rojo latía sobre esas baldosas pálidas al ritmo de mi corazón. Y entonces supe que había acertado.

—Vamos —repetí, con más firmeza esta vez. Y di otro paso.

Totó, todavía tembloroso, me siguió y después la tía Em hizo lo mismo. El tío Henry la sujetó del brazo y también se unió a la expedición. Si ella iba, él también. Sabía que jamás la abandonaría.

Así que, juntos, fuimos avanzando hacia el bosque. A medida que nos acercábamos a aquel alarido desesperanzador, el sonido empezó a cambiar:

en cuestión de minutos, se transformó en un llanto chirriante y violento. El sonido era tan penetrante que incluso sentía vibrar mi propio cráneo.

Mis tíos, al oírlo, se retorcieron de dolor y empezaron a chillar mientras se tapaban los oídos con las manos.

Era un sonido desagradable, pero, aun así, ansiaba oírlo. El único modo de captarlo bien era escucharlo con atención.

Aquel estruendo comprendía varios ruidos: el chillido de los cuervos, el sonido de los ríos al secarse y de la leche al cuajarse, y el llanto de niños arrancados de los brazos de sus madres.

Era el sonido de la muerte. El sonido del mal.

Sin embargo, seguí adelante, propulsada por una fuerza exterior, y entonces fue cuando vi sus caras.

Cada árbol tenía una cara, y cada cara era más horrorosa que la anterior. Aquellos rostros estaban tallados en las cortezas negruzcas de los árboles y se retorcían en muecas de tormento y sufrimiento, en gestos de ira y enfado y en expresiones de terror.

Lo adiviné de inmediato: el sonido no procedía de algún rincón del bosque, sino del propio bosque. Los árboles eran los que chillaban.

Y los reconocí. Más o menos.

—No deberían estar aquí —murmuré, pero con aquel estruendo dudo que alguien me oyera.

En mi primera visita a Oz, después de que el Mago regresara a su hogar, el Espantapájaros, el León, el Hombre de Hojalata y yo nos dirigimos hacia el país de los quadlings para ver a Glinda, la Bruja Buena del Sur, con la esperanza de que tuviera la clave para mandarme a casa. Por el camino no tuvimos más alternativa que adentrarnos en el bosque de los Árboles Perdidos.

Aquel bosque era idéntico al que ahora tenía enfrente. Los árboles habían sido malvados y crueles conmigo; sus rostros eran huecos y horrendos, y utilizaban sus ramas retorcidas para inmovilizarte o arrojarte al suelo si intentabas pasar por debajo de ellos.

Pero aquellos árboles no gemían así.

¿Acaso los dos bosques estaban relacionados? Y de ser así, ¿cómo? El bosque que me rodeaba ahora no había estado allí antes. ¿De dónde habría

salido?

Daba lo mismo. Lo importante era atravesarlo. Así que seguí adelante, con *Totó* a mi lado y mis tíos pisándome los talones.

Los chillidos cada vez eran más insoportables; destilaban impotencia, una desesperación infinita y, de repente, noté un nudo en el estómago.

El ruido era insufrible, tan punzante que deseaba arrancarme el pelo y arañarme la cara hasta sangrar.

Y, de repente, los árboles enmudecieron. El silencio que siguió fue terrible.

Miré a la tía Em y al tío Henry; me observaban impertérritos. Estaban tan atónitos como yo. Ninguno articulamos palabra, por miedo a romper aquel silencio.

Entonces levantamos la mirada y echamos un vistazo a los árboles que se alzaban sobre nosotros. Por fin habíamos llegado al lindero del bosque.

Aquellos árboles eran altísimos y esqueléticos (apenas ocupaban más que la tía Em) y estaban deshojados. Sus rostros, de expresión cruel y retorcida, ocupaban la mayor parte del tronco y las ramas, nudosas y ásperas, se asemejaban a zarpas afiladas.

Dos de los árboles, más altos y a primera vista más ancestrales que el resto, escoltaban ambos lados del camino de baldosas, justo en el punto en que el camino desaparecía entre aquella maraña de arbustos. Sus rostros se habían congelado y mostraban unas máscaras de tormento y desesperanza.

Me pregunté qué les habría pasado para caer en desgracia. ¿Habrían sido personas de carne y hueso en otra vida? ¿Sería un castigo por los errores cometidos en el pasado?

Dos años viviendo en Kansas y ya había olvidado aquella zona del reino de Oz, la zona habitada por brujas, monstruos y criaturas horripilantes y peligrosas. Había borrado de mi memoria algo fundamental: la magia es escurridiza y, en ocasiones, impredecible. Le gusta alterar las cosas. A veces transforma las cosas de una forma increíble y maravillosa, capaz de dejarte sin palabras. Y otras veces la retuerce y la corrompe, creando ilusiones que apenas reconoces.

Es extraordinaria, pero también endiablada. Ese es el precio de la magia.

«Pero merece la pena», pensé. Incluso ahí, en la boca del lobo, en un

agujero que olía a maldad, sabía que merecía la pena.

Porque sin magia, ¿qué nos queda? Oh, sí: Kansas.

De pronto, sin previo aviso, oímos un ruido chirriante, seguido de un gemido y un chasquido atronador; el gigantesco árbol que había a la izquierda del camino se abalanzó hacia delante y empezó a desprender sus raíces del suelo, rociándonos así con un montón de barro.

Se ayudaba de las raíces para avanzar y, en un abrir y cerrar de ojos, empezó a reptar hacia nosotros. Noté un suave hormigueo en los pies.

Venía directo hacia mí. Empezó a sisear y a mostrar los colmillos.

Tenía que escapar de ahí, así que eché a correr.

Cogí a *Totó*, rodeé el árbol como pude y me lancé hacia el bosque; enseguida oí los pasos del tío Henry y la tía Em detrás de mí. No dudaron en seguirme.

El sendero que atravesaba el bosque no se parecía en absoluto al camino que nos había llevado hasta Pequeñilandia. Las baldosas también eran amarillas, pero estaban cubiertas de hojas y flores secas; algunas, con solo tocarlas, se desmoronaban y muchas habían desaparecido, engullidas por las raíces.

Pero me dio lo mismo. A pesar de que era estrecho y lleno de obstáculos, corrí a toda prisa, rezando por no tropezar o poner un pie en un charco de arenas movedizas.

El bosque era oscuro y frondoso. Los árboles se encogían a mi alrededor, arrojando aquellas ramas maquiavélicas sobre el camino para bloquearme el paso.

Ahora ya no gritaban; gruñían y siseaban y murmuraban, pero no logré entender nada de lo que decían.

A lo lejos todavía oía al monstruoso árbol arrastrándose detrás de nosotros, tratando de alcanzarnos. De repente, oí más chasquidos y entonces supe que ya no era solo un árbol el que nos perseguía. Todos sus hermanos y hermanas habían salido a nuestro encuentro y los teníamos pisándonos los talones.

Así que corrí aún más rápido. No podía creer que estuviera corriendo con unos tacones de aguja, y de diez centímetros, nada más y nada menos.

Cada dos por tres miraba por encima del hombro para comprobar que la

tía Em y el tío Henry no se habían quedado atrás. Eran mayores, pero estaban en plena forma, lo que fue una gran suerte. Al menos, podían huir de un puñado de árboles.

Y, de pronto, la tía Em tropezó. Soltó un grito agudo y se cayó de bruces justo delante de mí.

—¡Em! —grité.

—¡La tengo! —contestó el tío Henry, y la agarró.

La tía Em era una mujer menuda y delgada, todo lo contrario al tío Henry. Después de tantos años trabajando solo en el campo, había desarrollado una fortaleza física increíble, aunque, a primera vista, nadie lo habría dicho. De modo que, sin tan siquiera parar, cogió a la tía Em en volandas y siguió corriendo.

Pero no sirvió de nada. Ya era demasiado tarde. Los árboles nos habían alcanzado y nos habían cerrado el paso.

Decidí dar media vuelta, pero me topé con otros árboles que habían entrelazado las ramas para formar un muro impenetrable. Estábamos atrapados.

Uno de los árboles soltó un rugido espeluznante y atacó a la tía Em. Ella gritó aterrorizada, pero eso no bastó para detener a la criatura, que le arañó la cara con sus zarpas de madera. Cuando se apartó, vi tres líneas de sangre en la mejilla de la tía Em.

No me hizo falta mirarle; mi tío estaba temblando, temblando de pánico. Debería haberme asustado, pero lo cierto es que no sentí una gota de miedo. Tan solo adrenalina, o eso creo. Estaba furiosa, rabiosa y muy muy enfadada.

¿Cómo se atrevía ese montón de astillas a amenazarme? ¿A hacer daño a la gente que quería? Sabía que esos árboles no pretendían hacerme daño, tan solo humillarme, dejarme en evidencia. Igual que Suzanna y Mitzi habían hecho en mi fiesta de cumpleaños.

Tal vez en Kansas se habían salido con la suya, pero aquí, en Oz, exigía respeto.

—Parad —ordené.

Noté que los zapatos se ajustaban a mis pies, como si hubieran encogido una talla. Y, de repente, un relámpago de energía me sacudió todo el cuerpo, empezando por aquellos tacones de aguja. Fue extraño, pero lo agradecí.

Sentí como si otra persona se hubiera apoderado de mi cuerpo.

—Soy Dorothy Gale —dije. El sonido que salió de mi boca fue extraño, tan raro que ni siquiera me reconocí la voz. Aquellas tres palabras resonaron en cada rincón del bosque.

Los árboles me escuchaban atentamente.

—Soy la Matabrujas. Dejadnos pasar o sufriréis la misma suerte que todos aquellos que osaron cruzarse en mi camino.

Y así, sin más, los árboles empezaron a relajar las ramas. Poco a poco, fueron alejándose, aceptando que todo aquello no había sido más que un malentendido. Se apartaron del camino y regresaron al bosque. Uno a uno, volvieron a plantar sus raíces en el suelo.

Podíamos irnos.

Y todo gracias a mí. Lo único que había hecho era exigirlo. Y había funcionado. ¿Era posible que aquellos monstruosos árboles no fueran más que unos peles? ¿O algo en mí los había asustado?

—¿Cómo...? —farfulló la tía Em.

El tío Henry la dejó en el suelo y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Qué te ha pasado, cielo? —preguntó—. No quiero parecer un desagradecido, pero... no parecías tú.

—No sé cómo lo he hecho —respondí un tanto confundida. Había encontrado un poder en mi interior y lo había utilizado. ¿O me había utilizado él a mí? Era difícil de saber y, para ser sincera, prefería no saberlo.

—La próxima vez —propuso la tía Em— podríamos traer un hacha.

Me miró de reojo un tanto nerviosa. Por un lado, sabía que estaba agradecida por haber salido de aquel bosque con vida, pero me pareció advertir una nota de miedo en su voz. Y no eran los árboles lo que la asustaba, sino yo.

—No habrá una próxima vez —espetó el tío Henry—, porque volvemos a casa. Prefiero tener que untarme la mantequilla en el maíz que volver a pasar por algo así.

Los cuatro seguimos avanzando por el camino, pero no volvimos a mencionar lo ocurrido. Los árboles que bordeaban el camino seguían mirándonos con el ceño fruncido o con muecas de desagrado, pero no dijeron ni pío. Caminábamos a paso ligero. *Totó* prefirió acurrucarse en mis brazos y,

desde allí, vigilaba los alrededores.

En cuestión de minutos, la luz de la luna empezó a filtrarse entre las ramas de los árboles y, de repente, el camino se abrió. Habíamos logrado atravesar los bosques. El paisaje que se extendía frente a nosotros parecía un manto de plata y las baldosas amarillas titilaban como charcos de agua cristalina. El valle era impresionante. Unas florecillas diminutas marcaban el camino gracias a unas llamas azules que parpadeaban en el centro.

Me desplomé en el suelo y contemplé la belleza de aquel lugar. Por fin pude bajar la guardia. Me froté la cara con las manos para eliminar cualquier rastro de sangre. Las piernas me ardían de dolor después de aquella maratón. ¿O sería por otra cosa?

Y, sin embargo, no me notaba cansada. Me faltaba el aire, sí, estaba empapada en sudor, sí, pero no estaba cansada. De hecho, me sentía más viva que nunca, como si una energía mágica se hubiera introducido por cada poro de mi piel.

Seguí el camino; atravesamos aquel precioso valle, subimos hasta la cima de la colina que se alzaba frente a nosotros y por fin llegamos a nuestro destino: allí, sobre la línea del horizonte, estaba la casa del Espantapájaros. Todas las luces estaban encendidas, por lo que, en aquella negrura nocturna, parecía una joya dorada. Los munchkins no habían exagerado al describirnos aquella casa; estaba hecha de mazorcas de maíz enormes, del tamaño de un árbol, pero cinco veces más anchas. Parecían torreones. Aquella no era una casa normal y corriente, desde luego.

Era un castillo.

La señalé con el dedo.

—Vamos hacia allí. En esa casa vive mi amigo el Espantapájaros.

El tío Henry silbó.

—Había oído hablar del palacio del Maíz; creo que está en Dakota del Sur, pero dudo que pueda compararse con eso.

Y, sin mediar palabra, seguimos caminando; bajamos la colina y llegamos al valle. Era una noche fresca. La brisa que soplaba era agradable y el paisaje era tan acogedor, tan bonito que por un segundo casi olvido la aterradora experiencia del bosque. Casi.

No dejaba de preguntarme qué había hecho en el bosque. Tal vez a

aquellos árboles el dicho de «perro ladrador, poco mordedor» les iba como anillo al dedo. O quizá mis zapatos habían tenido algo que ver.

Y justo cuando meditaba sobre lo que había sucedido, me embargó una sensación de familiaridad. Y entonces lo vi: en el borde del campo había un poste de madera torcido.

Lo vi ahí clavado, como si el tiempo no hubiera pasado. Me entraron ganas de llorar. No era la primera vez que veía ese poste. Ahí conocí al Espantapájaros. Sin él, jamás habría llegado a Ciudad Esmeralda, ni habría podido vencer a la Bruja Mala del Oeste. Ni tampoco habría averiguado lo valiente que era.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había vuelto. Había vuelto y no era un sueño. El Espantapájaros había sido mi amigo y le había echado muchísimo de menos. Y ahora estaba a punto de reencontrarme con él.

—¿Qué ocurre, Dorothy? —preguntó la tía Em al verme sonreír.

—Nada —respondí—. Es que soy feliz.

NUEVE

*E*l tío Henry y la tía Em todavía no se habían recuperado de la caminata cuando al fin llegamos a la entrada de la mansión de mazorcas de maíz. En realidad era mucho más grande de lo que parecía desde lejos. Al tocar el timbre, no pude evitar ponerme un poco nerviosa.

¿Y si había cambiado? ¿Y si se había olvidado de mí? ¿Y si se había convertido en un anciano cascarrabias? (¿Los espantapájaros podían envejecer? Todavía había muchas cosas de Oz que desconocía por completo).

Y mientras todas esas preguntas rondaban por mi cabeza, la puerta se abrió de repente. Ahí estaba, delante de mis narices. Estaba igual que siempre, tal y como lo recordaba.

—¡Dorothy! —exclamó el Espantapájaros. Me tiré a sus brazos de paja. Él me abrazó por la cintura, me levantó del suelo y empezó a dar vueltas, gritando de alegría—. Los munchkins me enviaron un mirlo para contarme que estabas de camino, ¡temía que estuvieran tomándome el pelo!

—¡Oh, sabías que volvería! —dije entre risas.

Me dejó en el suelo y, aunque yo seguía sonriendo de oreja a oreja, el Espantapájaros parecía serio.

—Te hemos echado de menos, Dorothy —dijo, y aquellos ojos honestos y compasivos, unos ojos que se me habían quedado grabados en la memoria, empezaron a llenarse de lágrimas—. Oz no es lo mismo sin ti. La verdad es que pensaba que no volverías.

—Yo también —dije, y le acaricié el brazo—. He vuelto por Glinda. Sé

que está en apuros y tengo que rescatarla. ¿Sabes dónde está?

El Espantapájaros ladeó su cabeza rellena de paja.

—¿Glinda? —preguntó—. ¿Qué has oído de ella?

—La he visto —corregí. Aquello le pilló totalmente por sorpresa—. Estaba en mi antigua casa, cerca de Pequeñilandia. Bueno..., no era ella exactamente, sino más bien una «visión». Como si estuviera tratando de enviarme un mensaje. Me ha dicho que necesita mi ayuda.

El Espantapájaros parecía preocupado y pensativo. Empezó a rascarse la barbilla; estaba segura de que, si había alguien en Oz que supiera qué hacer en esa situación, sería él. Era la criatura más sabia del reino y, con toda probabilidad, del mundo entero.

—Tenemos mucho de que hablar —dijo tras un largo silencio—. Pero antes, por favor, preséntame a tus amigos.

Solté una ruidosa carcajada. Me había hecho tanta ilusión verle que me había olvidado por completo de mis tíos. Estaban en el porche y nos miraban atónitos.

—No son mis amigos, tonto. Son mi familia: mi tía Em y mi tío Henry.

El tío Henry saludó con la mano y la tía Em hizo una pomposa reverencia.

Al Espantapájaros se le iluminó la mirada (es impresionante lo expresiva que puede llegar a ser una cara pintada sobre una tela raída). Empezó a aplaudir y se acercó a ellos dando saltitos. Ni corto ni perezoso, les dio un tremendo abrazo.

—¡Por supuesto! ¡He oído hablar muchísimo de vosotros! ¿Qué os está pareciendo Oz hasta el momento?

La tía Em, el tío Henry y yo intercambiamos miradas.

—Oh, todo iba sobre ruedas hasta que nos topamos con unos árboles gritones que intentaban asesinarlos —explicó el tío Henry.

—Cuánto lo lamento —dijo el Espantapájaros—. ¿El bosque del Miedo? No me digáis que los munchkins no os advirtieron.

—Pero ¿cómo esquivarlo? —pregunté—. No hay forma de rodearlo.

—Llevas razón, tienes que cruzarlo para llegar aquí. Pero ¿de veras los munchkins no os dijeron que os taparais los oídos con hilo de duende?

Sacudí la cabeza.

—Ni siquiera sé qué es el hilo de duende.

—Te impide oír el ruido infernal que hacen esos árboles. Si no puedes oírlos, no tendrás miedo. Y si no tienes miedo, ni siquiera se darán cuenta de que estás ahí. No te molestarán. Tan solo parecerán árboles viejos y feos. Al fin y al cabo, eso es lo que son.

Percibían el miedo. ¿Así había logrado librarme de ellos? ¿Mostrándoles que no les tenía miedo?

No. La tía Em, el tío Henry y *Totó* estaban aterrorizados. No sabía cómo, pero había hecho que los árboles me temieran.

El problema era que no solo había asustado a los árboles. También me había asustado a mí misma.

—No creo que volvamos a pasar por ahí en mucho tiempo, sobre todo si podemos evitarlo —dije—. Con o sin hilo de duende.

El Espantapájaros suspiró.

—Una respuesta razonable. Esos árboles son un incordio. Son nefastos para el turismo, sobre todo si a los munchkins se les olvida recordar a los viajeros que se protejan. Siempre le digo a la princesa que debería prender fuego a ese bosque, pero no quiere ni oír hablar del tema. Dice que forman parte de Oz y que destruirlos alteraría el equilibrio mágico del reino.

—Si a eso le llamáis equilibrio... —murmuró la tía Em al recordar el terrible incidente—. No quiero pensar qué puede ocurrir cuando la balanza empiece a inclinarse.

El Espantapájaros se quitó el sombrero.

—Una reflexión muy sensata, señora Gale —felicitó—. Ojalá nunca lo vea con sus propios ojos. Y ahora, comamos algo. Imagino que debéis estar muertos de hambre después de un viaje tan largo.

Se dio media vuelta, entró en el vestíbulo del castillo y se llevó las manos a la boca, como si quisiera anunciar algo.

—Munchkins, ¡preparad un festín! ¡Esta noche tenemos unos invitados muy especiales!

Nos acompañó hasta el comedor y, de repente, aparecieron dos munchkins vestidos de amarillo y verde y con unos diminutos sombreritos que les disimulaban las calvas.

Nos sentamos a la mesa de los banquetes —incluso *Totó* tenía un sitio

reservado a mi lado— y, como por arte de magia, la vajilla y la cubertería de gala empezaron a volar frente a nuestras narices hasta aterrizar en la mesa: las servilletas estaban pulcramente dobladas y los tenedores, a nuestra izquierda, perfectamente alineados.

En cuestión de segundos, los vasos se llenaron hasta arriba de una bebida deliciosa que no reconocí y, minutos más tarde, empezaron a servir un montón de bandejas de comida.

—Me he tomado la libertad de pedir a los cocineros que preparen un menú con el que estéis familiarizados en lugar de platos típicos, y más exóticos, de nuestro reino... —dijo el Espantapájaros, lo que tranquilizó a mis tíos; a pesar de su experiencia con el maíz, no parecían muy entusiasmados por probar comida mágica.

—¡Qué detalle por tu parte! Aunque aquí hay comida para alimentar a todo un regimiento —comentó el tío Henry. Cogió un cucharón y se sirvió un generoso plato de puré de patata.

—Todo tiene muy buena pinta. O eso parece —dijo la tía Em, y miró de reojo un bol de caviar saltarín; no tiene nada de mágico, pero, para una mujer como mi tía, aquel era un manjar de lo más exótico que jamás había probado.

Mi tío Henry al menos había tenido la oportunidad de ver mundo durante su época como soldado. Sin embargo, aquella era la primera vez que la tía Em ponía un pie fuera de Kansas.

Y, para ser su primer viaje, lo estaba haciendo la mar de bien.

Nunca había comido tanto en mi vida, y estoy convencida de que mis tíos tampoco. Cada vez que me acababa un plato, me servían otro con una receta distinta. Supongo que las aventuras del día me habían abierto el apetito.

—¿No piensas comer nada, señor Espantapájaros? —preguntó la tía Em en cuanto sirvieron el pavo relleno.

—Oh —respondió el Espantapájaros, e hizo un gesto con la mano—. No como. El Mago me concedió un cerebro excepcional, pero no un estómago. Bueno, Dorothy, cuéntame qué te ha traído de nuevo aquí. ¡Me muero por saberlo!

No estaba segura de querer poner todas las cartas sobre la mesa. No sé por qué, pero prefería que la tía Em y el tío Henry no descubrieran el poder de los zapatos, aunque sospechaba que se olían algo.

—Bueno —dije, con una amplia sonrisa—, pedí un deseo y, de repente, ¡aparecimos aquí!

—¿En serio? —murmuró el Espantapájaros con aire pensativo.

Sabía que no se lo había creído.

—Aterrizamos en el mismo lugar que la última vez. La granja todavía sigue allí, ¿puedes creerlo?

—Pues claro que sí —respondió con una sonrisa—. Esa casita se considera uno de los puntos de referencia más importantes de Oz.

El tío Henry levantó la mirada de su ensalada Waldorf.

—Señor Espantapájaros —dijo—, Dorothy asegura que eres el personaje más inteligente de todo el reino.

El Espantapájaros asintió con cierta modestia, y el tío Henry prosiguió:

—Mi esposa Emily y yo..., en fin, esperábamos que pudieras explicarnos cómo regresar...

—¡Oh, suéltalo de una vez! —espeté.

La tía Em ahogó un grito y, de inmediato, me llevé una mano a la boca. Reconozco que hasta yo me quedé de piedra. Jamás le había faltado el respeto a mi tío. Ni a nadie, dicho sea de paso.

Pero había sido un día muy largo y mis tíos no dejaban de dar la lata. Ahí estaban, disfrutando de un festín increíble, de unos platos exquisitos y de un vino delicioso. Y, sin embargo, solo pensaban en volver a aquella triste granjucha rodeada de pocilgas.

«Controla tu temperamento», me dije para mis adentros. Si quería que mis tíos se pusieran de mi parte, lo primero que debía procurar era no hacerlos enfadar.

El Espantapájaros me lanzó una miradita, pero prefirió ignorar mi arrebato.

—El Mago me regaló una sabiduría infinita, una inteligencia jamás conocida por ningún hombre o bestia, munchkin o criatura, bruja o mago —dijo, y se señaló la cabeza con aquel guante relleno de paja—. Pero lamento decirte que viajar de Oz al mundo exterior no es algo fácil.

—Entiendo —murmuró Henry.

—Dorothy cree que una mujer, una tal Glinda, podría ayudarnos —comentó la tía Em—. ¿Sabes dónde podemos encontrarla?

Una vez más, el Espantapájaros me fulminó con una mirada que decía «ya hablaremos de eso más tarde».

—No, lo siento —contestó—. Hace tiempo que nadie sabe dónde está Glinda.

—¿Hace cuánto tiempo? —quise saber, y dejé el tenedor sobre la mesa. Aquel tema sí me interesaba.

—Oh, es difícil de calcular —respondió él, y empezó a jugar con una brizna de paja que le sobresalía de la cabeza—. Ya sabes que en Oz el tiempo es muy relativo. Nadie envejece y celebramos las vacaciones cuando nos apetece. Pero fue poco después de que Ozma se hiciera con la corona. Glinda dejó bien claro que tenía asuntos mágicos muy importantes de los que ocuparse más allá del desierto de la Muerte. Nos aseguró que no había de qué preocuparse y prometió volver cuando fuera el momento apropiado. Eso debió de ocurrir..., oh, al menos hace diez años, por decir algo.

—¡Diez años! —exclamé—. Pero ¿cuánto tiempo he estado fuera?

El Espantapájaros se revolvió en su asiento y me clavó la mirada.

—No tengo ni idea, pero me atrevería a decir que en Oz hay muchos que no te recuerdan. Hasta yo me había olvidado un poquito de ti.

Mi última aventura aquí había durado un mes, o eso creía yo, porque cuando regresé a casa me di cuenta de que solo habían pasado unos días. Aun así, me costaba creer que el reino se hubiera olvidado de mí. En mi cabeza, el recuerdo seguía muy vivo.

Tenía muchas cosas que preguntarle al Espantapájaros. ¿Por qué había dejado de ser rey? ¿Quién era esa tal Ozma? ¿Sospechaba dónde podía estar Glinda? Sin embargo, tenía la impresión de que no quería hablar de esos temas delante de mis tíos, así que no insistí y preferí acabar de comer en silencio.

Sin embargo, tenía tantas cosas en la cabeza que apenas probé bocado. El tío Henry, en cambio, no daba abasto. Mi ensalada Waldorf seguía intacta, pero él ya había engullido varias copas de licor de cereza, un pastelito de carne, una montaña de costillas de cordero con guarnición de gelatina de menta. Y, aunque no estaba segura de dónde habían sacado aquel marisco (básicamente porque en Oz no había océanos), también se zampó un cóctel de gambas servido en copa de cristal.

Y entonces trajeron el helado.

—Oh, Dios mío —exclamó la tía Em al verlo—. Lo siento, pero estoy llena. Ha sido una velada perfecta, señor Espantapájaros, pero ha sido un día muy largo. ¿Sería muy descortés por mi parte levantarme de la mesa?

—Desde luego que no —respondió el Espantapájaros. Dio una palmada y un munchkin, esta vez vestido de amarillo de los pies a la cabeza, apareció—. Os presento a BonBon. Os acompañará a vuestras habitaciones.

—Gracias, señor —dijo el tío Henry, que no dudó en levantarse—. Dorothy, no te acuestes muy tarde, por favor. Mañana tendremos que madrugar si queremos encontrar a la señorita Glinda y así volver a casa.

BonBon hizo una reverencia y todos se marcharon.

En cuanto desaparecieron por el pasillo, acomodé a *Totó* en mi regazo y giré la silla para colocarme frente al Espantapájaros.

—Ahora cuéntame qué está pasando aquí —exigí—. Sé que no has sido del todo sincero conmigo.

Él suspiró.

—Tú primero —replicó—. No pensarás que me he tragado lo del deseo. Tú y yo sabemos que no funciona así.

Así que no me quedó más remedio que explicarle toda la verdad: la terrible fiesta de cumpleaños, los zapatos y la nota que encontré dentro de la caja.

—Estoy convencida de que me los envió Glinda —acabé—. ¿Quién sino?

—Sí, solo ella haría algo así —comentó el Espantapájaros—. Pero creí que estaba muerta, o que se había marchado para siempre.

—No —contesté con excesiva rotundidad—. No. Alguien le ha hecho algo. Está en Oz, pero está en un terrible aprieto. Por eso me ha traído de nuevo aquí. Para salvarla.

—Tal vez tengas razón —dijo él—. Iremos a ver a Ozma mañana. Debería estar al corriente de la situación.

Cada vez que oía el nombre de Ozma, se me encogía el corazón. No la conocía, apenas sabía quién era, pero algo me decía que no podía fiarme de ella.

—¿Quién es Ozma exactamente? —pregunté al fin—. ¿Y por qué has

dejado de ser rey?

Advertí una expresión de arrepentimiento en mi amigo y él clavó la mirada en el plato.

—Ozma es la legítima monarca de Oz —respondió—. Es descendiente directa de la fundadora de Oz, el hada Lurline. Ozma no era más que un bebé cuando el Mago se hizo con el poder y, por tanto, no pudo acceder al trono. Sin embargo, el Mago siempre temió el poder que aquella niña tendría. Es difícil mantener el control de un reino cuando la verdadera y legítima princesa está en la flor de la vida. Y por eso decidió enviarla al norte, al País Gillikin. Lo que le ocurrió allí sigue siendo un misterio. Tan solo un puñado de personas conocen todos los detalles, y yo no soy una de ellas. Pero sí sé que, cuando se hizo mayor, se las ingenió para regresar a Ciudad Esmeralda y reclamar su corona. Por desgracia para mí, eso sucedió meses después de ser nombrado rey. Le cedí la corona de inmediato, por supuesto. —Suspiró y se encogió de hombros—. Fue bonito mientras duró.

Aquella historia me pareció una chorrada como una catedral.

—Resumiendo: esa tal Ozma entró como Pedro por su casa y te echó de una patada. ¡No es justo!

—No tuve otra opción. En Oz, los herederos de Lurline son quienes deben gobernar. El pueblo me aceptó como su rey, pero admito que Ozma es buena gobernante. En el reino se respira paz y nunca ha sido más próspero. —Sonaba contento, pero era evidente que estaba fingiendo.

Fruncí el ceño.

—Me da lo mismo —contesté, todavía rabiosa por la injusticia—. Tú habrías sido mucho mejor rey que ella. ¡Tú te merecías esa corona! Dime, ¿qué ha hecho ella para ganársela, salvo aparecer cuando más le ha convenido?

—Oh, no exageres —dijo él—. Me gusta estar aquí, en mi castillo de maíz. Tengo mucho tiempo para pensar. Y Ozma me nombró consejero real; siempre que necesita a alguien ingenioso e inteligente, me llama y voy a palacio.

—¿Y qué hay del Hombre de Hojalata? ¿Qué ha hecho con él? ¿Despedirle para venderlo como chatarra?

El Espantapájaros se rio entre dientes.

—Tranquilízate, Dorothy. Eso último sobraba. El Hombre de Hojalata está donde le viste por última vez. Todavía vive en el viejo castillo de la Bruja Mala, ¿puedes creerlo? Aunque le ha hecho una reforma espectacular; no parece el mismo lugar.

—¿Y el León?

—Sigue gobernando a las bestias, como siempre. Vive en el corazón del bosque Prohibido, en el País Gillikin —respondió, y suspiró otra vez—. Se ha vuelto un ermitaño, la verdad. De hecho, no hemos vuelto a vernos desde que me mudé aquí.

Oír eso me rompió el corazón. Glinda desaparecida; el Espantapájaros destituido; mis amigos desperdigados por Oz. Esperaba volver allí y encontrarlo igual que lo dejé. Pero todo había cambiado.

—Y ahora echemos un vistazo a esos zapatitos —dijo después de que BonBon me sirviera un refresco de raíz con helado de vainilla.

Me levanté y mostré mis pies con orgullo; el Espantapájaros examinó aquellos zapatos rojos tan brillantes.

—¿Te los has quitado? —preguntó al fin.

—Pues la verdad es que no —contesté. Ni se me había pasado por la cabeza. Pero cuando intenté descalzarme, no pude. Tiré de los tacones con todas mis fuerzas, pero nada.

—Eso confirma mis sospechas —dijo él.

—Qué raro —dije—. ¿Cómo voy a ducharme?

El Espantapájaros soltó una risita.

—Estoy seguro de que encontrarás el modo de hacerlo. En cualquier caso, son mágicos, eso es evidente. Y, por lo visto, se han fusionado contigo. El rojo es la firma de Glinda. Pero ella...

—Tiene que haber sido Glinda —afirmé—. Nunca he estado tan segura de algo. Recuerda que esta misma mañana ha aparecido en el porche de la granja para pedirme ayuda. Tenemos que ayudarla.

—Llegaremos al meollo del asunto —dijo—. Mañana iremos a palacio. A estas alturas, Ozma ya se habrá enterado de que estás aquí. Te estará esperando. Está muy interesada por ti, por cierto. A la princesa le chifla la historia, y tu personaje siempre le ha fascinado.

—Pues yo no sé si quiero conocerla —espeté—. No parece una persona

muy agradable.

La verdad era que no me fiaba de ella. ¿Era pura coincidencia que Glinda se hubiera esfumado justo después de que esa princesita se hubiera apoderado del trono?

El Espantapájaros no hizo caso a mis protestas.

—Oh, te equivocas. Es muy agradable. Creo que haréis buenas migas enseguida. Si no me equivoco, es de tu edad.

—Pero... —vacilé; no sabía si debía compartir mis preocupaciones. Pero si no podía confiar en mi mejor amigo, todo estaba perdido—. ¿Y si Ozma es quien está detrás de la misteriosa desaparición de Glinda?

Pensé que el Espantapájaros tildaría aquella pregunta de ridícula, pero, para mi sorpresa, no lo hizo.

—La princesa es muy poderosa —dijo, bajando la voz—. Y muy astuta. Pero está sola... y necesita compañía. Por eso te animo a que vayas a palacio y te hagas amiga suya. Nunca podrás vencerla utilizando la fuerza, pero siempre he creído que la fuerza está sobrevalorada. Si Ozma sabe algo sobre el paradero de Glinda, tú eres la única que puedes sonsacárselo. Acércate a ella y no le des ningún motivo para desconfiar de tus intenciones.

Asentí. Comprendía lo que tenía que hacer. No me gustaba, pero lo comprendía.

Después, el Espantapájaros llamó a BonBon, que apareció de la nada, como si se hubiera colado por una grieta de la pared.

—La acompañaré hasta sus aposentos, señorita Gale —dijo, y con gesto caballeroso me extendió la mano.

—Una cosa más —dijo el Espantapájaros mientras acunaba a *Totó*, que se había quedado frito—. Por ahora, creo que lo mejor es que no le cuentes a la princesa que has visto a Glinda.

—De acuerdo.

—Y Dorothy: ni una palabra de los zapatos.

DIEZ

Al día siguiente, el Espantapájaros y yo salimos de su mansión; hacía un día precioso, el cielo estaba despejado y corría una brisa suave y agradable. Cada grano de maíz y cada flor silvestre brillaban como botones dorados bajo la luz del sol. Inspiré hondo e inhalé una bocanada de aire. Olía a galletas recién sacadas del horno.

Y entonces me fijé y me di cuenta de que en el aire flotaban unas motas diminutas que la brisa agitaba como miles de pelusillas de diente de león. La diferencia era que aquellas motas eran plateadas y escurridizas, y bailaban por el aire como las gotitas de mercurio en un termómetro roto.

Una de ellas aterrizó en la punta de mi nariz. Bizqueé los ojos para mirarla y me quedé paralizada: sobre mi nariz se había sentado una delicada personita con alas de mariposa y un mechón plateado.

—Oh, no les hagas caso —dijo el Espantapájaros—. Es época de hadas. Son pesadas, pero inofensivas, no te preocupes.

Y, en ese preciso instante, la criatura clavó sus afilados dientes en mi nariz. Me pilló completamente por sorpresa y, aunque en realidad no me hizo daño, grité y traté de aplastarla de un manotazo. Pero logró esquivarme, así que empecé a dar vueltas para intentar deshacerme de ella.

El hada saltó de mi nariz y se puso a revolotear a mi alrededor, chillando como una loca. Pero no estaba chillando, estaba riéndose de mí.

—Ejem, casi inofensivas —rectificó el Espantapájaros.

—No recordaba estas cosas de mi última visita —protesté, y me froté la

nariz para comprobar que no tuviera sangre.

—En aquella época, las hadas preferían quedarse en sus colmenas —explicó—. Sobre todo por miedo a las brujas. Ozma cree que las hadas deben ser libres, volar a sus anchas por el reino. Sin embargo, se han convertido en criaturas audaces y desafiantes. Deberías ver cómo han dejado mis campos de maíz.

—Pues estoy de acuerdo con ella; las hadas se han ganado la libertad —espeté—. Soy americana, ya lo sabes. Pero deberían mostrar al menos un poco de agradecimiento a la chica que se la concedió, ¿no crees?

—Ni toda la magia del mundo conseguiría que un hada cambiara sus malos modales —respondió el Espantapájaros—. Si volviera a ser rey, las echaría del reino, a todas, sin excepción. Pero Ozma es de la opinión que hasta las criaturas más detestables del reino merecen su libertad. Hadas, árboles gritones, e incluso nombres..., por el amor de Dios... Desde que la princesa está al mando, todos esos engendros se han desmadrado.

Tal vez fueran maleducadas, pero la verdad es que ver aquellas personitas revoloteando a mi alrededor me parecía un espectáculo mágico.

—Espero que al menos puedan lanzar hechizos o algo así —dije—, para compensar sus mordiscos y su crueldad.

—Por supuesto. Si consigues cazar una, te concederá un deseo, pero solo uno —respondió el Espantapájaros.

—¡Oh! —exclamé—. ¿Y a qué estamos esperando? —dije, y empecé a perseguir el hada que me había mordido, ¡le estaría bien empleado!, pero el Espantapájaros me agarró por el codo y me lo impidió.

—No te molestes —dijo—. Solo tienes tres opciones y, créeme, ninguna es muy interesante. Un bacalao seco, un trozo de carbón o un juego de costura.

—A la tía Em le gustaría el juego de costura —murmuré, pero al final decidí dejarlo.

Y fue entonces cuando vi nuestro carruaje junto al camino de baldosas amarillas; ni el mejor coche de Henry Ford le llegaba a la suela de los zapatos. Era una joya, literalmente; consistía en una esfera de cristal verde con unos grabados delicados e intrincados. Era del mismo tamaño que el cobertizo del tío Henry; en lugar de rodar por el suelo, se deslizaba sobre él.

Aquel vehículo estaba enganchado a un caballo de madera algo tosco. El caballo se resumía en un tronco que se apoyaba sobre otros cuatro troncos mucho más robustos. Tenía dos nudos como ojos, una muesca como boca y una ramita como cola.

—Hola —dijo aquel montón de madera.

La verdad es que ni me inmuté; ya no me sorprendía nada en Oz, y mucho menos que unos troncos con forma de caballo pudieran hablar.

—Hola —respondí—. Soy Dorothy Gale. Un placer conocerte.

Él se volvió hacia mí y relinchó.

—Soy Caballete —se presentó—. El caballo más rápido del reino, por supuesto, y el capitán de la Guardia Real de Ozma. Os llevaré a Ciudad Esmeralda en un santiamén.

Y justo entonces, *Totó* salió corriendo de casa, seguido por la tía Em y el tío Henry. Mis tíos miraban a su alrededor boquiabiertos, como si no esperaran que aquel paisaje siguiera allí. *Totó* empezó a ladrar y a brincar, tratando de atrapar a las hadas, que revoloteaban a su alrededor, provocándole con su risita tonta. Ojalá le gustara el bacalao seco.

—¡Tía Em! —llamé—. ¡Tío Henry! El Espantapájaros nos va a llevar a Ciudad Esmeralda. ¿No es un carruaje maravilloso?

—Parece un gigantesco huevo Fabergé —dijo la tía Em—. Siempre me han parecido un poco vulgares, la verdad.

Pero por el modo en que miraba el carruaje, sabía que se había quedado impresionada.

—¿Ciudad Esmeralda? —preguntó el tío Henry—. Pensaba que el plan era encontrar a tu amiga Glinda.

—Vamos a conocer a Ozma —respondí, tratando de tranquilizarlos—. Es la princesa de Oz. Nos ayudará a encontrar a Glinda. Además, ¿no os apetece visitar la espléndida Ciudad Esmeralda?

El Espantapájaros hizo gala de su diplomacia.

—No podéis venir hasta Oz y perderos Ciudad Esmeralda —dijo. Al ver que mis tíos le miraban con cierto recelo, añadió—: La princesa es una artista formidable; domina la magia. Si no puede enviaros a casa, no dudará en ayudaros a encontrar a la Bruja.

Tardamos un poco en convencerlos, pero al final no les quedó más

remedio que dar su brazo a torcer. El tío Henry ayudó a su esposa a subir al carruaje. Me alegré de no tener que caminar hasta Ciudad Esmeralda. Después de la dura experiencia del día anterior, todos agradecemos poder viajar tan cómodos. El interior del carruaje estaba repleto de cojines de terciopelo. Y una bandeja de plata sobrevolaba por allí.

—¿Té? —preguntó el Espantapájaros, y le ofreció a la tía Em una tacita de color rosa.

Parecía que iba a decir que no, pero ella jamás rechazaba un buen té.

—¿Tienes Earl Grey? —preguntó.

—Tengo todo lo que se te antoje —respondió él, y señaló una tetera que había sobre la bandeja.

—¿Cómo preparo la infusión? —quiso saber la tía Em; todo aquello despertó su curiosidad.

—Tan solo sírvete una taza e imagina el mejor té que jamás has probado.

La tía Em seguía un poco escéptica y, con aire receloso, se sirvió una taza. Probó un sorbo y de inmediato se le iluminó la mirada.

—¡Esto sí es un Earl Grey como Dios manda! —exclamó, entusiasmada, y luego preguntó—: ¿Le has echado un hechizo o algo así?

El Espantapájaros esbozó una sonrisa.

—¡Un hechizo! Jamás se me ocurriría tal cosa. Soy un hombre de ciencia. De hecho, la leche es de la excepcional Quimera. Una vez dentro de la tetera, puede adquirir distintas formas líquidas; no es hasta que alguien se sirve una taza cuando adopta los atributos que ese alguien desea.

—¿También sirve whisky escocés? —bromeó el tío Henry.

—No veo por qué no —respondió el Espantapájaros.

Mi tío no se lo pensó dos veces: en cuestión de segundos ya estaba disfrutando de su whisky favorito, un Glenlivet *vintage*. Yo me serví una taza de chocolate caliente. Estaba delicioso. Y luego arrancamos, por fin. El carruaje salió disparado como un rayo. El paisaje pasaba por nuestro lado a la velocidad de la luz, convirtiéndose en un borrón verde y dorado; pero dentro de nuestra burbujita esmeralda, la verdad es que íbamos la mar de cómodos. Cada vez que tomábamos una curva pronunciada o descendíamos una colina, el vehículo se ajustaba para que nosotros no notáramos absolutamente nada.

—Henry Ford debería aprender del ingeniero que ideó este coche —

comentó el tío Henry, que parecía maravillado.

Caballote iba tan rápido que apenas podíamos apreciar los bosques, los pueblecitos y los ríos del reino. En un abrir y cerrar de ojos, el paisaje cambiaba por completo. La velocidad era tan exagerada que ni siquiera se oía el chirrido de las patas de madera al rozar con las baldosas del camino.

—Es muy rápido —dije al Espantapájaros.

—Desde luego. Caballote asegura ser el caballo más veloz de Oz y, entre nosotros, no lo discuto. También es la mano derecha de Ozma y, por lo tanto, su confidente. Nunca se ha separado de ella. Fue él quien la trajo a la ciudad tras su exilio y desde entonces se ha declarado su más leal consejero.

Aquella historia casi me hizo sentir lástima por la tal Ozma; qué pena que su único amigo fuera un caballo de madera que más bien parecía un montón de astillas que un animal. Hasta la *Señorita Millicent* debía de ser mejor amiga que un tronco parlante atado a cuatro ramas enclenques.

El Espantapájaros esperó a que la tía Em y el tío Henry se quedaran embobados observando el paisaje para, con sumo disimulo, rodearme con el brazo y susurrarme al oído:

—Ten cuidado con lo que dices en presencia de Caballote. Puedes estar segura de que todo lo que digas llegará a oídos de la princesa.

Asentí con la cabeza, aunque aquel comentario me descolocó bastante.

Pasados unos minutos, Caballote empezó a aminorar la velocidad; me asomé por la ventanilla y vi que habíamos llegado a un río muy caudaloso.

—Vaya por Dios —se lamentó el Espantapájaros—. Este no es el camino habitual. Estamos frente a las Aguas Errantes.

—¿Qué son? —preguntó la tía Em un poco nerviosa.

—Otro de los muchos fastidios de Pequeñilandia —explicó el Espantapájaros.

—Si se parece al Bosque del Miedo, os lo juro, me doy media vuelta ahora mismo —sentenció Henry—. Y Emily viene conmigo.

No musité palabra; después de lo ocurrido el día anterior tenía que darle la razón: ya habíamos llenado nuestro cupo de fastidios de Oz.

—No hay que preocuparse por nada —dijo el Espantapájaros—. Las Aguas Errantes no son desagradables, tan solo incómodas. Es imposible adivinar dónde las vas a encontrar. En cuestión de horas se habrán trasladado

a otro lugar. No hay que temerlas, pero eso no significa que no tengan una personalidad muy especial. Tratarán de retrasarnos el máximo tiempo posible.

Cuando Caballete empezó a galopar hacia el agua, entendí a qué se había referido el Espantapájaros. El río se movía, se desplazaba, se ondulaba, abriéndose camino por el paisaje como una serpiente, ignorando el hecho de que estaba cortando el sendero y, por lo tanto, barrando el paso.

Sin embargo, a medida que nos acercábamos, el camino de baldosas amarillas también empezó a reconfigurarse. Al percibir nuestra presencia, las baldosas doradas empezaron a flotar en el aire para construir un puente altísimo y serpenteante para cruzar las aguas.

El único problema era que no parecía muy estable.

—No vamos a pasar por ahí, ¿verdad? —preguntó la tía Em; sacó la cabecita por la ventana y se quedó pálida.

—Oh, claro que sí —respondió el Espantapájaros—. Pero no te preocupes. Caballete nunca ha perdido un pasajero.

Empezamos a trotar hacia las nubes y dejamos aquellas aguas movedizas atrás. El camino de baldosas amarillas se iba construyendo a media que avanzábamos, aunque la brisa lo agitaba como si fuera una cinta de raso.

La tía Em prefirió cerrar los ojos y apretar los puños con todas sus fuerzas. El tío Henry la sujetaba por el brazo, pero estaba tan aterrorizado como ella. Kansas era una llanura infinita, por lo que no estaba acostumbrada a las alturas, pero ahora, en Oz, descubrí que no me daban miedo. Todo formaba parte de la aventura. ¿Para qué venir a un lugar como este y dar la espalda a los secretos que puede ofrecerte?

El puente había alcanzado una altura increíble; por un momento pensé que podría tocar el cielo. No quería cerrar los ojos y privarme de aquel paisaje.

El reino de Oz estaba a nuestros pies; parecía una colcha de patchwork. Entorné los ojos y, por un momento, me pareció ver los pueblecitos rojos del País Quadling en dirección sur y las colinas amarillas del territorio Winkie en el oeste. La cordillera púrpura de Gillikin se perdía en el horizonte, justo hacia el norte. Y, de repente, vi Ciudad Esmeralda, y me olvidé de todo lo demás.

Jamás olvidaré aquella visión tan espectacular.

Desde aquel puente que atravesaba las Aguas Errantes, la ciudad parecía un diminuto punto de luz verde en mitad del cielo azul. Poco a poco fue volviéndose más nítida; los gigantescos muros de cristal se asomaban por encima de las copas de los árboles, creando así una ilusión óptica increíble. Daba la sensación de que ondeaba en mitad de un bosque. Las azoteas de la ciudad parecían integrarse entre ellas para formar una serie de olas, todas rodeadas por un halo de luz.

Y, en el corazón de aquel océano, los chapiteles de palacio se alzaban hacia el cielo, rozando las nubes. Me pregunté qué sentiría si pudiera estar sobre una de esas torres y contemplar el reino de Oz. Me pregunté qué podría ver desde allí arriba. Me pregunté qué sentiría si supiera que toda aquella magia fuera mía. ¿Ozma apreciaba lo que la vida le había regalado? Albergaba la esperanza de que así fuera. Si tuviera todo eso, jamás olvidaría lo afortunada que había sido. Lo tendría siempre presente.

ONCE

Cuando el puente colgante por fin empezó a descender, todos respiramos tranquilos. Y, en menos que canta un gallo, volvimos a poner los pies en tierra firme. Qué alivio. Después, apenas tardamos unos minutos en llegar a los majestuosos muros color esmeralda que protegían la ciudad.

Nos acercamos a sus puertas en silencio. Ninguno nos atrevimos a decir nada. Sobre la superficie, chapada en oro, se habían tallado varias enredaderas que se retorcían entre sí y se habían incrustado varias piedras preciosas. Me quedé un pelín asombrada al darme cuenta de que las puertas eran macizas, de que no había ningún tipo de mecanismo para abrirlas. ¿Cómo íbamos a entrar?

Caballote respondió a mi pregunta enseguida: golpeó el casco tres veces en el suelo y, un instante más tarde, se formó una pequeña grieta sobre el muro que, en cuestión de segundos, se transformó en un agujero.

—¿Qué le ha ocurrido al Guardián de las Puertas? —pregunté—. ¿Aquel hombrecillo que daba un par de gafas tintadas de verde a todo el que entraba en la ciudad?

—Ozma lo ha recolocado —explicó el Espantapájaros—. Era una de las muchas cosas del Mago. Ahora que no está, la gente puede volver a ver con perfecta claridad. Además, la ciudad ya es verde de por sí; aquellas gafas eran innecesarias. En cuanto Ozma ocupó el trono, instaló más esmeraldas en la ciudad. Ella no cree que las puertas deban protegerse —resopló, ya que consideraba que aquello era un disparate de una niña caprichosa—. Según sus

propias palabras: «La ciudad es de todos, así que ¿por qué prohibir la entrada a alguien?». El antiguo guardián ahora trabaja como optometrista y, por lo que he oído, es bastante feliz. La mayoría de los ciudadanos de Oz gozan de una vista perfecta, por lo que llevan una vida muy tranquila.

Miré por encima del hombro. Caballete se metió por aquel agujero mágico y trotó hacia la ciudad. Y, casi de inmediato, el agujero se cerró a nuestras espaldas.

Empezamos a deambular por las callejuelas de la ciudad y asomé la cabecita por la ventanilla para disfrutar de las vistas. Las casitas, con tejados redondeados, se apiñaban alrededor de pequeñas plazoletas con burbujeantes fuentes y animados jardines en los que los vecinos charlaban. Olía a pastel recién hecho y a flores silvestres. El aroma era realmente delicioso.

Me resultó extraño volver a la ciudad de la que guardaba tantos recuerdos. La recordaba igual, pero distinta al mismo tiempo. Sin embargo, sí percibí una diferencia: ahora era más verde todavía, tal y como el Espantapájaros había dicho. Las casitas en forma de huevo tenían los tejados repletos de gigantescas esmeraldas pulidas y los rascacielos parecían estar forrados de miles de piedras preciosas verdes; ninguna superficie visible de la ciudad escapaba de aquella firma tan personal. Ni siquiera las baldosas amarillas del camino lograron librarse del tratamiento: el camino no acababa en el muro de la ciudad, sino que serpenteaba hasta el palacio. Todas y cada una de las baldosas tenían una esmeralda incrustada justo en el centro.

Creo que me gustaban más de color amarillo. Sé que suena irónico, pero ahora que el Guardián de las Puertas ya no estaba, me habrían venido de perlas unas gafas, pero no para crear la ilusión de opulencia, sino para evitar quedarme ciega.

Los munchkins y los winkies vendían fruta, verduras, ropa y baratijas a los vecinos en una especie de mercadillo improvisado. También había un encantador de serpientes, que parecía sacado de algún cuento de mi infancia, un tragasables y un equipo de acróbatas que brincaban y hacían piruetas en el aire como si los propulsara una fuerza invisible.

Todo el mundo deambulaba por el mercadillo con una sonrisa pegada en la cara. No parecía preocuparles nada. Una sensación de alegría y tranquilidad lo invadía todo y a todos.

Y, sin embargo, notaba que algo no encajaba.

Demasiada felicidad, demasiada serenidad. Nada era tan perfecto, ni siquiera Oz.

De pronto, noté el ya familiar cosquilleo en los pies; aquel flujo de energía fue subiendo poco a poco por mis piernas. Al contemplar aquella ciudad tan bulliciosa y ajetreada, aquella escena tan feliz me resultó siniestra: las sonrisas amables de los peatones se volvieron lascivas, y los colores, hasta entonces vivos y alegres, se tornaron chillones y estridentes.

Recordé que Glinda había desaparecido y que, por lo visto, nadie sabía dónde podía estar.

Había algo que no encajaba.

Al fin nuestro carruaje frenó. El camino de baldosas amarillas llegaba a una gigantesca plazoleta circular que precedía a la entrada del palacio. *Totó* fue el primero en apearse, seguido del Espantapájaros. Después descendí yo y ayudé a la tía Em y al tío Henry a bajar aquellos peldaños ruinosos. No soplaban ni una brizna de aire y el sonido del agua borboteando en las fuentes resultaba relajante. A lo lejos, se oía el canto de los pájaros.

La plaza era una explosión de azulejos que florecían en un arcoíris de colores: eran de color rosa y púrpura y azul, pero también las había de rayas y de puntos y de otros estampados. Una colosal fuente de mármol lanzaba pequeños chorros de agua que, bajo la luz del sol, se confundían con diamantes líquidos.

La tía Em sumergió los dedos en el agua. Al sacarlos, se quedó boquiabierta observándolos: parecía que los hubiera metido en una piscina de purpurina plateada.

—Supongo que a tu amiga Ozma no le importaría que nos lleváramos un puñado de sus joyas a Kansas, ¿verdad? —me preguntó mi tía, y me guiñó el ojo—. La ciudad está llena de piedras preciosas. Con una de las grandes pagaríamos el pienso de las gallinas y el mantenimiento de las pocilgas.

Gruñí.

—En primer lugar —espeté—, Ozma no es mi amiga. Ni siquiera la conozco. Segundo, no quiero oír la palabra Kansas ni una vez más. O al menos no aquí, delante del palacio real de la ciudad más bonita del universo.

La tía Em se cruzó de brazos y meneó la cabeza.

—Tienes mi palabra, Dorothy. Es evidente que has perdido tu sentido del humor. Por supuesto que no voy a robar a nuestros anfitriones. Y, de hacerlo, jamás lo gastaría en pienso para las gallinas. Me daría el capricho y me regalaría un precioso collar de diamantes. Y serían tan grandes que todo el pueblo de Topeka se escandalizaría al verlo.

Y fue entonces cuando caí en la cuenta de que me estaba tomando el pelo.

—Lo siento —dije un tanto avergonzada—. Es que...

—Escucha, Dorothy —murmuró—. Tu tío solo piensa en volver a casa y no está de acuerdo con quedarse aquí un día más. Tú, en cambio, no quieres oír hablar de volver a poner un pie en Kansas. Yo soy la única persona objetiva aquí. Oz es un país hermoso, de veras (sin tener en cuenta ese bosque horrible, claro), pero nuestra vida está en la granja, no aquí.

—Pero podríamos empezar una vida aquí. Una vida mejor.

—Podríamos —repitió ella—. Pero ¿de verdad sería mucho mejor? ¿Qué haríamos durante el día sin vacas a las que ordeñar o zanjas que arreglar? Nos volveríamos locos enseguida.

Meneé la cabeza.

—Pero aquí hay un montón de cosas que hacer —repliqué—. Aún no lo habéis visto todo.

—Quizá tengas razón —dijo la tía, y se encogió de hombros—. O quizá no. En cualquier caso, ahora estamos aquí, así que deberíamos disfrutar del viaje.

—Yo sí estoy disfrutándolo —comenté.

—Pues para estar pasándotelo bomba, no pareces muy contenta, la verdad —replicó ella.

Quería zanjar el asunto, pero también deseaba tener la última palabra. Y justo cuando estaba pensando cómo contestar a eso, las majestuosas puertas de palacio se abrieron de par en par y una figura diminuta empezó a bajar a toda prisa los escalones con esmeraldas incrustadas. Aquella silueta corrió hacia mí; llevaba un vestido blanco muy vaporoso y tenía una melena oscura y ondulada.

—¡Dorothy! —exclamó—. ¡Eres tú! ¡Llevo toda la vida esperando a que llegue este día!

Aquella jovencita atravesó el patio dando saltitos y, sin pensárselo dos

veces, me agarró por el cuello y me dio un tremendo abrazo; luego se apartó y me dedicó una sonrisa de bienvenida.

Realmente no esperaba aquella acogida. La vez que pedí audiencia con el Mago, en aquel mismo palacio, el proceso fue pesado además de eterno; tuve que pasar incontables controles de seguridad y tuve que esperar en varias antecámaras antes de poder hablar diez minutos a solas con el supuesto gobernante de Oz.

Ozma era mucho menos formal, o eso parecía.

Tenía los ojos de un verde vívido y evocador. Se los había perfilado con lápiz negro y se había aplicado una sombra dorada; me miraba con amabilidad, lo cual me pilló totalmente por sorpresa. Sus labios, del mismo color que un rubí, destacaban sobre aquella tez tan pálida. Era bastante bajita; de hecho, le sacaba una cabeza.

Llevaba una corona de oro altísima con la palabra Oz grabada. Tampoco me pasaron desapercibidas las dos amapolas rojas que asomaban por cada lado de su cara y que se había atado en el pelo con la ayuda de un larguísimo lazo verde. Debajo del brazo portaba un cetro dorado; lo llevaba ahí como si tal cosa, como si llevara un paraguas.

—¡No puedo creer que por fin te conozca! —continuó—. Cuando los munchkins me dijeron que habías vuelto, me puse como loca de contenta. La famosa Dorothy Gale. ¡La Matabrujas! Supongo que te debo un «muchas gracias» por haber salvado mi reino.

—Cualquiera habría hecho lo mismo —dije, quitándome mérito. Miré de reojo a mis tíos y vi que el tío Henry había rodeado la cintura de la tía Em con el brazo y le mostraba algunos edificios que se veían a lo lejos.

—¿Son tus padres? —quiso saber la princesa, y los señaló con su cetro.

Entonces pude apreciarlo con más detenimiento. Mostraba la misma insignia que su corona: una *O* de oro del mismo tamaño que la palma de mi mano; en su interior, una *Z*, más pequeña pero estilizada.

—Oh, no —dije—. Son mi tía Em y mi tío Henry. Vivo con ellos, en...
Se le iluminó la mirada.

—¡Ah, sí! ¡Kansas! Debe de ser un lugar fantástico. Me han contado que las carreteras son de polvo, ¡de polvo! ¿O era barro?

—Bueno... —farfullé—. ¿De ambas cosas?

No podía creer que a Ozma le entusiasmaran los caminos de barro, sobre todo teniendo en cuenta que vivía rodeada de opulencia. Entonces, ni corta ni perezosa, la princesa se acercó a mis tíos corriendo. Ellos todavía no se habían hecho a la idea de que iban a conocer a la realeza de Oz. A juzgar por aquella expresión campechana, parecía que estuvieran saludando al primo segundo del vecino después de misa.

Ozma se agachó y acarició la cabeza de *Totó*. Estaba tan contento de haber vuelto que no dejaba de correr en círculos.

—¿Y este es el pequeño Tutú?

Él le mostró los dientes y se puso a gruñir. A *Totó* no le gustaba un pelo que la gente lo llamara por otro nombre.

—*Totó* —corregí enseguida.

—¡Por supuesto! —chilló—. Qué tonta. Supongo que él también se merece que le dé las gracias —dijo, y le acarició de nuevo. Al principio él se mostró reticente, pero luego le dio un lametazo en la mano.

La princesa se levantó y desvió la atención hacia mis tíos.

—Os hemos reservado habitaciones en palacio y he hecho que os trajeran la ropa más elegante y exclusiva de la ciudad —explicó—. Quiero que sepáis que, mientras estéis aquí, tenéis el palacio a vuestra entera disposición. Por favor, sentíos como en casa. Mis sirvientes os ayudarán con todo lo que necesitéis.

—No hace falta que te tomes tantas molestias —dijo el tío Henry un tanto indeciso—. No pensamos quedarnos mucho tiempo.

Ozma ladeó la cabeza, un poco sorprendida.

—¿Oh?

—Tío Henry... —empecé—. Acabamos de llegar.

—Tenemos que volver a casa —añadió la tía Em, disculpándose—. Tienes un reino precioso, pero nosotros no somos muy mágicos que digamos. En Kansas tenemos una granja, ¿sabes?, y también responsabilidades.

Ozma meneó su cetro.

—¡Claro! Me ha contado un pajarito que esas cosas solo existen en Kansas; entiendo que estéis ansiosos por volver, pero llevo tanto tiempo esperando a Dorothy... Estoy convencida de que podréis quedaros al menos unos días.

Y, de pronto, la princesa gritó:

—¡Jellia! Acompaña a los Gale a sus aposentos, por favor. Y asegúrate de que tengan todo lo que necesitan.

Antes de que mis tíos pudieran protestar, una doncella de expresión alegre, cabello rubio y uniforme verde salió del edificio principal y acompañó a la tía Em y al tío Henry a las escaleras. Ellos me miraron de reojo, un poco inquietos.

—*Totó* —llamé; la verdad es que allí no pintaban nada y, por un momento, me sentí culpable—. ¿Por qué no les haces compañía?

Y, con un solo ladrido, se marchó brincando detrás de ellos.

Ozma se volvió hacia el Espantapájaros, que no había musitado palabra desde que habíamos llegado.

—Me alegro muchísimo de que estés aquí —dijo—. Acaba de llegar una delegación del País Gillikin y me viene de perlas tener a alguien con un cerebro como el tuyo a mi lado.

La princesa me lanzó una miradita conspirativa.

—Hacer feliz a todos los ciudadanos de Oz es todo un desafío —murmuró—. Cada día se presenta alguien nuevo con una lista enorme de peticiones. La mayoría son fáciles de conceder, pero ni te imaginas lo aburridas que pueden llegar a ser esas reuniones.

El Espantapájaros hizo una solemne reverencia.

—Estoy a tu servicio, princesa.

—Oh, déjalo —ordenó ella, y puso los ojos en blanco—. Sabes que las reverencias me incomodan.

—Claro —respondió él.

—La delegación está esperando en el salón de recepciones —explicó Ozma—. No te dará muchos problemas, pero ya conoces a los gillikins: se ponen a discutir entre ellos y luego se olvidan de lo que han venido a hacer. Así que puede que te roben bastante tiempo.

—Bueno, supongo que es una suerte que no necesite dormir —dijo el Espantapájaros; después se inclinó para darme un besito en la mejilla; aprovechó ese momento para susurrarme al oído—: Recuerda. Ten mucho cuidado. Ni una palabra de los zapatos.

Cuando el Espantapájaros se marchó, Ozma me agarró del codo.

—Acompáñame al castillo. Te enseñaré todo lo que he hecho.

El vestíbulo principal del palacio era espectacular, pero también acogedor, lo cual me sorprendió bastante. Era evidente que allí vivía alguien. Ozma había forrado las paredes de papel pintado de damasco y había decorado la estancia con sofás de terciopelo y un sinfín de cojines. Había mesitas auxiliares junto a cada sofá y sillones de madera de roble tapizados en cuero. Me gustó el toque exótico de las plantas que había por todas partes: repartidas por el suelo, formando un precioso mosaico en blanco y negro, y colgando de las lámparas de cristal del techo. Era un vestíbulo señorial y elegante, pero acogedor y familiar al mismo tiempo.

—¿Qué opinas? —preguntó Ozma, a quien los nervios la delataban. Me daba la sensación de que quería impresionarme.

Reconozco que no esperaba que le importara tanto mi opinión porque, después de todo, era la princesa, descendiente del hada Lurline, o eso se suponía, y heredera del reino más maravilloso del mundo entero. Yo, en cambio, era una chica del montón que vivía en una granja en la polvorienta y gris Kansas. ¿Qué sabía yo de diseño de interiores?

—Es muy bonito —dije, como si estuviera acostumbrada a ver ese tipo de lujos a diario—. De hecho, es mucho más bonito que cuando el Mago vivía aquí.

—Sí, bueno, antes parecía el típico castillo de un solterón, ¿verdad? De todas formas, todo esto ha ocurrido gracias a ti, Dorothy. Fuiste tú quien salvaste mi reino cuando yo estaba... —hizo una pausa—, ya sabes, indispuesta. De no haber sido por ti, las brujas se habrían instalado aquí. —Se estremeció—. ¿Te imaginas en qué habrían convertido este lugar? Te lo debo todo.

Miré a mi alrededor y observé aquel palacio de ensueño, lleno de tesoros, de belleza y de lujo. Y de repente me di cuenta de algo: Ozma tenía razón, me lo debía todo. Admito que sentí un poco de celos; era ella la que vivía rodeada de ostentación, y todo gracias a mí. Una parte de mí se preguntaba qué habría sucedido si yo hubiera sido la princesa, si yo nunca me hubiera marchado.

—No me des las gracias —dije, forzando una sonrisa—. Oz estaba en peligro. Solo hice lo que cualquier persona decente habría hecho.

—No, Dorothy. No todo el mundo lo habría hecho. Lo hiciste tú, y punto. Eres más especial de lo que crees.

¿Cómo rebatirle eso?

—De acuerdo —admití con cierta modestia—. Tal vez sea un «poquito» especial.

Ozma echó la cabeza hacia atrás y soltó una risita casi musical.

—Me da la sensación de que vamos a ser grandes amigas —dijo, y me rodeó la cintura con el brazo y apoyó su cabeza en mi hombro. Cruzamos aquel grandioso vestíbulo y llegamos a unos gigantescos ventanales que daban a un jardín exuberante repleto de pequeñas fuentes y esculturas de poda artística.

—Yo también —dije; no había olvidado la advertencia del Espantapájaros.

Si quería encontrar a Glinda, tenía que ganarme la confianza de Ozma. Debía hacerme amiga suya. Y, a decir verdad, parecía que no me lo iba a poner muy difícil.

—Hace un día precioso —dijo Ozma—. Bueno, en Oz todos los días son así. Perfectos. Vayamos a dar un paseo por los jardines. Tengo tantas cosas que preguntarte. ¡Empezando por cómo diablos has llegado hasta aquí!

DOCE

*E*n los jardines de Ozma, los setos eran altísimos y de un verde tan brillante que ni siquiera la mente humana era capaz de imaginar. Estaban podados en gigantescas figuras extrañas y acechantes que medían como tres de nosotras. Algunas estaban cubiertas de florecitas y otras mezcladas con enredaderas y madreselva y jacarandá y flores que no reconocía.

Algunas de las flores tenían unos ojos diminutos, como aquellos arbustos tan divertidos que crecían alrededor de la vieja granja, en Pequeñilandia. Todos pestañearon al mismo tiempo y me observaron con detenimiento.

A menos que alguna vez hayas tenido cincuenta plantas con ojos humanos vigilándote, no te imaginas lo desconcertante que puede llegar a ser.

Había un caminito principal que serpenteaba por aquellos jardines y que se dividía en decenas de otros senderos que conducían a valles de fantasía, arboledas de naranjos o remansos de paz con bancos de hierro forjado. En Kansas, un par de tomateras y unas petunias marchitas ya se consideraban un jardín. Pero esto era otra cosa.

Ozma caminaba distraída por el camino principal; llevaba el cetro apoyado en el hombro y los bajos de su vestido rozaban el suelo.

—No me dejes con la intriga, por favor —suplicó—. ¿Cómo lo hiciste? ¿Otro tornado? Sé que no es fácil viajar hasta aquí desde tu mundo, créeme. Yo misma intenté traerte de vuelta porque, bueno, tuvimos un malentendido político y pensé que serías la persona idónea para resolverlo, pero la verdad es que ese tipo de magia es muy complicada. Tan solo un puñado de personas

en Oz la dominan.

Una parte de mí no quería mentir a esa pobre chica. Siempre he creído que la sinceridad es la clave para llegar lejos. Y me costaba creer que alguien aparentemente tan dulce e ingenua como la princesa pudiera tener algo que ver con la desaparición de Glinda.

Sin embargo, el Espantapájaros era mi mejor amigo en este mundo, además de la persona más inteligente que jamás había conocido. Si él creía que lo más sensato era mantener cierta información en secreto, lo mejor que podía hacer era confiar en él y seguir su consejo.

—Bueno —expliqué, y recordé que siempre es mejor basar la mentira en una verdad—. Era mi cumpleaños y, por si no lo sabías, en Kansas, cuando es tu cumpleaños, pides un deseo. Deseé con todas mis fuerzas volver aquí y, en un abrir de ojos, ¡pum!, aterrizamos en mitad de Pequeñilandia.

Ozma parecía escéptica.

—¿Y ya está?

—Ya te he dicho que lo deseé con todas mis fuerzas —contesté.

—Pero es muy raro —insistió ella, y se llevó un dedo a sus labios carmesí—. Tengo entendido que en tu mundo no existe la magia. Así que algo tuvo que traerte aquí.

—Es que era mi decimosexto cumpleaños —puntalicé—. Es todo un acontecimiento en Kansas. Supongo que por eso funcionó. Además, siempre tuve la sensación de que Oz me había cambiado para siempre. Quizá me llevé un poco de magia cuando me marché.

Ella asintió. Aunque no parecía del todo convencida, no puso en duda ninguna de mis palabras. Me creyó, pero sospechaba que no le estaba contando toda la historia.

Decidí cambiar de tema.

—Dejemos de hablar de mí —dije—. ¿Es verdad que eres un hada?

De golpe y porrazo, nos topamos con un muro de setos altísimos e impenetrables que se alzaba en mitad del jardín.

—Espera —pidió Ozma—. Quiero enseñarte algo.

Dibujó un arco con su cetro y, al instante, los setos se abrieron, revelando una pequeña abertura. Ozma se escurrió por aquel agujero y, después de un momento de vacilación, la seguí. El agujero se cerró enseguida. Cuando miré

a mi alrededor, me percaté de que estaba en mitad de un laberinto de setos. Tanto a mi derecha como a mi izquierda se abrían dos caminitos muy estrechos flanqueados por unos matorrales impenetrables que parecían alcanzar el cielo. Ante nosotras se abrió un segundo agujero y, tras él, más caminos y otro muro de setos.

Estar allí atrapada me puso muy nerviosa. Desde fuera, el laberinto me había parecido pequeño, pero en cuanto estuve dentro me percaté de que era mucho más grande de lo que imaginaba. De hecho, los caminitos se perdían en la distancia.

La atmósfera chisporroteaba de energía. Aquel lugar no me daba buena espina. Levanté la mirada y, aunque el cielo estaba despejado y el sol brillaba como nunca, la luz no lograba filtrarse por aquel laberinto.

Sentía la magia por todas partes. Las hojas de los setos vibraban. Sin embargo, era una magia distinta de la que fluía por los campos de Pequeñilandia como una corriente oceánica. Y también era distinta de la magia oscura y amenazadora que desprendía el bosque del Miedo.

Aquella magia era ancestral. Era áspera, envejecida y fosilizada. No sé por qué, pero lo sabía. Y también sabía que si te quedabas demasiado tiempo deambulando por allí, el laberinto acabaría engulléndote.

Por primera vez, los zapatos me hicieron daño.

—¿Por dónde vamos? —pregunté.

—Da lo mismo —respondió Ozma.

Ella también parecía distinta ahí dentro. En el jardín, se había comportado como una niña ingenua, alegre y un tanto infantil. Sin embargo, ahora caminaba con la espalda erguida y la barbilla bien alta. De pronto, su hasta entonces sedosa cabellera se volvió despeinada, enredada, y su belleza delicada se tornó más salvaje. Parecía haber crecido. Ahora ya no parecía una princesa, sino más bien una reina.

—Todos los caminos llevan al mismo sitio —explicó.

Me moría de ganas de preguntarle dónde estaba exactamente ese sitio, pero fui incapaz de articular las palabras.

Así que seguimos caminando, sin rumbo aparente, a través de aquella maraña de setos. Los arbustos cada vez eran más espinosos y más infranqueables; los senderos, cada vez más angostos.

Apenas se oía un ruido. Aunque si estiraba el cuello aún podía ver las brillantes agujas de palacio asomando por encima de aquellos muros de setos, me parecía estar muy lejos de la ciudad.

Giramos hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Y así continuamente. ¿Estábamos caminando en círculos? Los zapatos me quemaban las plantas de los pies y, una vez más, me pregunté qué tipo de magia poseían. ¿Aquel par de zapatos podía comunicarse con la magia que se respiraba en el laberinto?

Ozma seguía caminando. Había asegurado que daba lo mismo el camino que tomáramos, pero cada vez que llegaba a un cruce de caminos, se detenía y meditaba qué dirección tomar. Y eso me pareció un poco sospechoso. Quizá no había sido del todo sincera conmigo.

Tenía miles de preguntas rondándome por la cabeza, pero el laberinto me había lanzado una especie de hechizo que me impedía hablar. La sensación era espeluznante, pero estaba tranquila. El silencio que reinaba en aquella maraña de arbustos no consiguió asustarme. Al final fue Ozma quien rompió el silencio.

—Oz está flanqueado por el desierto de la Muerte —dijo de repente; giró hacia la izquierda y nos adentramos en una zona del laberinto mucho más descuidada y peligrosa; los arbustos se enredaban con plantas trepaderas marrones que habían formado una especie de toldo que eclipsaba el cielo. Advertí unas florecitas microscópicas de color púrpura—. Es un desierto tan seco que es capaz de absorber toda tu fuerza vital con solo tocar un granito de arena. Un simple roce y, puf, te conviertes en polvo.

—Oh —musité, porque no supe qué más decir.

—Pero, ya sabes, cuando la reina Lurline y su séquito de hadas vinieron a este lugar por primera vez, hace muchísimos años, Oz no era más que un desierto. Por aquel entonces no era tan mortal, ya que no era un reino mágico, pero aun así era un páramo seco y caluroso y polvoriento e infinito. Ciudad Esmeralda no existía. Ni siquiera había un triste árbol. No había vida.

—Estás describiendo Kansas —dije—. Aunque allí sí hay árboles.

La princesa me miró con expresión curiosa.

—Creía que Kansas era un lugar agradable —respondió—. El caso es que las hadas tenían que cruzar el desierto para llegar a otro lugar y llevaban viajando mucho tiempo. «Muchísimo» tiempo. Tenían hambre, estaban

cansadas y al borde de la deshidratación. Habían utilizado hasta la última gota de su magia.

—¿Adónde se dirigían? —pregunté.

—Nadie lo sabe —respondió ella. Entonces arrancó una flor de aquel baldaquín y se la puso en el pelo—. La historia se ha ido perdiendo en el tiempo. Lo único que sabemos es que venían de un lugar e iban a otro, y que tenían que atravesar Oz a pie para llegar allí. Pero Oz es un reino enorme. Supongo que tú lo sabrás mejor. Después de todo, yo tengo un carruaje que me lleva a todas partes. Tú, en cambio, has caminado mucho por Oz. ¿Imaginas hacerlo sin nada que comer o beber? Las hadas son poderosas, pero incluso ellas tienen sus límites. Así que, en un momento dado, Lurline tuvo que parar. Estaba agotada. Sabía que si paraba para descansar, moriría, pero ¿qué más podía hacer?

»Entonces paró. Todas las hadas se detuvieron y se sentaron en la arena. Sus viajes terminaron. Bueno, o eso pensaron. Y justo cuando Lurline había perdido la esperanza, apoyó una mano en la arena y notó algo húmedo. Hurgó un poco. No podía creer lo que estaba viendo: era agua. Hacía semanas que no veía una gota. Era agua fresca. Estaba cubierta por la arena, pero después de escarbar un poco, el agua emergió.

—Alguien la hizo aparecer utilizando la magia —adiviné—. Para ayudarla.

—No. Fue un golpe de buena suerte. Lurline era quien poseía la magia. Bebió agua y recuperó toda su magia. Y así, gracias a aquel sorbo de agua, pudo conjurar un árbol, un granado para ser más precisos, y ella y todas las hadas pudieron comer. Tras haber comido, Lurline se sintió más fuerte y creó otro árbol, y luego otro, y otro, hasta conseguir un huerto de árboles frutales.

El camino empezó a enroscarse, formando una espiral. La voz de Ozma se oía amortiguada, lejana, y me pregunté si estaba hablando para sí.

—Descansaron durante ocho días seguidos, comiendo y bebiendo y bailando, recuperando las fuerzas después del calvario por el que habían pasado. El octavo día, Lurline estaba tan agradecida y tan feliz que se hizo un corte en el pulgar con un cuchillo y una gota de sangre cayó en el agua. No sé por qué lo hizo, la verdad. Supongo que fue su forma de decir «gracias». Fuera por la razón que fuera, entregó a Oz una parte de sí misma. En cuanto

su sangre se disolvió en el agua, el paisaje empezó a transformarse. Así, sin más. Donde antes había polvo y arena, ahora crecían árboles y matorrales. También empezaron a nacer ríos, arroyos y cascadas. Colinas y montañas comenzaron a crecer en aquella llanura tan absoluta. Unas baldosas amarillas empezaron a brotar como flores por el camino que habían seguido las hadas. La sangre de Lurline había bendecido aquella tierra con magia, y la magia comenzó a inundarlo todo.

La espiral por la que avanzábamos cada vez era más angosta, lo que significaba que estábamos a punto de alcanzar el centro. El sendero se volvió muy estrecho y fue entonces cuando empecé a ponerme un poco más nerviosa. Me quedé un poco atrás, pero Ozma prosiguió con la historia, sin molestarse siquiera en comprobar si la estaba siguiendo.

—Lo que antes había sido un desierto estéril y árido se convirtió en una jungla mágica e indomable. Se convirtió en Oz. Pero la reina sabía que las hadas habían descansado lo suficiente. Había llegado el momento de seguir su viaje. Sin embargo..., había creado un reino tan bonito... que se veía incapaz de abandonarlo. Así que dejó a su hija favorita en Oz; era una chica más o menos de mi edad y la más menuda del grupo. Era pequeña, pero fuerte. Su cometido era cuidar el reino durante la ausencia de Lurline. Cuidar del reino y nutrirlo con magia, como si se ocupara de un jardín.

»Aquella hija se quedó aquí, sola, para convertirse en la primera princesa de Oz. Aquella hija era mi abuela. ¿O era mi bisabuela? ¿O tal vez mi tatarabuela?

Ozma se encogió de hombros y por fin llegamos a un pequeño claro bañado por la luz del sol. No solo agradecí la luz, también el sonido de los pájaros piando.

Estábamos en el centro del laberinto.

En cuanto puso un pie en aquel claro, la Ozma infantil y alegre que me había recibido volvió. Se echó a reír y se llevó una mano a la boca.

—¿Tatatatarabuela? En fin, ¡quién sabe! El caso es que fue la primera princesa, aunque no recuerdo cómo se llamaba. Bueno, no te voy a engañar, no tengo ni la más remota idea. Yo soy la última descendiente, o al menos hasta que aparezca otra. A veces me gustaría que se diera prisa en llegar — dijo, y soltó un suspiro dramático.

El centro del laberinto era una plaza circular recubierta de losas. Medía alrededor de cinco metros de diámetro. Justo en la mitad crecía un anillo de arbolitos chatos escoltados por otro anillo de arbustos.

Y justo en el centro de ambos anillos había un único banco de madera que, desde luego, había vivido tiempos mejores: la madera estaba agrietada y a punto de pudrirse. A los pies del banco advertí un charco fangoso y cubierto de musgo. El musgo estaba reseco y había perdido todo su color. Aquel color sepia me recordó a una de las fotografías de la tía Em de niña.

—Bueno —dijo Ozma—, es una larga historia, pero supongo que he contestado a tu pregunta. Y sí, soy un hada. La verdad es que no es tan emocionante como imaginas. De hecho, no es muy distinto a ser una chica normal.

Lo decía como si nada, con la misma naturalidad con la que yo diría que mis tíos eran granjeros o que había nacido en Kansas. No podía creer que una princesa hada restara importancia a su título. ¿Y cómo podía pensar que era igual que ser una chica normal?

—Sé que te parecerá una estupidez —dije—, pero me pica la curiosidad. ¿Tienes alas? Porque las hadas tienen alas, ¿verdad?

Ozma no se ofendió por mi pregunta. Soltó una carcajada y levantó las manos como diciendo «Me has pillado». Apartó su cabellera azabache y, al hacerlo, se desplegaron dos alas de mariposa de su espalda.

Eran doradas y translúcidas, repletas de venas diminutas y tan delicadas que daba la impresión de que una brizna de aire las desintegraría. Parecían dos motas doradas, como las manchas que uno ve cuando pasa demasiado tiempo mirando el sol.

—No me sirven para mucho —admitió, y las batió para demostrarlo. Logró sostenerse en el aire unos segundos, aunque no alcanzó gran altura, tan solo unos centímetros—. Funcionan, pero volar me revuelve el estómago. Y, de todas formas, tengo a Caballete. Él me lleva a todas partes. Casi nunca las utilizo.

Y entonces tuve una sensación de lo más extraña. Me moría de ganas por tocar aquellas alas tan brillantes. Si se lo hubiera pedido, me habría dejado, pero no me atreví. No habría sido propio de mí, pero deseaba tocarlas. Quería saber qué se sentía al tener alas.

Pero no lo hice. Resistí la tentación y Ozma guardó las alas. En lugar de plegarlas, como habría hecho cualquier insecto o pájaro, su cuerpo pareció absorberlas. No sé si se percató de mi reacción, pero al menos no pareció molestarle.

La princesa se acercó al banco y se sentó; el cetro se le cayó al suelo. Cruzó las piernas y estiró los brazos hacia el cielo.

—Este es mi rincón favorito de Ciudad Esmeralda. Y seguramente de Oz —dijo—. Si me dejaran, pasaría los días aquí.

Con un palacio así, con aquel jardín repleto de plantas mágicas y con Ciudad Esmeralda como su patio de juegos particular, me resultaba difícil creer que ese lugar tan aburrido, con un banco medio roto y un charco de barro reseco, con unos árboles raquíticos y grises —rodeado por un laberinto de setos encantado y con intenciones siniestras evidentes— fuera el lugar preferido de la princesa hada para pasar su tiempo libre.

—¿De veras? —pregunté, y me senté en el banco, a su lado.

—¿Por qué? —respondió ella, y se colocó un mechón de su envidiable cabellera detrás de la oreja—. Por un lado, es un lugar tranquilo. Nadie me molesta; de hecho, creo que soy la única que sabe cómo llegar hasta aquí. Cuando estoy en este lugar, no tengo que comportarme como una princesa. Lo extraño del asunto es que aquí no me siento sola, aunque nunca vengo acompañada.

—Oh —dije.

No supe qué contestar a eso. ¿Quién no querría ser la princesa de un reino mágico? Se me ocurrían al menos diez chicas de mi pueblo que se arrancarían los ojos por gozar de ese privilegio.

—Quizás es por lo que ocurrió aquí —dijo Ozma—. Tal vez por eso me guste tanto.

La miré inexpresiva. No sabía de qué estaba hablando.

—¿No lo adivinas? Aquí es donde empezó Oz.

Miré el anillo de árboles y me fijé en que tenían las ramas cargadas de frutas rojas y redondas: granadas.

Entonces observé el charco y me di cuenta de que no era uno cualquiera; el agua brotaba de las profundidades de la tierra. Y flotando en medio había un lirio con una florecita roja justo en el centro. Me había pasado

desapercibida porque era diminuta. Los pétalos eran tan rojos y brillantes como un rubí.

Aquella era el agua que Lurline había encontrado. De ahí nacía toda la magia de Oz. Era el origen de la magia. Los zapatos ardían bajo mis pies.

TRECE

*E*ntré en el salón principal de palacio y una pareja de desconocidos me saludó. Tardé varios segundos en darme cuenta de que eran la tía Em y el tío Henry. Se habían vestido con la ropa más elegante y exclusiva de Oz. Los ropajes eran de seda y satén de todos los colores y los cuellos eran tan altos y estrechos que apenas podían girar la cabeza.

Pero no solo se habían cambiado de ropa; al parecer, alguien les había arreglado el peinado según la última moda en el reino. El tío Henry lo llevaba engominado hacia atrás formando un triángulo y le habían recortado la barba de tal modo que le quedaba puntiaguda. A la tía Em, en cambio, le habían hecho un recogido enorme y le habían teñido todo el cabello de un ridículo color lima. Todas las horquillas que llevaba para sujetar aquel gigantesco recogido eran de color esmeralda.

Ni siquiera el pobre *Totó* pudo librarse de la transformación. Era una bola de pelo con patas, literalmente. Le habían cardado todo el pelo y parecía el doble de lo que era. Aunque la mayor humillación no era haber pasado por las manos de un peluquero rococó, sino el lazo verde que llevaba alrededor del cuello.

Al ver aquella estampa no pude evitar echarme a reír. Para un habitante de Oz, estaban perfectos, pero no estaba acostumbrada a ver a mi tío sin su mono de trabajo, ni a la tía Em sin su vestido de muselina gris.

Todos me observaban impávidos. Y *Totó* se puso a gruñir.

Ozma entró en el salón un segundo después de mí.

—Dios mío, ¡estáis guapísimos! —exclamó al verlos—. Parecéis miembros de la corte.

Ellos la miraron con cara de pocos amigos y ni siquiera se dignaron responder. Nunca los había visto tan enfadados; bueno, sí, aquella vez en que nuestros vecinos, los Shifflett, soltaron a todas sus vacas que pisotearon todas las petunias de tía Em.

Di una palmadita y cambié de tema:

—¡Tengo algo maravilloso que contaros! —dije con efusividad; pensé que así les contagiaría mi entusiasmo.

—¿Me traes un mono de trabajo y un par de botas viejas? —preguntó el tío Henry.

Meneé la cabeza y esboqué una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Mejor todavía! La princesa Ozma ha invitado al León y al Hombre de Hojalata a que vengan de visita mañana a palacio.

Ozma me lo había contado después de salir del laberinto de setos, de camino al castillo. En cuanto se enteró de mi regreso, informó al León y al Hombre de Hojalata casi de inmediato. Caballete ya había salido a buscarlos, de modo que, si no surgía ningún contratiempo, al día siguiente ya estarían en Ciudad Esmeralda. Y así volveríamos a estar juntos, como antes.

¿Qué más podía pedir? Todo era perfecto. De hecho, era tan perfecto que, por un instante, olvidé que Glinda seguía en paradero desconocido. Sin embargo, no servía de nada preocuparse ahora por eso; estaba segura de que mis amigos se estrujarían los sesos para averiguar qué le había ocurrido. Pero hasta que llegara ese momento, no veía por qué no podía disfrutar de los lujos de palacio.

Me las había ingeniado para evitar el tema de volver a Kansas, pero sabía que mis tíos no estaban dispuestos a olvidarlo tan fácilmente.

Les costaba Dios y ayuda poder mirarse a través de los pliegues de la ropa que llevaban.

—Todo un detalle, señorita Ozma —contestó el tío Henry—. Pero ya hemos perdido demasiado tiempo. Tenemos que encontrar a tu amiga Glinda y volver a casa, y tenemos que hacerlo ya.

Al oír el nombre de Glinda, Ozma se volvió hacia mí.

—¿Glinda? —repitió y, durante un segundo, me pareció que se le

incendiaban sus preciosos ojos verdes.

—Bueno —farfullé, y traté de pensar rápido—. Mis tíos están ansiosos por volver a casa. Y Glinda fue quien me envió a Kansas la última vez..., así que...

—¡Ya va siendo hora de que volvamos a la granja! —Finalizó el tío Henry, casi gritando. La tía Em le acarició el hombro en un intento de calmarlo, pero lo que consiguió fue justo lo contrario. Empezó a tirar del cuello de su túnica—. ¡Esto es un tostón! ¡Estoy hasta las narices! —les espetó. Al darse cuenta de que Ozma seguía allí, todavía se puso más nervioso—. Le pido mil disculpas, majestad.

La princesa negó con la cabeza y le miró con ternura, como si aquel arrebató no la hubiera ofendido en lo más mínimo.

Como de costumbre, la tía Em fue un poquito más diplomática que su marido; me cogió de las manos y dijo:

—Este lugar no está hecho para nosotros, Dorothy. Tú nos conoces y sabes que no somos gente acostumbrada a palacios o a vestidos tan elegantes como estos. La única princesa que conozco es la princesa Girasol de la feria del condado. Y ambas sabemos que no es una princesa de verdad.

No, pensé. No lo era en absoluto.

—Sé que todo esto te parece una tontería, Dorothy —continuó—. Pero la granja es lo único que tenemos. ¿Cómo va a sobrevivir el ganado sin nosotros?

Ozma intercedió.

—La noción del tiempo es distinta en Oz que en vuestro mundo —explicó con tono paciente, aunque yo lo había repetido hasta la saciedad—. Es más que probable que vuestros animales no se hayan dado cuenta de que no estáis en la granja.

—No creo que... —empezó el tío Henry, pero es un hombre tan chapado a la antigua que, cuando una princesa le habla, la escucha con atención. Y, en ese momento, Ozma estaba actuando como una princesa de verdad. Tenía la admirable capacidad de parecer una jovencita inocente y, en un abrir y cerrar de ojos, comportarse como un miembro distinguido de la realeza.

—Estoy convencida de que no querriais que Dorothy se marchara sin ver a sus viejos amigos, ¿verdad? Y sé de buena tinta que el Hombre de Hojalata

y el León están ansiosos por conocerlos. Quedaos, os lo ruego. No os podéis perder la cena de mañana.

—¿Y después qué? —inquirió el tío Henry.

Ozma esbozó una sonrisa.

—Bueno —dijo—, me temo que Glinda no podrá ayudaros. Lleva desaparecida varios meses y, creedme, la he buscado hasta debajo de las piedras. —Me miró de reojo y añadió—: Estoy segura de que está a salvo. Es una bruja muy poderosa. Ha elegido un buen escondite, desde luego.

Ozma era una chica divertida, extrovertida y cariñosa, nada que ver con lo que había imaginado. Hasta entonces había hecho caso de las advertencias del Espantapájaros y no había mencionado los zapatos, ni le había preguntado directamente por Glinda, pero empezaba a sospechar que Ozma no había tenido nada que ver con su desaparición.

Sin embargo, no me fiaba del todo de ella. Tenía la impresión de que me ocultaba algo.

—No domino el tipo de magia que os llevaría de vuelta a Kansaslandia —prosiguió Ozma. A pesar de que tenía una voz dulce y melódica, también destilaba una nota de autoridad que bastó para silenciar a mis tíos. O al menos por ahora—. Pero os prometo que a partir de mañana me pondré manos a la obra para encontrar el modo de que volváis a casa. Estoy segura de que tiene solución.

El tío Henry y la tía Em asintieron con la cabeza, resignados. De repente, todo mi cuerpo empezó a sacudirse de rabia e impotencia. Incluso cerré los puños, algo poco habitual en mí.

—¡No! —chillé. Mi voz retumbó entre aquellas paredes de mármol, pero me dio lo mismo—. ¡No, no y no!

Mis tíos se quedaron boquiabiertos, literalmente. De hecho, por un momento pensé que se les iba a desencajar la mandíbula. No era la primera vez que me veían perder los nervios, por supuesto, pero jamás de esa manera. Incluso Ozma se giró con los ojos como platos, como si no reconociera a la chica que tenía delante.

Hasta yo me sorprendí. No solía comportarme de esa manera. Pero seguí.

—No pienso volver allí —dije—. Ni hoy, ni mañana, ni nunca. Este es mi hogar. Nuestro hogar. No pienso cometer el mismo error dos veces; si

queréis, podéis volver a casa, pero tendréis que hacerlo sin mí.

A la tía Em se le llenaron los ojos de lágrimas e incluso el tío Henry se quedó sin palabras.

Ozma me cogió de la mano.

—Ha sido un día muy largo para todos —dijo—. Discutiremos sobre este asunto mañana. Estoy segura de que con la cabeza más despejada se nos ocurrirá algo.

Mis tíos se quedaron plantados en el salón, sin decir nada. Ozma y yo nos dimos media vuelta y nos fuimos. *Totó* vaciló durante unos instantes, no sabía en qué lado posicionarse, pero, en cuanto Ozma y yo empezamos a subir la escalera que llevaba a los aposentos privados de palacio, salió corriendo hacia nosotras.

La princesa me miró un tanto preocupada.

—Dorothy —dijo—, ¿qué ha pasado ahí abajo?

Sabía que había perdido los estribos, pero no me arrepentía de lo que había dicho.

—No pienso volver allí —repetí, haciendo gala de las agallas que tiene una chica de Kansas—. No pueden obligarme.

—Pero creía que te encantaba Kansas —comentó ella, con el ceño fruncido, confundida—. Tu historia es muy famosa aquí, en Oz. La contamos en todas las cenas. Y en esa historia, lo más importante es que tú querías volver a casa. Podrías haberte quedado en Oz, pero te empeñaste en regresar a Kansas. Estabas dispuesta a todo por irte de aquí. ¿O eso no fue lo que ocurrió?

Me sonrojé, avergonzada.

—Es solo que... —empecé—. Sí. Eso fue justo lo que ocurrió. Quería volver a casa. Echaba de menos a mi familia. Pero una vez allí, me di cuenta de que no era como lo recordaba. Cuando has estado en un lugar como Oz, ya nada vuelve a ser lo mismo. ¿Cómo puede ser?

—Tu tía y tu tío cambiarán de opinión —dijo Ozma en cuanto subimos el último escalón. Luego nos adentramos en un pasillo infinito y bastante oscuro con moqueta de terciopelo verde. Entonces me apretó la mano—. Estoy segura. Pero, por ahora, creo que tengo una cosita que te va a subir el ánimo.

De pronto entramos en una sala repleta de luces. Varias arañas colgaban

del techo y decenas de esferas diminutas iluminaban la habitación. Sobre el suelo había varios cojines de terciopelo y sillones y sofás tapizados con brocados, y la pared del fondo estaba forrada de espejos gigantescos con marcos tallados y bañados en oro. Aquella sala olía al perfume de Ozma, bergamota, sándalo y algo más que no lograba identificar.

—¿Es tu habitación? —pregunté asombrada, y miré a mi alrededor en busca de una cama. ¿Acaso dormía sobre un diván? O quizá las hadas no necesitaban dormir.

Ozma soltó una risita.

—No, tonta —dijo—. Es mi vestidor.

El vestidor se resumía en un armario diminuto en el que no cabía una sola prenda más. Sin embargo, para ser un vestidor, había algo extraño. Más extraño que una habitación sin cama.

—¿Dónde está la ropa?

Ozma esbozó una sonrisa pícaro. Cerró los ojos y empezó a mover las manos en el aire, como si estuviera tocando un arpa invisible. La luz se volvió más tenue y el aire más pesado; parecía que estuviéramos en una piscina de agua caliente. Se me puso la piel de gallina.

Aquello era magia. Magia con todas las letras.

Mientras movía las manos en el aire, punteando cuerdas invisibles, sentí una avalancha de energía que me recorrió todo el cuerpo. Esa sensación me hizo pensar en los zapatos. Me miré de reojo en el espejo y me di cuenta de que estaba utilizando su magia en mí. En nosotras.

Lo primero que cambió fue nuestro cabello: el mío empezó a enredarse entre sí, formando un recogido a base de trenzas, mientras que el suyo se retorció hasta crear un moño desarreglado pero elegante al mismo tiempo. Sentí un repentino hormigueo sobre la piel: mi vestido empezó a transformarse. Se volvió más corto y más ajustado; a la altura del pecho, atisbé un bordado plateado y reluciente. En mis muñecas aparecieron varias pulseras y un collar muy brillante se materializó alrededor de mi cuello.

Observé mi reflejo en el espejo.

—Es precioso —dije; estaba realmente impresionada. Jamás pensé que podría estar tan guapa. No quería ni pensar que algún día volvería a Kansas, al cielo gris, a las llanuras grises y a la gente gris—. Estoy guapísima.

—Aunque mientras echaba el hechizo, ha ocurrido algo un tanto curioso. He intentado cambiarte los zapatos, pero no he podido.

Eché un vistazo a los zapatos. Los tacones rojos que me habían regalado para mi cumpleaños seguían ahí. Quedaban de maravilla con aquel vestido tan espectacular.

Me encogí de hombros.

—Supongo que es porque son perfectos para este vestido —dije con la esperanza de que Ozma se lo tragara.

Ella sonrió.

—Son muy bonitos —respondió—. ¿Dónde los compraste?

—Fueron un regalo de cumpleaños —contesté, y me di una vuelta sin dejar de admirar mi reflejo.

No podía creer que aquella fuera yo. ¿En serio el día anterior había estado alimentando a los cerdos con bazofia? Me sentía una persona totalmente nueva. Una persona mejor, una persona que vivía en Oz y no en Kansas.

Ozma seguía con la mirada fija en mis zapatos.

—¿Quién te los regaló? —preguntó.

—Mi amiga Mitzi —dije de inmediato.

—Ajá —murmuró Ozma con una sonrisa un tanto forzada—. Pues tu amiga Mitzi tiene muy buen gusto.

La princesa sabía que algo no cuadraba.

Pero ¿qué sabía exactamente? ¿Sabía que aquellos zapatos me los había regalado Glinda? ¿Qué podría ocurrir si descubría que estaba mintiendo? ¿Y por qué el Espantapájaros me había pedido que le ocultara la verdad?

Pensé en contárselo todo en ese momento. Se había portado fenomenal conmigo y me costaba creer que aquella muchacha estuviera fingiendo toda aquella amabilidad. Pero notaba un ardor en los pies, el mismo ardor que se extendía por todo mi cuerpo. Era como si me gritaran: «¡no lo hagas!». Así que decidí seguir el consejo de mi amigo y cerré el pico.

—¿Puedes enseñarme? —pregunté.

—¿Enseñarte a qué? —replicó ella.

—A hacer esto —dije, y señalé mi vestido nuevo—. A hacer magia.

Ozma se quedó mirándome con detenimiento, como si fuera un enigma que quisiera descifrar. Al final, negó con la cabeza:

—No —respondió en voz baja—. No puedo. La magia es peligrosa. Incluso para los que hemos nacido en Oz, es peligrosa. Para los forasteros puede llegar a ser incontrolable. La magia puede... hacerte cosas raras.

—¿Cosas raras como qué? —pregunté, un tanto molesta. ¿Cómo sabía Ozma lo que podía o no controlar? ¿Qué sabía ella de los forasteros si yo era la única que había conocido en su vida?

—Puede distorsionarte —dijo ella, y entonces, como si pudiera leerme la mente, añadió—: Dorothy, no eres la primera forastera que visita Oz. El Mago tampoco fue el primero. Ha habido varios a lo largo de los años.

—¿Quién? —quise saber.

Ella sacudió la cabeza, dándome a entender que la historia era demasiado triste como para recordarla. Se lanzó sobre uno de los sofás y pareció animarse un poco. Levantó los pies, se quitó la corona y la tiró al suelo.

—Pesa un montón —explicó—. Todo pesa un montón. La corona, el cetro, este gigantesco palacio tan vacío. Es demasiada responsabilidad. Es tan solitario. Ni te imaginas lo feliz que me hace que estés aquí.

—Yo también me alegro de estar aquí —dije, pero no me gustó que cambiara de tema tan rápido.

¿Quiénes eran los otros? ¿Quiénes habían visitado el reino de Oz antes que yo? ¿Y qué les había ocurrido? ¿Qué le había sucedido a Glinda? ¿Y qué me ocultaba la princesa?

—Lo he intentado —dijo Ozma—. De veras que sí. Al principio, pensé que Jellia y yo seríamos amigas. Qué digo amigas, las mejores amigas, confidentes. Pero es incapaz de olvidar que yo soy la princesa y que ella es mi sirvienta. Le pedí que dejara de llamarme «señorita» o «su majestad», y le repetí varias veces que no me importaba que fuera ella quien me cepillara el pelo o me trajera el desayuno por las mañanas. Pero no me escuchó. Invité a la Chica de Patchwork a pasar unos días en palacio. Es divertidísima; ella es como el Espantapájaros, pero en lugar de paja está rellena de algodón. Como imaginarás, carece de sentido común y no tiene el don de la conversación. Es una de esas personas que te entretiene un rato, pero que al final agota. Pero ahora que estás aquí, Dorothy, por fin he encontrado a alguien con quien tengo algo en común. Ojalá no tuvieras que volver a casa.

—No pienso volver —sentencié.

Ozma se quedó un poco pensativa.

—Hablas en serio, ¿verdad? —dijo al fin.

—No quiero ni pienso volver a Kansas —repetí. Estaba decidida. Iba a quedarme allí. En Oz. En el palacio. Y no iba a cambiar de opinión.

—Bien —dijo la princesa después de unos momentos—. Entonces solo tenemos que convencer a tus tíos.

Luego se levantó y me cogió de ambas manos.

Quería confiar en ella. Quería ser su amiga. Miré aquel enorme par de ojos verdes y vi que esquivaba mi mirada. Y entonces supe que estaba ocultando algo. Según ella, éramos amigas. Y la verdad es que la creí, pero había algo que no encajaba. Y no eran la advertencia de Glinda ni los consejos del Espantapájaros.

Después de la cena, Jellia me acompañó a lo que iban a ser mis aposentos esa noche. Cuando entré en la habitación no podía creerlo. Era enorme, al menos el triple de grande que mi cuarto de Kansas, y gozaba de una vista panorámica de Ciudad Esmeralda.

Había un tocador de ensueño y un joyero repleto de anillos, pulseras y collares; cualquiera de aquellas joyas debía de costar más de lo que el tío Henry ganaba en un año trabajando en la granja. El armario, de madera de caoba, estaba lleno de modelitos de todos los estilos imaginables, aunque reconozco que vi un par de vestidos que mi cerebro habría sido incapaz de concebir.

Era un sueño hecho realidad. No me había dado cuenta, pero cuando me caí de bruces en la granja, manchada de bazofia para cerdos y con la *Señorita Millicent* acurrucada en mi regazo, había pedido un deseo. Y se me había concedido.

Sin embargo, era «demasiado» bonito como para ser verdad. Me planté frente al armario, que estaba abierto de par en par, y eché un vistazo a todos los vestidos. Y justo entonces tuve una especie de premonición; sentí un cosquilleo en la nuca y pensé que Ozma me conocía muy bien. Me estaba regalando todo aquello porque sabía que lo quería. La princesa sabía que, si me tenía contenta, no desconfiaría de ella ni la cuestionaría.

Le había pedido que me enseñara a utilizar la magia, pero ella se había negado en redondo. Se mostró inflexible; inflexible y un poco triste, como si hubiera temido esa pregunta. Y también se había fijado en mis zapatos.

Los zapatos eran mágicos, desde luego. Y, después de varias horas puestos, ya me había dado cuenta de que eran algo más que una simple llave para entrar en el reino de Oz. No había podido descalzármelos, ni siquiera con la ayuda del Espantapájaros. Durante todo el viaje había sentido todo tipo de cosas en los pies. Todo eso no era casualidad. Aquellos zapatos de tacón de aguja podían hacer más de lo que imaginaba. Y, cómo olvidarlo, también me habían ayudado a defenderme de los árboles gritones en el bosque.

Quizá me asustaban un poco.

Pero Glinda me los había enviado para traerme a Oz, de eso no me cabía la menor duda.

Y a decir verdad me parecía una ridiculez que Ozma se opusiera a que aprendiera a utilizar la magia. Estaba en el reino de Oz. Allí la magia inundaba todos los rincones, se respiraba en el aire.

Pero al mismo tiempo me parecía imposible que la princesa no intuyera que aquellos zapatos eran mágicos. Sospechaba que sabía algo. Si quería privarme de la magia, ¿por qué no me los había quitado? ¿Y si no podía? ¿Y si a ella también la asustaban?

¿Y si los zapatos eran el único modo de encontrar a Glinda?

En cierto modo, todo tenía sentido. La primera vez que estuve en Oz también llevé los zapatos plateados, ajena al poder que tenían. Habría sido una estupidez por mi parte cometer el mismo error dos veces.

Así que me senté en el borde de la cama e intenté invocar a la bruja. Junté los talones, cerré los ojos y traté de atraer a su espíritu. Visualicé su rostro, sonriente e increíblemente hermoso.

Estaba ocurriendo algo. Los zapatos rojos parecían reaccionar. Los notaba más ceñidos, como si hubieran encogido. De pronto, noté un ardor seguido de un cosquilleo. Y empezaron a brillar. Por un momento sentí que lo estaba consiguiendo: la presencia de la Bruja Buena invadió la habitación. Incluso me pareció reconocer su perfume. Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos, no apareció.

Notaba la magia fluyendo en mi interior. Prácticamente podía «verla» en

la yema de mis dedos al mover la mano en el aire. Pero nada.

Tal vez debía empezar con algo más pequeño, menos ambicioso.

Así que me senté frente al tocador y me miré en el espejo. Observé mi reflejo con detenimiento. Recordé lo que había hecho Ozma ese mismo día; había movido los dedos en el aire y, en un santiamén, me había cambiado el peinado y la ropa. Me pregunté si sería capaz de hacer lo mismo. Cerré los ojos.

Sé que suena raro. De hecho, no sé cómo se me ocurrió, pero me imaginé como un majestuoso árbol que crecía en mitad del camino de baldosas amarillas, con unas raíces que se extendían bajo mis pies y serpenteaban hacia el mismísimo centro de Oz para absorber magia como si fuera agua. Me imaginé nutriéndome de Oz. En cierto modo, fue eso lo que sintieron mis zapatos al pisar el camino de baldosas amarillas, como las raíces de un árbol que me conectaban con Oz.

Estaba funcionando. Sentía la magia recorriendo todo mi cuerpo. Y cuanto más me concentraba, más energía absorbía. Me sentía más viva que nunca, como si pudiera hacer cualquier cosa que me propusiera.

Me puse manos a la obra. Decidí empezar por algo pequeño. Cerré los ojos, me acaricié el pelo y dejé volar la imaginación. Visualicé mi cabello de otro color. De hecho, de todos los colores del arcoíris y al final me decidí por el color más hermoso que encontré: el rosa. El rosa del atardecer. El mismo rosa del vestido de Glinda.

Abrí los ojos y vi un mechón de un rosa más intenso del que esperaba.

Pero lo había logrado. Había utilizado magia. Magia de verdad. Si había cambiado de color de cabello, ¿qué más podría hacer?

En fin, tenía toda la noche para averiguarlo, ¿verdad?

Y una vez que empecé, no pude parar. Había cosas que se me escapaban; pasé más de una hora intentado volar, pero lo máximo que logré fue dar un pequeño saltito, que probablemente no podía considerarse ni siquiera magia. También traté de volverme invisible, pero solo conseguí palidecer. Y, aunque lo intenté un millón de veces, no pude hacer volver a Glinda.

Sin embargo, había un montón de cosas que sí podía hacer. Oh, cosas pequeñas, cosas absurdas en realidad, pero para una chica de campo las cosas pequeñas son relativas.

Transformé un calcetín arrugado en un ratoncito que *Totó* persiguió por toda la habitación. Cuando recuperó su forma original, *Totó* se quedó pasmado. Al ver que me tronchaba de risa, se volvió y me miró con cierto reproche. Me regalé una manicura preciosa; convertí un bolígrafo en una fuente que empapó toda la alfombra. También hice desaparecer un par de pendientes del joyero y, ¡tachán!, aparecieron debajo de la almohada.

No tenía que juntar los talones cada vez que imaginaba algo, pero me percaté de que, si el desafío era difícil y complicado, ayudaba.

Teñí aquel mechón de pelo de verde, después de lila y, por último, de dorado. Pero ningún color me convencía, así que decidí dejarlo natural.

Cada vez me resultaba más fácil. Las opciones eran infinitas. Lo único que tenía que hacer era pensar en algo. Y si me concentraba lo suficiente, podía hacerlo realidad. Con un poco de práctica (y bastante más imaginación) estaba segura de que podría lograr grandes proezas.

Me quedé dormida con la ropa puesta justo cuando empezaba a amanecer. No podía ser más feliz. Estaba en Oz y en cuestión de horas me reuniría con mis viejos amigos, el León y el Hombre de Hojalata. Iba a dormir en mi propia habitación del Palacio Esmeralda y, por ahora, nadie, ni siquiera la tía Em y el tío Henry, podrían echarme de allí.

Y lo mejor de todo era que tenía magia. Era mía y ni la mismísima Ozma podía arrebatármela.

CATORCE

Al día siguiente, de camino al gran salón, alguien o algo me derribó en mitad del pasillo. Una bola de pelo dorado se abalanzó hacia mí y me caí de culo. Una gigantesca lengua húmeda me lamió la cara.

Tardé unos segundos en darme cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¡León! —grité, y le abracé—. ¿De veras eres tú?

—¿Quién si no? —preguntó con voz ronca; se apartó, se sentó sobre las piernas traseras y se relamió el hocico. Me miraba con ternura.

Había cambiado. Estaba distinto a cómo le recordaba. Parecía más grande y más salvaje que antes. Su melena marrón era una maraña apelmazada y tenía las patas fuertes y musculadas. Cuando lo conocí, no era más que un león tímido y miedica que se asustaba al oír el menor ruido. Incluso después de que el Mago le concediera coraje, parecía como si no supiera muy bien «cómo» ser valiente. Ahora, en cambio, era la encarnación del valor y la intrepidez.

—No puedo creer que seas tú —dije casi sin aliento. Me incorporé y parpadeé varias veces.

—Y no he venido solo —respondió el León—. Hay alguien más que quiere verte.

Junto a la mesa para banquetes que ocupaba el centro del gran salón advertí otro rostro familiar que me sonreía de oreja a oreja. El Hombre de Hojalata irguió la espalda y me ofreció una rosa.

—Querida —dijo, casi con timidez—. Pensaba que a estas alturas nada

podría sorprenderme, pero reconozco que al verte me ha dado un vuelco el corazón.

Sin pensármelo dos veces corrí hacia él. Ni siquiera me molesté en aceptar la flor; simplemente me abalancé sobre mi amigo y le planté un beso en la mejilla. Quizá pienses que la hojalata no puede sonrojarse; pues bien, deberías haber visto su cara en ese momento.

La tía Em y el tío Henry estaban sentados y contemplaban la escena sin abrir la boca. Sentí vergüenza ajena al verlos: se habían vestido con sus harapos viejos y, aunque la tía Em todavía lucía una cabellera verde, los dos se habían alisado el pelo hacia atrás, como lo hacían cada mañana. No eran capaces de aceptar ningún cambio.

Ozma había asegurado que acabarían cediendo, pero la verdad es que empezaba a dudar.

Totó y el León enseguida se pusieron a jugar sobre el suelo de mármol, así que me acerqué a la mesa.

—Qué alegría ver a viejos amigos reunidos alrededor de una mesa —dijo Ozma, y levantó una copa de champán llena de un líquido púrpura a modo de brindis—. Por Dorothy, a quien todos los que la conocen, la quieren.

—Creo que cierta bruja mala no estaría del todo de acuerdo con eso —dije, pero aun así brindé con todo el mundo, incluso con mis tíos.

Sobre la mesa había todo lo que uno puede imaginar como desayuno, y muchísimas cosas más que nunca se me habrían ocurrido.

Había frutas fantásticas que tarareaban cancioncitas encantadoras cuando no las mirabas y huevos frescos con motitas amarillas que, cuando los rompías en el plato, se cocinaban solos y a tu gusto. También había varias bandejas de pastelitos de todas las formas imaginables y un arcoíris de zumos en pequeñas jarras de cristal. Algunos platos, sin embargo, eran un fastidio, como las magdalenas pegajosas que no se despegaban de su plato o las tortitas, que saltaban cada vez que intentabas coger una. Pero, sin lugar a dudas, aquel era el desayuno más emocionante y delicioso que jamás había visto.

Me serví un poquito de todo porque quería probar todos los platos.

—¡Tienes que contármelo todo! —dije—. Quiero saber todo lo que ha pasado desde que me fui. El Espantapájaros me ha explicado algunas cositas.

León, ¿es cierto que vives en las montañas con el resto de las bestias? Y... ¡Oh!

Solté un grito cuando una de las tostadas que acababa de dejar sobre mi plato se incendió de repente.

Todos los presentes se echaron a reír, incluso la tía Em y el tío Henry.

—A mí me ha ocurrido lo mismo —dijo Henry, que tenía los ojos clavados en las llamas—. Juraría que he gritado más que tú. Espera y verás.

Y eso hice. Esperé. Cuando las llamas se apagaron me di cuenta de que en lugar de una tostada tenía una rosquilla glaseada bien calentita en el horno. Con solo verla se me hizo la boca agua.

—Hombre de Hojalata —llamé, con la boca llena—, ¿cómo está el País Winkie ahora que la Bruja Mala del Oeste desapareció? ¿Los monos alados están más contentos? Ahora que por fin tienes un corazón, espero que hayas encontrado a una amiga que te haga compañía.

Las mejillas metálicas del Hombre de Hojalata se sonrojaron por segunda vez.

—Me temo que no —respondió—, pero de todas formas soy muy feliz.

—Y ahora que Dorothy ha vuelto, todavía más —comentó el Espantapájaros—. Te hemos echado mucho de menos.

—Todos te hemos añorado —dijo el León, que por fin dejó de jugar con *Totó* y centró su atención en lo que estaba ocurriendo alrededor de la mesa. Después cogió a *Totó* por el pescuezo, como haría una leona con su cachorro, y lo dejó sobre mi regazo.

—Te esperan tantas sorpresas —dijo el Hombre de Hojalata—. Oz ha cambiado muchísimo desde que te marchaste. Ahora que las brujas están muertas, es un lugar mucho más feliz. Y espera a ver Policromo, en las cataratas de Arcoíris. Tendrás que pellizcarte para comprobar que no estás soñando. Y a tus tíos les encantará la isla Celestial.

—Oh, creo que no —interrumpió Henry. No hacía falta ser adivino para saber lo que iba a decir—. No tenemos tiempo de hacer turismo. En cuanto podamos, volvemos a Kansas.

Puse los ojos en blanco y me serví una porción de bizcocho de arándanos. Al dejarla sobre mi plato, apareció otra como por arte de magia.

—¿De veras no tenéis nada mejor que hacer que aburrirnos con otra

conversación sobre Kansas? —pregunté con una ternura fingida—. Tal vez haya cubos de bazofia en el jardín; los podéis coger y cargarlos todo el día de un lado para el otro. ¿O preferís un campo que labrar?

El tío Henry se quedó de piedra. Jamás le había hablado con tal desfachatez. Debo admitir que a mí también me sorprendió aquel arrebató tan repentino, pero me fastidiaba que mi tío estuviera todo el día con el mismo tema. Y más a sabiendas de que me molestaba. Sin embargo, no quería abochornar a todo el mundo con una discusión desagradable.

Decidí probar algo. Le miré directamente a los ojos y me concentré en los zapatos; enseguida noté un calor familiar en los pies.

Utilizar la magia para controlar a otro ser humano no era algo que se me hubiera ocurrido mientras practicaba en mi habitación. Sabía que no era ético, por supuesto, y prometí no volver a hacerlo. Pero si utilizaba ese poder para convencer a mis tíos de que quedarnos en Oz era la única opción posible (y sensata)..., bueno, en ese caso todos saldríamos ganando, ¿no?

Y así, segura de que estaba haciendo lo correcto, de que el fin justificaba los medios, invité a entrar a la magia. La magia fluyó por todo mi cuerpo y después se dirigió hacia mi tío; le imaginé diciendo las palabras que quería oír.

—Creo que tu tía y yo vamos a salir a dar un paseo —murmuró sin emoción alguna, como si estuviera leyendo un guion. Aunque a decir verdad... era tal cual, ¿no?—. Estamos en una ciudad preciosa y no querría irme de aquí sin verla.

La tía Em se quedó atónita. Mi tío se levantó de la mesa para banquetes y, sin articular más palabras, le ofreció la mano para levantarse. Ambos se marcharon del salón como dos robots.

El Espantapájaros, el León y el Hombre de Hojalata parecían confundidos; era evidente que no habían entendido lo que acababa de suceder.

—¡Un placer haberos conocido! —exclamó el Hombre de Hojalata, pero mis tíos no le oyeron.

Ozma fue la única que ignoró el hecho de que mis tíos abandonaran la mesa. Tenía la mirada clavada en mí.

—Dorothy... —susurró.

Pero enseguida la interrumpí.

—Gracias a Dios —suspiré—. Por fin podemos tener una conversación de verdad sin ese par de quejicas.

Ozma asintió y frunció el ceño, preocupada. Me hervía la sangre. La princesa, a su modo, era igualita a mis tíos. Pero al menos tuvo el decoro de dejar el tema (o al menos por ahora) y, en silencio, tomó otro sorbo de aquella bebida espumosa de color púrpura.

No iba a permitirle que arruinara aquella reunión con mis mejores amigos; mis únicos amigos, para ser más exactos. La verdad era que quería saltar de alegría. Acababa de hacer magia. ¡Magia de verdad! Y no había sido tan difícil. Tan solo había imaginado lo que quería que Henry hiciera. Y había ocurrido, como si él fuera una marioneta y yo quien manejara los hilos. Si era así de fácil, no podrían obligarme a volver a Kansas.

De repente caí en la cuenta de que los zapatos no solo servían para viajar hasta Oz. Su objetivo era enseñarme cosas. Mostrarme todo aquello que Ozma, ¡la aguafiestas por excelencia!, no quería que aprendiera.

El Hombre de Hojalata no dejaba de parlotear sobre la isla Celestial; según él, era un lugar hermoso, con ríos de limonada y montañas de nubes. Repitió que deseaba que visitáramos aquel lugar de ensueño juntos. El Espantapájaros le escuchaba con atención y, de vez en cuando, le interrumpía con algún detalle que él había olvidado. El León deambulaba por la habitación, con *Totó* persiguiéndole como un..., bueno, como un perrito faldero, que era justo lo que era.

Y, junto a ellos, estaba Ozma. Parecía alegre, contenta de formar parte de la conversación, aunque enseguida me percaté de que me miraba por el rabillo del ojo, como si buscara algo.

Deseaba que se marchara de una vez. Tenía que hablar con mis amigos. Y hacerlo «a solas». El Espantapájaros lo sabía y por eso no paraba de sugerirle cosas como «Oh, se está haciendo tarde, ¿no tienes que reunirte con Jellia para discutir la agenda del día?», pero Ozma no mordió el anzuelo. Me preguntaba si se quedaba porque se estaba divirtiendo o porque no se fiaba de nosotros.

No podía utilizar la magia con ella; era demasiado arriesgado.

Una cosa era lanzar un pequeño hechizo a mi tío y otra muy distinta

probar la magia en un hada experta en conjuros. Pero los zapatos eran muy poderosos. El día anterior, cuando me había transformado de pies a cabeza, ni siquiera su magia ancestral había podido tocarlos. Y eso significaba que yo también era poderosa. Tal vez incluso más que la princesa.

Así que cambié de opinión y decidí probarlo. Esta vez, trataría de ser más meticulosa; lo último que quería era que Ozma adivinara mis intenciones y las echara por tierra.

Visualicé la magia como un zarcillo de humo color rubí, tan fino y delicado como los anillos de humo que Henry solía dibujar cuando fumaba en pipa. Me concentré y envié aquel aro mágico al otro lado de la mesa, justo al oído de Ozma.

Enseguida le cambió la cara; tenía la mirada perdida, como si estuviera distraída. Daba la sensación de que estuviera tratando de recordar algo.

—Yo... —dijo.

«Lárgate», ordené en silencio. Y en cuanto pensé la palabra, Ozma se revolvió en su asiento. Lo había conseguido.

—Por favor, discúlpadme —dijo—. Creo que he olvidado algo en mi habitación. Vuelvo enseguida.

Se levantó, dejó la servilleta sobre la mesa y se marchó a toda prisa.

El Espantapájaros no dijo nada, pero me pareció verle esbozar una sonrisita pícara.

No estuvo bien. Ya lo sé. Las personas no son marionetas que uno puede manejar o manipular a su antojo. Por otro lado, que no estuviera bien no significa que no fuera divertido.

En cuanto su majestad estuvo lo bastante lejos, mi amigo se volvió hacia mí.

—¿Has averiguado algo? —preguntó—. ¿Sabes dónde está Glinda?

Todos me miraron con cierta ilusión e impaciencia. Al parecer, el Espantapájaros les había contado todas sus sospechas. Nuestras sospechas.

—Llevamos mucho tiempo esperando noticias —murmulló el León—. Todos desconfiamos de la princesa desde el primer momento. Entró con aires de grandeza, como si fuera el ama y señora de este palacio, como si aquí nuestro amigo el Espantapájaros no hubiera gobernado bien durante su ausencia.

El Hombre de Hojalata dejó el tenedor sobre la mesa.

—¿Y de dónde vino? ¿Cómo sabemos que es la princesa legítima? ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Fiarnos de su palabra? Ella nunca ha querido explicar dónde estuvo todos esos años. Soy el gobernador del país Winkie y el alma más amable y compasiva del reino, por lo que todos esperábamos que me diera una explicación. Con el corazón que tengo, comprendería sus motivos.

Me incliné hacia delante y bajé la voz:

—Estoy casi convencida de que la princesa me oculta algo —confesé—. Todavía no sé el qué, pero...

—Oh, madre mía —interpuso el Hombre de Hojalata con expresión seria.

—Mi cerebro nunca me falla —dijo el Espantapájaros—. Sé que Ozma ha tenido algo que ver con la desaparición de Glinda. Jamás ha mostrado ni el más mínimo interés en el paradero de la bruja. Dorothy, has vuelto a Oz por un motivo. Debes encontrar a nuestra amiga. Y tienes que hacerlo con pies de plomo. Ozma puede parecer una chica dulce e ingenua. Pero, créeme, también es peligrosa.

—Estoy de acuerdo —dijo el Hombre de Hojalata—. Me lo dice el corazón.

El León se limitó a gruñir.

Sabía que tenían razón. Pero...

No le tenía ningún miedo. De pronto, no le tenía miedo a nada.

Aquel era el verdadero poder de los zapatos. Lo sentía. Cada vez que los usaba para echar un hechizo, me sentía más poderosa, más fuerte. Pero quería más.

¿Por qué iba a estar asustada? Era ella la que tenía que estarlo.

QUINCE

Nos pasamos varias horas sentados alrededor de la mesa para banquetes. Los platos se fueron vaciando y la mañana dio paso a la tarde. Nos reímos y nos lamentamos, recordamos viejas aventuras y también nos contamos algunas nuevas.

El León me contó con todo lujo de detalles todas las historietas vividas en tierras norteñas, un lugar exótico incluso para los habitantes de Oz, y el Hombre de Hojalata narró todas sus vivencias como gobernador de los incorregibles habitantes de Winkie.

Rememoré la fiesta de mi decimosexto cumpleaños; aquella anécdota conmovió a mi amigo de hojalata hasta tal punto que echó una lagrimilla.

—Oh, querida —suspiró al ver que me había fijado en aquel gesto de sensibilidad. Después cogió una servilleta y se secó la lágrima—. Este corazón es un regalo maravilloso, pero acabará oxidándome por completo.

Poco después, el Espantapájaros y él decidieron que ya era hora de arreglarse un poco. El León prefirió desconectar de la ciudad y corretear un poco por el bosque. La verdad era que no tenía planes, lo cual me vino de maravilla, porque de repente apareció Jellia Jamb, la doncella de Ozma, y me invitó a reunirme con la princesa en el jardín.

Hacía un día estupendo y la temperatura no podía ser más perfecta. Encontré a la princesa sentada en un banco de hierro forjado, junto a una fuente reluciente. Ozma estaba mirando a un elfo diminuto que estaba sentado sobre su dedo índice. Al parecer, estaban enfrascados en una

conversación muy interesante.

—¡Oh! —exclamó Ozma al verme. El elfo alzó el vuelo y se marchó—. Esa criatura me estaba contando un chiste buenísimo. Todo el mundo cree que los elfos son seres molestos y engorrosos, pero a mí me parecen la mar de divertidos. Sea como sea, forman parte de Oz, ¿verdad? Y aquí nadie sobra, todo el mundo es importante.

«¿Está de guasa?», pensé. Aquella actuación al más puro estilo *Little Miss Sunshine* habría conseguido que la mismísima Shirley Temple quisiera tirarse por un precipicio.

—En fin —resolvió con tono alegre—, quería hablarte de algo.

Me crucé de brazos y me preparé para recibir un sermón arrogante y altanero. Estaba segura de que Ozma me recriminaría el haberle mentido sobre los zapatos y me reprendería por haber utilizado la magia después de haberme advertido al respecto. Y, por supuesto, me reprocharía el haber tenido el descaro de desobedecerla. Y el haber sido tan imprudente.

Tal vez la princesa no lo sabía, pero, aunque estuviera en Oz, seguía siendo ciudadana estadounidense. Y en Estados Unidos nunca hemos sido grandes aficionados a los monarcas no electos, sin importar si su sangre era azul, lila o con motitas de polvo de hada.

Pero, a veces, hasta una princesa puede sorprenderte.

—Me encantaría celebrar una gran fiesta en tu honor —dijo—. ¿Qué te parecería?

No me lo esperaba.

—¿Qué tipo de fiesta? —pregunté un tanto recelosa.

¿Una fiesta? Estaba «convencida» de que se había dado cuenta de lo que había hecho en el desayuno. Tal vez no había notado que había jugado con «ella», pero desde luego sabía que había hechizado a mi tío. Lo había visto en la expresión de su rostro. ¿Y ahora quería prepararme una fiesta? Allí había gato encerrado.

Ozma se levantó e hizo una pequeña pirueta sobre el césped y, de repente, recordé que, princesa hada o no, en realidad no era más que una niña. Una niña que se sentía muy sola, una niña que llevaba muchísimo tiempo esperando a alguien como yo que le hiciera compañía.

Me «necesitaba». Así que quizá podía hacer la vista gorda con algún que

otro hechizo. Al fin y al cabo, un poco de magia entre amigas no hacía ningún daño, ¿verdad?

—Oh, será una fiesta fabulosa —dijo de forma soñadora—. Espero que no estés harta de celebrar tu cumpleaños.

—Los dieciséis son muy importantes —contesté de inmediato.

—¡Perfecto! —exclamó—. Hace mucho tiempo que no celebro un baile de verdad. Apenas se presenta la ocasión. Ni siquiera sé cuándo es mi cumpleaños, ¿no es horrible? Pero los ciudadanos de Oz adoran las fiestas y además están entusiasmados con tu regreso. ¡Tenemos que celebrarlo! ¡Y por todo lo alto!

Tengo que admitir que me gustaba cómo sonaba.

—La fiesta que la tía Em me preparó fue..., bueno, no fue exactamente lo que ninguna de las dos esperábamos —dije—. Así que esto podría ser como una segunda oportunidad. Estoy segura de que mi tía estará encantada de que todo salga bien esta vez.

Ozma se puso a aplaudir, eufórica.

—¡Por supuesto! ¡Una segunda oportunidad! —chilló, como si nunca hubiera oído esa expresión, como si saboreara cada sílaba de cada palabra—. Invitaremos a todo el mundo —prosiguió—. A los munchkins, a los winkies, incluso a los gnomos y a los elfos y a los monos alados y a las personalidades más importantes de Oz. Policromo vendrá de las cataratas de Arcoíris y espero que Wogglebug pueda librarse de sus clases en la universidad. También invitaremos a la general Jinjur, aunque no creo que asista a la fiesta. No le gusta nada bailar —explicó, y puso los ojos en blanco—. Luego te lo cuento todo sobre Jinjur y su ejército femenino.

Me senté en el banco y la observé mientras ella seguía planeando la fiesta. Reconozco que cuando se quejó del peso que conllevaba el trono sentí lástima por ella. Pero si sus responsabilidades se resumían en preparar un guateque, la verdad es que no era para tanto.

Pero... una fiesta. Una fiesta para mí. No se me ocurría mejor manera de anunciar mi regreso a Oz.

Ozma se acomodó de nuevo en el banco y me rodeó los hombros con un brazo. Todos los brazaletes que llevaba en la muñeca brillaron bajo la luz del sol.

—Y —dijo, arqueando las cejas, como si estuviera conspirando algo— así tus tíos verán con sus propios ojos que Oz es un lugar perfecto. Después de asistir a un baile real, no querrán volver a casa. Ni siquiera tendrás que utilizar ese par de zapatos para convencerlos.

Aquellas palabras se quedaron suspendidas en el aire. No caí en su trampa de milagro.

—No sé a qué te refieres —comenté.

Obviamente no podía engañar a nadie; ella lo sabía y yo sabía que ella lo sabía, y ella sabía que yo sabía que ella lo sabía, pero me negaba a darle la satisfacción de oírme confesarlo.

—Oh, Dorothy —dijo—. No tienes que seguir ocultándolo. Supe que esos zapatos estaban encantados desde el momento en que los vi. Y no te culpo por haber intentado utilizarlos. La magia puede ser excitante —susurró y, de repente, su mirada se ensombreció—. «Demasiado» excitante —puntualizó con cierta severidad—. Quítatelos, ¿quieres? Así no sentirás la tentación.

Ozma dibujó un círculo en el aire con el dedo y luego señaló mis pies; o más bien dicho: mis preciosos y relucientes zapatos. De la punta del dedo saltó una chispa verde que después zigzagueó por el aire y chocó con el talón de uno de mis zapatos. Entonces se iluminaron como respuesta a aquel insulto, pero no se movieron ni un ápice.

La princesa, al ver que su hechizo no había funcionado, arrugó la frente. Me puse de pie, me di media vuelta y me enfrenté a ella, rabiosa.

—Son «míos» —aseguré—. Ella me los regaló, y no puedes hacer nada al respecto.

Ni siquiera pestañeó. Aquella chica era fría como un témpano de hielo.

—¿Ella? —preguntó la princesa, y ladeó la cabeza.

—No te hagas la inocente —espeté—. Ninguna de las dos nacimos ayer. Sabes a quién me refiero. A Glinda. ¿Qué ocurrió? ¿Estabas celosa de ella? ¿Querías librarte de ella para hacerte con todo el poder?

Ozma se llevó una mano a la mejilla, como si acabara de recibir una bofetada monumental. Después, sacudió la cabeza.

—Has perdido la chaveta. Son los zapatos. La magia ya ha empezado a hacer efecto. Estás cambiando. Igual que le ocurrió a...

Ni siquiera esperé a que acabara la frase. Estaba demasiado molesta.

¿Cómo no estarlo? Glinda se había encargado de cuidar el reino mientras la princesita había estado haciendo vete tú a saber qué por ahí, y ahora pretendía gobernar Oz como si fuera su casita de muñecas particular.

¿Cómo se atrevía a hacerse la inocente conmigo? Era una auténtica tirana.

—El Espantapájaros es una cosa —dije con desdén—. Estoy segura de que lo echaste de palacio enseguida. Pero una bruja, eso son palabras mayores, ¿verdad? Querías ser la única protagonista de la historia y te la quitaste de encima para que no te hiciera sombra.

Ozma se mordió el labio y apartó la mirada, como si no diera crédito a lo que estaba oyendo.

—En el fondo, Glinda no deseaba lo mejor para Oz —murmuró—. Créeme, Dorothy. Sé que se portó de maravilla contigo, pero no es oro todo lo que reluce. Y ella no es como aparenta ser. No tuve otra opción. Mi obligación es mantener la paz en el reino.

—Naturalmente —ironicé—. Después de todo, tú eres la única gobernante legítima, nadie lo discute. Presumes de ser un hada, pero no te creas mejor que una bruja malvada. Y ya sabes qué ocurrió la última vez que me crucé con una.

Al oír aquella amenaza, la mirada de la princesa se tornó severa. Intuía que no se iba a rendir fácilmente. De pronto, se puso en pie.

—Dame los zapatos. Ahora —ordenó, e hizo el ademán de coger el cetro que había dejado encima del banco—. Es por tu propio bien.

Se lo impedí sin pensármelo dos veces.

Esta vez fue pan comido. Apenas tuve que pensar lo que quería hacer. Tras cada hechizo que lanzaba, más poderosa me sentía. En cierto modo, era como si los zapatos estuvieran haciendo el trabajo por mí.

Aunque esta vez vi la magia con mis propios ojos; vi cómo se desprendía de la palma de mi mano, como un hilo escarlata, y se acercaba a la princesa dibujando espirales en el aire. Ozma también lo vio: abrió los ojos como platos y dio un paso hacia atrás. Supongo que no se lo esperaba.

Tal vez así aprendería a no subestimarme, a mí, a Dorothy Gale, la mismísima Matabrujas. No pudo hacer nada. Aquel zarcillo rojo envolvió su cabeza y de inmediato suavizó la mirada. Una de las comisuras de los labios se inclinó un poco.

Estaba utilizando aquella brizna mágica como si fuera un trozo de hilo dental, ¡y no podía estar más contenta! Poco a poco, fui borrando la memoria de Ozma. Quería eliminar nuestra conversación de su cerebro.

Un par de horas antes, cuando había hecho que el tío Henry cambiara de opinión, me había jurado a mí misma que no volvería a hacerlo. Pero, unos minutos después, rompí la promesa. Y en ese instante estaba literalmente manipulando la mente de la princesa. Fue como cambiar las sábanas de la cama.

Una vocecita de mi cabeza gritaba que la única que estaba siendo manipulada era yo. Pero ignoré aquella vocecita porque estaba disfrutando del momento.

Hice que olvidara mis zapatos, nuestra conversación sobre Glinda y el incidente con el tío Henry durante el desayuno. Para ella, no era más que Dorothy Gale, su querida amiga y confidente, una chica valiente y testaruda de Kansas a quien los habitantes de Oz (sus leales súbditos) estaban muy agradecidos. Una chica que llevaba un par de zapatos de tacón rojos.

Sin embargo, preferí que recordara su idea sobre la fiesta. Habría sido absurdo tirarlo todo por la borda ¿no?

DIECISEÍS

Ozma dedicó toda la semana a planear lo que me había prometido que sería la mejor fiesta que jamás se había celebrado en Oz. Dejó de lado todas sus obligaciones de princesa y, la verdad sea dicha, se entregó en cuerpo y alma a organizarlo todo. Cada día recibíamos la visita de cocineros, pasteleros, diseñadores y especialistas en fiestas; cada uno presentaba un sinfín de ideas alocadas y suplicaba el favor de la princesa.

Reconozco que al darme cuenta de que también se interesaban por mí, me sentí halagada. Cada visitante nuevo que entraba en palacio se tomaba la molestia de saludarme, ya fuera con un apretón de manos o con un beso en la mejilla. Todos estaban encantados de que la famosa Dorothy Gale estuviera de vuelta en Oz.

Estaba acaparando mucha atención, por lo que esperaba que Ozma se pusiera un poco celosa. Pero lo cierto es que supo ocultarlo muy bien; cada vez que alguno de sus súbditos me trataba como si fuera tan importante, o incluso más que ella, la princesa siempre esbozaba una sonrisa. Un día, cuando un gnomo peludo y divertido que vendía copas con joyas encastadas me dio las gracias por haber derrotado a las brujas, estuve a punto de guiñarle el ojo y susurrarle al oído:

—Pues prepárate. Todavía no he acabado.

Sin embargo, desde que le había lavado el cerebro a Ozma, me estaba costando mucho odiarla. De hecho, si dejaba de lado el desafortunado detalle de que había desterrado y encarcelado a Glinda e intentado quitarme los

zapatos, nos llevábamos de maravilla.

Nos pasamos cuatro días planeando el menú y eligiendo la decoración: unas flores brillantes que cambiaban de color cada dos por tres, puñados de polvo de estrella por todas partes... Hasta conseguimos convencer a las aguas errantes para que crearan un arroyo que rodeara la pista de baile. Debo admitir que aquellos preparativos dejaban a las fiestas de Kansas a la altura del betún; en Kansas, una fiesta memorable se resumía en velitas y banderines. No recuerdo todas las horas que pasamos tiradas en el jardín, haciendo coronas de florecitas, especulando sobre quién vendría a la fiesta y soñando con la posibilidad de que aparecieran varios príncipes dignos de la mano de la princesa.

El hechizo había funcionado a la perfección; Ozma no recordaba nuestra discusión junto a la fuente, ni la polémica sobre mis zapatos mágicos.

Para ella, tan solo éramos amigas.

De hecho, estaba empezando a parecer mi mejor amiga. Hacía muchos años que no tenía a mi lado a alguien así. Por supuesto, el León, el Hombre de Hojalata y el Espantapájaros eran mis amigos más fieles, además de los compañeros más maravillosos que cualquiera podría soñar. Pero eran diferentes. No eran chicas, ni de mi misma edad.

El Espantapájaros solo quería hablar de su magnífico cerebritito; me preguntaba hasta qué punto era bueno poseer la mente más maravillosa del reino si tan solo te permitía «pensar» en tu propia inteligencia.

El Hombre de Hojalata se pasaba todo el tiempo encerrado en la vieja biblioteca de palacio, con la nariz metida en libros aburridos y polvorientos sobre historias de amor y poesía. En una ocasión le pedí que me leyera un fragmento en voz alta; me quedé mortificada ante tal romanticismo y recuerdo que apenas podía mirarle a la cara.

En cuanto al León..., bueno, siempre estaba correteando por el bosque, cazando o haciendo lo que los leones suelen hacer en su tiempo libre. Cuando se dignaba venir a palacio, no tardaba ni diez minutos en enzarzarse en una pelea con el primer sirviente que se cruzara en su camino.

Y teniendo en cuenta que ellos tres eran mis únicas opciones de compañía, ¿cómo culparme por preferir pasar el día soñando y planeando una fiesta con la déspota más dulce y cariñosa de Oz? Al menos con ella podía

mantener una conversación de verdad. Y, por lo visto, ella también «quería» compartir su tiempo conmigo. Por lo que tenía que andarme con mucho cuidado y no jugar con la magia delante de ella.

Sabía que, en un caso extremo, podía someterla, lavarle el cerebro y borrar cualquier discusión o tensión entre nosotras. Aunque para ser sincera, no me apetecía volver a hacerlo.

—¿Puedo preguntarte algo? —me preguntó Ozma una tarde; faltaban pocos días para el baile y estábamos en su vestidor, probándonos trajes de cóctel por enésima vez.

Asentí de forma distraída; estaba dudando entre un vestido ajustado de seda o uno con falda de tul y gasa, aunque el de seda me convencía más.

Reconozco que, para mí, fue una victoria muy dulce poder celebrar mi decimosexto cumpleaños de nuevo y así, sobre todo después del fiasco de mi primera fiesta.

Ozma se volvió y me atravesó con la mirada.

—¿Por qué vives con tu tía y con tu tío? —preguntó de repente—. ¿Qué les ocurrió a tus padres?

La princesa me pilló desprevenida.

—Oh —musité. Aquella pregunta no venía a cuento en ese momento.

—Lo siento..., no debería haber... Debe de ser una historia muy triste. No tienes que hablar de ello si no quieres.

Me encogí de hombros.

—Tranquila —respondí—. Está bien. La verdad es que no los recuerdo. Mi madre falleció en el parto y mi padre murió meses después, en un accidente con una máquina de arar. Sé que debería echarles de menos, pero es difícil estar triste por alguien que nunca has conocido.

Ozma sonrió y me miró con compasión.

—¿Y tú? —pregunté—. Si la memoria no me falla, nunca has mencionado a tus padres. Tan solo a Lur-no-sé-qué.

La princesa acarició el vestido y, de inmediato, este cambió de color, de verde esmeralda a rojo sangre.

—¿Y si añadimos un tren? —propuse.

—Es una idea. Pero no, vuelcan muy fácilmente. Y eso sería muy, pero muy embarazoso.

—Puedes contratar a un equipo de munchkins para que lo mantenga en pie —dije, y las dos nos echamos a reír ante aquella idea tan absurda.

—La verdad es —dijo Ozma después de haberse recuperado— que no tengo padres. Nunca los he tenido, de hecho.

—Pero en algún momento sí los debiste tener. Todo el mundo tiene padres.

—Todo el mundo excepto las hadas —puntualizó ella—. Yo nací de aquel charquito de agua que viste en el centro del laberinto. ¿Recuerdas la florecita roja que flotaba encima del agua?

—Sí —contesté.

—De ahí es de donde vengo. La siguiente princesa está ahí, esperando a que llegue su momento. Cuando la flor haya crecido y esté a punto de perder los pétalos, la nueva princesa no tardará en nacer y entonces sabré que ha llegado el momento de que me reúna con Lurline y mi pueblo. Me marcharé a buscarlas y mi sucesora saldrá de esa flor para ocupar mi lugar. No es un proceso rápido, desde luego. Durante unos meses será un bebé, la época en que Oz será más vulnerable. De hecho, fue así como el Mago se deshizo de mí la primera vez.

—Qué raro —dije—. ¿Dónde te envió? Es algo que siempre me he preguntado.

—¿Qué importa? —respondió ella.

—¿Por qué no quieres decírmelo?

—¿Qué importa que seas de Kansas? Ahora estás aquí. El pasado es el pasado, sobre todo en Oz. Así es como funciona el tiempo. En Oz se vive el aquí y el ahora, nunca de los recuerdos.

Lo medité durante unos instantes. Pues «sí» importaba. No estaba especialmente orgullosa de Kansas, ni de la granja donde había crecido, y desde luego no quería volver allí, pero eran mis orígenes, y no podía avergonzarme de ello. Kansas, y también Oz, me habían convertido en quien era.

De modo que allí donde Ozma había pasado tantos años también la definiría como persona.

¿Y quién era Ozma, en realidad? ¿Era una amiguita nueva y encantadora que se volvía loca probándose vestidos y planeando fiestas? ¿O era la princesa hada esplendorosa y altiva que había visto aquel día en el laberinto de setos?

¿Era la chica dispuesta a hacer todo lo que estuviera en su mano para gobernar un reino que ni siquiera quería? ¿O estaba tan desesperada por hacerse con el poder que había desterrado a Glinda a algún lugar lejano y horrible para apartarla de su camino, del mismo modo que el Mago, hacía muchísimo tiempo, había hecho con la propia Ozma?

Hasta entonces no se me había ocurrido que podría ser ambas personas. Lo único que sabía es que debía averiguar la verdad.

Así que, aunque sabía que era muy arriesgado, conjuré un hechizo. Esta vez no podía hacerlo de forma demasiado evidente. Ozma podía parecer dulce e inocente, pero sabía de buena tinta que también era peligrosa. Era un hada. Si había logrado hacer desaparecer a Glinda, podría hacer lo mismo conmigo.

Y así, con disimulo, le di un golpecito con el codo. Cada noche ensayaba en mi habitación, a solas, y la verdad es que había mejorado muchísimo. Ya no tenía que juntar los talones, ni necesitaba sentir aquel cosquilleo en los pies. La magia no solo estaba en los zapatos, sino en cada centímetro de mi cuerpo; lo único que tenía que hacer era coger una pizca de magia y lanzarla al mundo exterior.

Allí, en mitad del gigantesco vestidor de Ozma, eché un vistazo a la punta de mi dedo índice y vi una diminuta mariposa de color rojo batiendo sus alas tachonadas de minúsculas piedras preciosas.

«Dímelo», ordené sin articular las palabras en voz alta. Acto seguido, la mariposa alzó el vuelo y dibujó varios círculos alrededor de la cabeza de Ozma, dejando una estela de color rubí.

—¿Dorothy? —dijo Ozma—. ¿Estás bien? Te ha cambiado la cara.

La mariposa por fin aterrizó sobre su frente. La princesa no reaccionó. Al parecer, no había notado nada.

—¿En qué estás pensando? —preguntó, y me observó con los ojos entrecerrados—. No parece que estés aquí.

La mariposa se arrastró por su frente, como si estuviera buscando el modo

de meterse en su cabeza. De pronto, desapareció, se evaporó como una diminuta mota de polvo rojo. La había perdido.

Por lo visto, Ozma no se había enterado de lo ocurrido. Pero su mente seguía cerrada a cal y canto. Su magia era más poderosa de lo que había creído en un principio.

Fue entonces cuando supe, sin ningún tipo de duda, que la princesa había estado implicada en la desaparición de Glinda. Uno no guarda secretos que no tiene. Y era evidente que Ozma ocultaba algo.

—Sí —dije—. Estaba pensando en mi madre.

Era mentira. O quizá no. Había estado pensando en Glinda, que, en realidad, había sido lo más parecido a una madre que jamás había tenido.

Glinda me había traído aquí. Dos años antes, cuando lo que más deseaba en el mundo era volver a Kansas, ella me ayudó a conseguirlo. Tenía que encontrarla. Tenía que ayudarla. Y no iba a dejar que Ozma, por muy simpática y amable que fuera conmigo, se interpusiera en mi camino.

Era la víspera del gran día. Me encerré en mi habitación porque sabía lo importante que era descansar y dormir bien antes de una fiesta, pero tenía tantas cosas en la cabeza que no fui capaz de relajarme ni un segundo.

Toto estaba hecho un ovillo en un rincón, soñando con lo que todos los perros deben de soñar.

Sin tan siquiera pensarlo, utilicé mi magia para desvestirme y para quitarme todo el arsenal de horquillas que me sujetaban las trenzas. Después lo dejé todo sobre un montón de ropa desordenada. Luego deslicé un camisón de gasa por encima de mi cabeza. Y, por supuesto, no me descalcé. Nunca me quitaba los zapatos. De hecho, aunque lo hubiera intentado, no habría podido.

Me concentré y, tras conseguir levitar, me desplazé hasta la cama; después me dejé caer sobre aquel colchón tan suave y envolvente. Cerré los ojos y ni siquiera me tomé la molestia de taparme con el edredón. En lugar de eso, me envolví en mi propia magia, como si fuera una colcha sedosa pero cálida.

Enroscada bajo esa colcha me sentía contenta y feliz, pero también más vacía que nunca.

Apenas quedaban unas horas para la fiesta. Estaba en Oz y al día siguiente iba a asistir a una fiesta impresionante que, además, se celebraba en «mi» honor. Había conseguido justo lo que quería, pero aun así no era suficiente. Quería más.

Y justo entonces, cuando estaba a punto de quedarme dormida, me di cuenta de que esa era yo. Ese anhelo, ese deseo era, en sí mismo, una especie de magia, una magia que había tenido desde que había sido una niña. Desde mucho antes de haber estado en Oz. Incluso antes de haberme calzado un par de zapatos mágicos, rojos o plateados. Siempre había querido más.

Eso fue lo que provocó el tornado. Eso fue lo que me trajo a Oz la primera vez. También fue eso lo que me llevó de nuevo a casa, a Kansas. Y eso fue lo que permitió a Glinda encontrarme, escurrirse entre los muros que separaban Oz del resto del mundo y arrastrarme de nuevo a ese reino mágico. Ahora estaba allí; ahora tenía mis zapatos y mi magia y mi fiesta, pero, aun así, ese anhelo seguía presente. Y siempre lo estaría.

Quería más. Quería lo que Ozma tenía. Lo quería todo.

DIECISIETE

Ozma envió a Jellia Jamb a buscarme a primera hora de la mañana para que pudiéramos prepararnos juntas, pero preferí declinar la oferta. Aquel era mi gran día y quería estar sola; debía tomarme mi tiempo para pensar en todo lo que me había traído a ese lugar y sobre las sorpresas que el futuro me tenía preparadas.

«A mí». No a la tía Em o al tío Henry. No a Ozma, ni a Oz, ni al Espantapájaros, ni al Hombre de Hojalata, ni al León, ni siquiera a la pobre, y desaparecida en combate, Glinda, sino solo a mí.

Así que me pasé el día encerrada en mi habitación. Me preparé un desayuno ligero pero mágico: un par de esos maravillosos huevos perfectos y un poco de leche de Quimera. Para almorzar, en cambio, opté por ambrosía y fruta esmeralda.

Me planté enfrente del espejo e intenté decidir qué vestido llevar a la fiesta. *Totó* me observaba desde un rincón. Quería creer que él sí me comprendía, que entendía que por fin había encontrado mi lugar.

Me probé todos los vestidos que había en el armario, pero con ninguno me sentía especial. Llamé a Jellia y le pedí que me trajera más, pero ninguno me convenció. Ninguno estaba a mi altura. El vestido apropiado nacería de la magia, pero no de la magia de Ozma, sino de la magia de mis zapatos. De mi magia.

Una hora antes de la fiesta, Jellia me entregó un último vestido. Era un regalo de Ozma.

La falda era de color verde y muy vaporosa, hecha de la gasa más fina y delicada del mundo entero. El corpiño estaba adornado con un arcoíris de piedras preciosas. La nota decía: «Mi querida Dorothy. Mi nueva amiga. Estoy encantada de tenerte a mi lado».

La dejé sobre el tocador y eché un vistazo al vestido de Ozma; luego lo arrojé a la pila de vestidos que había descartado.

La verdad es que el vestido que me había mandado era precioso, pero no era el que quería llevar en mi decimosexto cumpleaños, el día en que iba a anunciar oficialmente mi regreso a Oz. Era lo que «ella» quería, no lo que yo quería. No deseaba estar a su lado mientras gobernaba Oz. No era una chica florero ni pretendía serlo. Y, de repente, supe «qué» quería.

No quería seguir disimulando. ¿Por qué esconder algo que era mío, que me pertenecía? Estaba en Oz. Todo lo que me rodeaba era mágico. ¿Por qué no podía ser mágica yo también?

Así que la invoqué. Utilizaba la magia con la misma facilidad con que respiraba. Lo único que debía hacer era «desear».

La habitación vibraba de energía. Seguía delante del espejo y los átomos empezaban a reordenarse a mi alrededor. Sentía que el mundo se movía, se retorció y giraba en torno a mí, siguiendo siempre mis órdenes en silencio. La tela se tejía alrededor de mi cuerpo; el cabello me creció varios centímetros y lo cepillé y lo peiné hasta conseguir el recogido que había imaginado: dos trenzas perfectas con varios mechones rizados que me rozaban los hombros. Mi piel se volvió más fina, más suave. La mirada se me iluminó y mis labios se tiñeron de carmesí. Vi que mis mejillas se ruborizaban con un rosa palo que me sentaba de maravilla.

El vestido comenzó a tomar forma.

Cuando acabé, *Totó* soltó un ladrido de aprobación. Lo había conseguido. Estaba deslumbrante. Seguía siendo yo, pero en versión mejorada.

De pronto, alguien llamó a la puerta. La abrí y vi a la tía Em y al tío Henry. Los dos se quedaron pasmados al verme.

—Vaya, Dorothy... —empezó el tío Henry. Se sonrojó y parpadeó varias veces, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—Estás... —prosiguió la tía Em. Ella también se había quedado sin palabras. Me miraba un poco escandalizada, nerviosa. Después se llevó una

mano a la boca.

—Parezco una princesa —dije. Sabía que eso era lo que ambos estaban pensando—. Y no una princesa cualquiera, sino como la princesa Dorothy. La Matarreinas. La chica que cabalgó el ciclón. La única princesa legítima de Oz.

Mis tíos miraron hacia otro lado, pero no dijeron nada, aunque no hizo falta. Eso era precisamente lo que se les había pasado por la cabeza.

—Y ahora, vayamos a la fiesta, a mi fiesta —resolví.

—¿Dorothy? —preguntó Ozma cuando entré en el salón de baile, donde ya había empezado la gala—. Ese no es el vestido que te he regalado —murmuró, y me repasó de arriba abajo con expresión dolida y un tanto desconfiada.

Había elegido una tela azul de cuadros, idéntica a la del vestido que llevaba el día en que aterricé en Oz por primera vez. Sin embargo, el vestido era ligeramente distinto. La tela era de seda, de la seda más elegante que uno pueda imaginar; nada que ver con la tela barata y rasposa de aquel primer vestido. Los cuadros azules estaban cosidos con hilo dorado, pero el pespunte era tan sutil que, si no te fijabas, pasaba desapercibido.

Era un vestido corto; de hecho, el más corto que jamás había llevado. Bueno, para qué engañarnos, era el vestido más corto que jamás había visto. Era una forma de lucir las piernas.

Sin embargo, lo que más llamaba la atención no era el vestido, sino los zapatos. No había nada en el salón que brillara más que ellos, ni siquiera la corona de Ozma, ni su cetro, ni las diminutas joyas que se enredaban entre su preciosa cabellera azabache.

—Tu vestido era muy bonito —respondí enseguida—, pero no era lo que tenía en mente. Hoy es mi día.

—Pero ¿de dónde...? —preguntó.

Y antes de que pudiera acabar la pregunta, di un paso al frente y entré en aquel grandioso salón, donde todos mis invitados aguardaban ansiosos. Estaban esperándome. A mí.

La verdad es que no parecía un salón de baile. Sobre el techo destellaba

una galaxia entera de estrellas. También pendían centenares de amapolas rojas que se abrían y cerraban al son de la música, emitiendo una luz cálida. La pista de baile, en cambio, era de color púrpura, como el atardecer.

También había decenas de duendes revoloteando por la sala; todos llevaban bandejas a rebosar de bebidas y aperitivos.

Todas las personalidades, desde las más extrañas hasta las más distinguidas, habían acudido al evento. Puesto que Ozma me había puesto al corriente de todo, no me costó reconocer a algunos de los asistentes: vi a Policroma, la hija del Arcoíris, que llevaba un vestido cosido con hilos del mismo cielo. También estaba Scraps, la Chica de Patchwork, que no dejaba de hacer piruetas por el salón. Advertí a una rana gigante vestida con un esmoquin muy elegante y a un tipo cuya cabeza era una calabaza propia de Halloween.

Habían venido gnomos, munchkins, winkies y una pareja de porcelana que bailaban un tanto apartados del resto de los invitados por miedo a caerse y romperse en pedazos.

No cabía en mí de gozo. Saludé a todos los presentes con una sonrisa y un beso en la mejilla. Todos me observaban con amor y gratitud. Para ellos, yo era toda una personalidad. Había hecho mucho por ellos, mucho más de lo que Ozma durante su reinado. Y lo único que querían era conocerme. Era famosa. En cierto modo, era su ídolo, su heroína.

Cuando por fin llegué a donde estaba el Espantapájaros, este me recibió con los brazos abiertos. Me cogió por la cintura y empezó a darme vueltas. Yo me reí y me dejé llevar. Todo el público se apartó de la pista de baile para dejarnos sitio. La orquesta estaba tocando una canción muy alegre y enérgica. Cuando el Espantapájaros me lanzó al aire, como si pesara como una pluma, las trompetas sonaron con fuerza. Aterricé en sus brazos, riendo a carcajadas; cuando mis pies tocaron el suelo, di varias vueltas hasta toparme con el Hombre de Hojalata.

Mi amigo metálico me cogió de la mano y, para mi sorpresa, su mano de hojalata se sentía más suave y cálida de lo que había imaginado. Me sujetó por la cintura y yo apoyé la otra mano sobre su hombro; la orquesta cambió de melodía y empezó a tocar una música más tierna y sentimental. Al son de un precioso vals, nos deslizamos por la gigantesca pista de baile. Todos los

invitados dejaron de bailar para mirarnos. Nos rodearon formando un círculo y nos contemplaron maravillados.

Estaba tan contenta, tan emocionada, que sentí que bailaba sobre nubes de algodón. Literalmente: bajé la vista y vi que mis pies se movían a varios centímetros del suelo. Mis zapatos mágicos estaban envueltos en una especie de neblina roja que me mantenía suspendida en el aire. Pero nadie se dio cuenta. Estaban demasiado distraídos observando aquel espectáculo.

El León estaba agazapado entre los invitados, como si pretendiera lanzarse a la pista en cuanto acabara la canción para pedirme un baile. De pronto, extendió una pata gigantesca y, justo cuando estaba a punto de aceptar su invitación, algo chocó contra mi hombro. Noté un líquido helado y espumoso empapándome la espalda; un segundo más tarde, oí el sonido del cristal haciéndose añicos sobre el suelo de la pista de baile.

Me volví y vi a tía Em; a juzgar por su expresión, se sentía culpable. A sus pies, vi un charco de líquido púrpura sobre el que había una copa rota.

Bajé de mi nube particular.

—Oh, Dorothy, cuánto lo siento —murmuró la tía Em—. No estaba atenta y sin querer he tropezado con...

Alcé una mano para que se callara.

—Déjalo —espeté—. Lo que has hecho ha sido desconsiderado e imperdonable. Estabas bailando y ni siquiera te has dignado mirarme. Todo el mundo, repito, todo el mundo estaba mirándome —dije, y me palpé el vestido, que estaba completamente mojado—. Podrías haberme arruinado el vestido.

—Estoy segura... —susurró la tía Em. De repente, le empezó a temblar la barbilla y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Siempre había odiado ver llorar a la tía Em, y en ese momento lo odié todavía más. Lo estaba haciendo para fastidiarme. Intentaba que me sintiera culpable justo el día más feliz de mi vida.

—Límpialo —ordené.

Me miró atónita y horrorizada. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Bueno, estoy segura de que la señorita Ozma puede pedirle a alguien del servicio...

—No —contesté—. Quiero que este desastre lo limpies «tú». Y de

inmediato.

El tío Henry se colocó a su lado.

—Ya basta, Dorothy —dijo, y cogió a mi tía por el brazo—. Todo esto ha ido demasiado lejos.

Por un momento pensé que iba a ponerse furioso, pero, al ver mi expresión de severidad, se acobardó y no dijo nada más.

—Lím-pia-lo —repetí por tercera vez.

Al ver que la tía Em no estaba dispuesta a obedecerme, decidí tomar cartas en el asunto. Las cosas habían cambiado, y ya era hora de que mis tíos lo supieran. Era su sobrina, sí, y me habían criado y dado una educación, pero ahora estábamos en Oz. Y en Oz yo no era una chica de campo cualquiera y, por lo tanto, merecía un respeto.

Los zapatos me instaban a seguir adelante. Me susurraban algo al oído; aquella voz me recordó a Glinda. Era una vocecita dulce pero insistente. Era la voz de Oz, la voz de la magia. Era la voz de mi madre. Decía: «Hazlo. Dales una lección o, de lo contrario, nunca aprenderán. Demuéstrales quién eres. Muéstrales que Oz es tu hogar, tu verdadero hogar. Enséñales quién está al mando aquí».

Todo el cuerpo me ardía, no solo los pies. De hecho, la magia de los zapatos se había extendido por todo mi ser y en mi interior se oía una melodía mágica; la música de la orquesta se transformó en un murmullo lejano. En su lugar, empezó a sonar mi canción. Había nacido para eso.

Todo lo que me había ocurrido hasta ese momento había sido una preparación, una preparación para ese momento, para afrontar mi destino, para darme cuenta de quién era en realidad.

Tiré de los hilos con los que controlaba a mi tía y la envié al suelo; ella se cayó de bruces y de inmediato se puso a lloriquear mientras limpiaba aquel desastre con un trapo andrajoso que había conjurado especialmente para ella.

—Lo siento mucho, Dorothy —gimió—. Eres una chica lista, además de hermosa. Me siento afortunada por haberte conocido, por haberte podido mantener a salvo todos estos años. Perdóname, te lo ruego.

—Y ahora el vestido —ordené.

La tía Em se levantó y empezó a frotar el vestido con el trapo. Podría haberlo limpiado yo con tan solo chasquear los dedos, pero no quise.

—Es un honor —farfulló la tía Em—. Es un honor servirte.

De pronto, vi a Ozma delante de mí. No la había visto acercarse.

Estaba distinta. Aquella era la princesa que había visto en el laberinto el día que nos presentaron. Sentí que me había estado escondiendo esa parte de ella desde entonces. No quedaba ni rastro de la niña alegre e inocente que había conocido. De hecho, no parecía ninguna niña.

Su tez de porcelana se había vuelto roja como el fuego, radiante; sus ojos, de color verde esmeralda, parecían enormes e irisados; su cabellera azabache se había convertido en un nido de serpientes oscuras que se retorcían sin cesar.

Dejó al descubierto las mismas alas que me había mostrado aquel día en el jardín, solo que ahora eran mucho más grandes; de hecho, eran el doble que ella y crepitaban con energía mágica.

Era un hada, pero no parecía una princesa hada, sino una reina.

—Dorothy —dijo. Su voz resonó en el salón de baile—. Ha llegado el momento de que te marches.

—No —creí decir, pero las palabras no se oyeron.

Junté los talones en un intento desesperado de recurrir a mi magia para enfrentarme a ella. Pero no funcionó. De hecho, no sucedió nada. Sentí frío en los pies. Un frío helador. Fue como si alguien hubiera absorbido toda su magia.

Y luego, con todos mirándome, di media vuelta y me fui. Había perdido. Había perdido mi magia. De hecho, lo había perdido todo. Todo ese esfuerzo tirado a la basura. Horas y horas de práctica para nada. Ozma me había ganado la partida y me estaba controlando.

—¡Espera! —dijo el Espantapájaros.

Pero no pude responderle.

En un abrir y cerrar de ojos me planté de nuevo en mi habitación; me desplomé sobre la cama y caí en un profundo sueño.

DIECIOCHO

*M*e desperté y me encontré a la tía Em sentada a los pies de mi cama. Había abierto las ventanas y la luz que se filtraba en la habitación enmarcaba su silueta en un halo fantasmagórico. La brisa me rozó el rostro. Olía a hierba recién cortada y a barro y a lluvia fresca. Olía a casa.

Por un segundo pensé que estábamos en Kansas y que todo no había sido más que un sueño. Siempre había odiado que las mejores historias acabaran así.

—Dorothy —dijo la tía Em.

Me froté los ojos, todavía un poco desorientada, y traté de rememorar lo ocurrido la noche anterior. En mi memoria todo estaba borroso. Había asistido a una fiesta y había estado bailando con el León y...

Oh.

Hundí la cabeza en la almohada y gruñí. Quería borrar todos aquellos recuerdos de mi cabeza. Cerré los ojos, dispuesta a volver a dormirme. Pensé que así quizá todo se solucionaría.

—Dorothy —repitió la tía Em, y me quitó la almohada. Traté de volver a cogerla para taparme la cara, pero ella me lo impidió—. Son casi las dos de la tarde.

—Necesito dormir —repliqué—. Creo que anoche comí algo que me sentó mal. No me encuentro bien, en serio.

Me retiró un mechón de cabello de la cara y me miró con cierta compasión. Esperaba que estuviera enfadada, pero no vi ni rastro de rabia.

—Ya lo sé, cariño —dijo—. Quiero que sepas que no estamos enfadados. Me incorporé lentamente y me apoyé sobre el cabezal tapizado en seda.

—¿De veras? —pregunté, un tanto cautelosa.

—Claro que no. Sabemos que tu intención no fue hacer lo que hiciste.

—¿En serio?

—Sí, cielo. Tu tío y yo hemos tenido una larga charla con Ozma, y todos estamos de acuerdo en que no tienes culpa de nada. Son esos zapatos. Te han hecho algo. Algo terrible, desde luego.

—No son...

—Además, creemos que ha llegado el momento de que volvamos a casa. Llevamos aquí demasiados días.

—¡No! —exclamé, y bajé de la cama de un brinco; luego me vestí con el camisón de brocado que estaba sobre el sillón—. ¿Es que no lo veis? —pregunté rabiosa—. Es ella. Ozma. Os está manipulando: quiere convenceros de que me pasa algo, pero en realidad está asustada; está asustada porque soy más poderosa que ella. Quiere librarse de mí, del mismo modo que lo hizo con Glinda. Pues bien, esta vez la princesa no va a salirse con la suya porque no pienso irme a ningún sitio.

Me di media vuelta y vi a Ozma plantada en el umbral de la puerta.

Bajo aquella luz de mediodía y con un vestidito blanco, parecía la niña más inocente del reino.

—Tienes razón —dijo Ozma con tristeza—. En una cosa, al menos. Tenía «miedo» de Glinda. Estaba acostumbrada a campar a sus anchas por palacio. Intentó manipularme en más de una ocasión, así que no me quedó más remedio que echarla. Oz ya ha tenido demasiados gobernantes crueles. Si Glinda hubiera conseguido su objetivo, yo habría sido otra princesa despiadada y desalmada. No podía permitir que ocurriera.

—Ahórrate el discurso —espeté—. No me creo ninguna de tus palabras. Llevas mintiéndome todo este tiempo, intentando hacerme creer que eres una niña inocente y alegre cuando, en realidad, eres igual que el resto de las brujas: quieres que Oz sea tu patio de juegos particular y te niegas a compartirlo con nadie.

Ozma sacudió la cabeza.

—¿Es que no lo ves? Cuando vio que no podía controlarme, se le ocurrió

probarlo contigo. Y por eso te envió los zapatos. Te trajo aquí para que hicieras el trabajo por ella. Y le está funcionando.

—¡Mentira! Glinda me regaló los zapatos porque sabía que yo era la única que podía salvarla. Y eso es «exactamente» lo que pienso hacer.

La verdad es que no sé por qué me molesté en hablar con ella. Podía solucionar todo aquel embrollo en un santiamén, con tal solo juntar los talones.

Lo único que tenía que hacer era borrar la mente de Ozma. Lo había hecho antes y podía volver a hacerlo.

Conjuré un hechizo, pero, cuando busqué mi magia, solo encontré un vacío, un vacío inmenso y doloroso. Me había acostumbrado a ella. Aunque a veces no podía utilizarla, siempre estaba «allí». Consolándome, protegiéndome. Alimentándome.

Y ahora ya no estaba.

Me miré los pies; estaba al borde de un ataque de pánico. Los zapatos seguían ahí. Tan rojos, tan brillantes y tan bonitos como siempre. Pero ya no tenían vida propia, ya no los sentía como una extensión de mi propio cuerpo, sino todo lo contrario; ya no me pertenecían y los notaba pesados. Ahora no eran más que un par de zapatos normales y corrientes con unos tacones de infarto.

Al verme tan desesperada, Ozma se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—Lo siento —murmuró—. No puedo quitarte los zapatos. No sé qué tipo de hechizo los mantiene aferrados a tus pies, pero ese tipo de magia es irreversible, incluso para mí. Lo que sí puedo hacer es evitar que tengas acceso a su poder. Y lo he hecho. No quería, créeme. Pensé que serías capaz de soportarlo, que serías lo bastante fuerte como para resistirte a su tentación. Al fin y al cabo, eres Dorothy. Si alguien puede luchar contra las manipulaciones de Glinda, esa eres tú. Pero la bruja es poderosa y despiadada. No sobrevivió a las demás brujas jugando limpio, evidentemente.

—Nadie se habría resistido —dijo la tía Em. Se levantó de la cama y se acercó a mí. Luego apoyó una mano sobre mi espalda. Supongo que su intención era consolarme, pero no lo soporté y la aparté de un manotazo—. Es demasiado tentador —añadió—. No es culpa tuya, Dorothy. Y algún día te

darás cuenta. Es por tu propio bien. Debemos volver a Kansas.

—¡No! —grité, y me di la vuelta, furiosa.

Busqué algo, cualquier cosa, que pudiera utilizar contra la princesa. Pero ya era demasiado tarde. Ozma ondeó su cetro en el aire y, de repente, vi un destello de luz blanca que me cegó por completo.

Por fin todo a mi alrededor empezó a cobrar color. Estaba en mitad de un campo infinito que, con el soplo de aquella brisa, ondeaba como un océano. Me sentía un poco mareada y con el estómago revuelto. Traté de ponerme en pie. ¿Estaba en Kansas? ¿De veras había sido tan fácil enviarme de nuevo a casa?

No. Seguíamos en Oz; a lo lejos, rompiendo la monotonía del horizonte, advertí la silueta de Ciudad Esmeralda. Pero no estaba sola. Ozma estaba delante de mí. La tía Em todavía se recuperaba del susto. A apenas un par de metros, vi al tío Henry, que sostenía a *Totó* entre sus brazos. En cuanto el pequeño terrier me vio, empezó a retorcerse entre los brazos de mi tío y, tras dar un brinco, arrancó a correr hacia mí. Yo apenas era capaz de mantenerme en pie. *Totó* dio varias vueltas alrededor de mis tobillos mientras olisqueaba mis zapatos. Estaba desconcertado, confundido. Él también intuía que faltaba algo.

—Me siento fatal —oí decir al tío Henry—. Sé lo mucho que quieres quedarte aquí, créeme. Solo espero que algún día lo entiendas.

—Enviaros a casa no es tan sencillo —intercedió Ozma—. Reconozco que hasta hace un par de días no tenía la menor idea de cómo conseguirlo. No se sabe mucho sobre los muros que separan vuestro mundo del nuestro. He tenido que recurrir a algo que sí conoce el camino.

No sabía de qué pamplinas estaba hablando y, la verdad, me importaba bien poco. Lo único que quería era encontrar un modo de detenerla.

—Cuando lleguéis a Kansas, no recordaréis nada de esto. Creo que es lo mejor. Para vosotros no habrá sido más que un sueño, un sueño agradable y placentero. Una historia que vivió otra persona.

—¡No! —grité otra vez, y me abalancé sobre ella.

Tal vez me había arrebatado mi magia, pero todavía conservaba mis dos

manos. Y si para quedarme aquí tenía que estrangularla, no me temblaría el pulso, desde luego.

Sin embargo, antes de que pudiera alcanzarla, ella levantó su cetro y, de inmediato, me golpeé contra una pared de cristal. La aporreé con todas mis fuerzas, pero fue en vano. Aquel muro invisible era indestructible.

—Siempre te estaré agradecida, Dorothy —dijo Ozma, ignorando por completo mis chillidos—. Salvaste el reino de Oz. Lo creas o no, te considero una amiga.

Y así, sin decir nada más, echó la cabeza hacia atrás y alzó de nuevo su cetro. Sus alas se desplegaron y, de inmediato, la princesa se elevó hacia el cielo. Miré hacia arriba y vi que, de entre las nubes, salía una columna de luz. Aquel rayo fulgente se posó sobre la princesa. Ozma empezó a brillar con tal intensidad que apenas podía verla. En un abrir y cerrar de ojos, se convirtió en una esfera luminosa.

Seguía furiosa, pero admito que me impresionó. Había conocido reinas, hechiceras y magos, pero jamás había visto a nadie transformarse en una estrella.

El tío Henry abrazó a su esposa. Incluso *Totó* se acomodó sobre sus patas traseras y observó el espectáculo maravillado.

Mientras Ozma conjuraba el hechizo, un fuerte viento empezó a agitar las copas de los árboles. Unos nubarrones eclipsaron el sol, bañando de gris todo el reino. Parecía que se avecinaba una tormenta. La luz también cambió; el cielo se empezó a teñir de un tono verde enfermizo.

En aquel momento noté que me ocurría algo. Sentí un suave cosquilleo en los pies que, en cuestión de segundos, se extendió por todo mi cuerpo. Todo mi ser vibraba de energía.

Nadie se percató de lo que estaba pasando.

Ozma estaba tan absorta conjurando aquel hechizo que ni siquiera se dio cuenta de que las cadenas que había puesto en mis zapatos habían empezado a desvanecerse. Era un hada poderosa, pero no lo suficiente como para mantener dos hechizos a la vez.

Mi magia estaba volviendo a mí.

De pronto, vi que se acercaba. Aquel chamizo destartado, la misma casucha que me había traído hasta Oz, volaba por el cielo, acercándose

peligrosamente como un disco volador. A eso se refería Ozma con lo de «algo que ya conozca el camino». La princesa pretendía meternos en aquella horrorosa casucha ruinoso para enviarnos a Kansas.

No me lo pensé dos veces. Los zapatos me apretaban tanto que hasta me dolían.

Todo ocurrió muy rápido. Como todas las cosas importantes, ¿no?

Aquella chabola avanzaba a toda velocidad por el cielo, planeando más rápido de lo que hubiera imaginado. Se quedó suspendida sobre nuestras cabezas y, poco a poco, empezó el descenso.

El pelo se me erizó y todo mi cuerpo vibró de miedo, rabia y poder. Un poder que jamás había sentido. De hecho, «nunca» había sentido nada igual.

No sabía cuánto duraría, pero una cosa tenía bien clara: solo tendría una oportunidad.

Ni siquiera pensé en qué hacer; solo sabía que tenía que hacer algo. Así que extendí los brazos, furiosa y desesperada. Reuní hasta la última gota de magia que fluía por mi cuerpo y la cogí. Sí, esa fue la sensación. Fue como si me hubieran crecido unas manos gigantescas capaces de arrebatar esa vieja granja de las garras mágicas de la princesa. Fue fácil.

La levanté y se la lancé; sí, arrojé aquel cuchitril a la princesa como si estuviera tirando un puñado de maíz a la *Señorita Millicent*.

Ozma debió de leerme la mente, porque reaccionó enseguida. Un segundo antes de que la vieja granja le cayera encima, la columna de luz que la mantenía suspendida desapareció, devolviéndole así su cuerpo humano. La princesa gritó y, con su espesa cabellera arremolinada a su alrededor, batió las alas con todas sus fuerzas. En un acto instintivo, cruzó los brazos, como si quisiera protegerse. Y en ese instante se materializó una especie de escudo de color verde.

Como ya he dicho, todo ocurrió muy rápido. Demasiado rápido, de hecho.

La casucha se estrelló contra el campo magnético que había creado Ozma. Pero no logró romperlo. En lugar de eso, rebotó en el escudo, lo cual produjo un ruido ensordecedor, y salió volando por los aires. Tras varias piruetas, cambió de rumbo y empezó a descender justo donde estaban mis tíos, que contemplaban la escena boquiabiertos.

—¡Dorothy! —gritó la tía Em al ver que estaba a punto de ser aplastada

por su vieja granja.

—Haz al... —chilló el tío Henry.

Totó dejó escapar un aullido y, en un intento desesperado, levanté la mano y traté de conjurar otro hechizo para frenar la caída, pero fui demasiado lenta.

Cuando la nube de polvo se esfumó, vi la granja. Seguía de una pieza. Lo único que vi de mi pobre tía Em fueron sus pies asomando por debajo de nuestro antiguo porche.

DIECINUEVE

Silencio.

Un silencio terrible, atroz y espeluznante.

Un silencio que rompió mi voz temblorosa.

—¡Tía Em! —grité—. ¡Tío Henry!

Pero no hubo respuesta. Y sabía que no la habría.

Me desplomé sobre el suelo, justo delante de la que durante muchos años había sido mi casa, y me eché a llorar.

¿Qué había hecho? Estaba muerta. Y mi tío Henry también.

No podía dejar de llorar. Notaba un nudo en la garganta que me impedía respirar. El corazón me dolía, literalmente. Ellos eran mi única familia. A pesar de todo, me habían querido. Me atraganté con mis propias lágrimas. ¿Por qué se me había ocurrido traerles allí? Debería haberlos dejado en Kansas. Allí habrían estado a salvo. Y felices. Nunca pidieron venir a Oz. Desde que aterrizamos en el reino, su único deseo había sido volver a casa, a lo que yo me había opuesto desde el principio.

No. No era culpa mía. Sino suya. Ella los había matado.

Temblaba, pero no de frío o de miedo, sino de rabia y de sed de venganza. Busqué a Ozma y la vi en el suelo, tratando de ponerse en pie.

Las nubes que se cernían sobre mi cabeza empezaron a espesarse y a ennegrecerse. Los zapatos me estrujaban los pies, como si alguien estuviera apretando unos tornillos invisibles. Brillaban como nunca, como hechos de relámpagos rojos. Ozma me miró asombrada.

—Tú has hecho esto —la acusé—. ¡Tú los has matado!

Me dirigí hacia ella hecha una furia. La odiaba y, por extraño que parezca, me pareció bien. O mejor dicho, natural.

Bajé la mirada y vi que de los zapatos nacían unas diminutas horcas de luz. Bajo ellos notaba un pulso mágico. Pero aquellos zapatos de tacón de aguja no estaban vivos. Era yo. Aquel pulso era, en realidad, el latido de mi corazón. Ahora, su magia formaba parte de mí.

Noté una sacudida, una oleada de energía mágica que recorrió todo mi cuerpo. Solté un grito. Por un momento pensé que iba a arder en llamas. Caminé con paso firme hacia Ozma. Mis gritos se volvieron alaridos de angustia, más aterradores que los árboles gritones del bosque del Miedo.

Al ver mis intenciones, la princesa dio un paso atrás. Su expresión era de terror.

—¡Dorothy, no! ¡Por favor! ¡No dejes que te controle! ¡No sucumbas!

—Demasiado tarde, princesita —respondí.

Cuando aquellas palabras salieron de mi boca, sentí que todo Oz gritaba conmigo.

—Por favor, cálmate. No tienes ni idea de lo que estás haciendo. Aún puedes salvarte. Piénsalo bien.

Con un rugido más aterrador que el de un león salvaje, desaté toda la magia que habitaba en mi interior, toda la energía que había acumulado desde que llegué al reino.

Fue asombroso.

La magia explotó por todo mi cuerpo y empezó a fluir como ríos desbocados, rompiendo contra la orilla con violencia.

Aquella fuerza absorbió la magia que rondaba por el suelo y por el cielo, me sacudió y después fue directa a ella.

Ozma gritó cuando aquel chorro de energía pura la golpeó. Después explotó en un millón de zarcillos de luz lila, verde y roja. Fue como un espectáculo de fuegos artificiales, pero en su versión más macabra.

La princesa no contraatacó. Quizá no pudo, tal vez había agotado toda su magia al hechizar mi antigua casa. O quizá no quiso. Puede que estuviera demasiado asustada. No sabía el motivo, pero tampoco me importó. Lo único que quería era verla muerta. Y quería que la muerte fuera lenta y muy muy

dolorosa.

Pero no murió. Consumí toda la magia que fui capaz de retener y me pareció verla tirada en el suelo sobre un charco de su propia sangre. Pero Ozma se puso en pie. Y encima lo hizo con elegancia y agilidad, como si no hubiera ocurrido nada.

Sin lugar a dudas, era más poderosa de lo que creía. Había cambiado. No tenía ni un solo rasguño. Tal vez mi ataque solo había servido para hacerla más fuerte.

Todo su cuerpo se volvió del color de la medianoche. Su tez pareció cobrar vida propia, como si un humo negro se arremolinara bajo su piel. Sus ojos se transformaron en dos cuevas profundas y doradas. De repente, su cetro se convirtió en un relámpago de luz capaz de alcanzar el mismo cielo.

—No tienes ni idea de quién soy —chilló, aunque oí cien voces distintas—. Por mis venas corre la sangre de Lurline. Soy la hija de la Flor Ancestral. Soy la primera y la última de los seres intermedios. Soy Oz.

Golpeó su cetro contra el suelo y de ese diminuto agujero empezó a salir todo un enjambre de mariposas negras. Vinieron todas hacia mí; me tiraron al suelo y se me clavaron en la piel, tratando de absorber toda mi energía vital.

Pero los zapatos me protegían. Me envolvieron en un resplandor carmesí que, poco a poco, fue calcinando todas las mariposas que osaban tocarme. En cierto modo fue como si yo fuera una vela en la oscuridad, una vela cuya llama atraía a todos aquellos insectos.

Recuperé el control. Ozma me lo había arrebatado todo. Todo lo que quería, todo lo que me importaba.

Me había quitado a Glinda, a mí tía, a mi tío y mi magia. Y, por último, había intentado quitarme mi reino.

—Yo soy Dorothy —grité.

Cerré los ojos y junté los talones tres veces, suplicando al reino de Oz que me entregara toda la oscuridad, el poder y los hechizos que poseía.

Y lo hizo.

Explotó en mi interior. Pero esta vez no fue únicamente magia. No solo fueron los zapatos rojos. Fui yo. Por eso había venido a Oz. Por eso había regresado.

Fue ese el deseo que había tenido durante toda mi vida. La esperanza de

que el destino me tuviera preparado algo mejor, algo que fuera para mí y solo para mí.

Ozma no me llegaba ni a la suela de los zapatos. Dudo que hubiera sentido algo parecido en su vida. Lo tenía todo y le importaba bien poco.

Pero a mí sí me importaba. Yo quería. Quería más. Mi deseo era conjurar un tornado y arrojarlo a la princesa para que se la tragara y después la escupiera al aire, como si no fuera más que una triste y miserable pluma. Ella gritó y trató de esquivar el ciclón, pero no había nada que pudiera hacer.

Era absurdo. No era una contrincante digna para mí. Tal vez fuera la princesa legítima del reino, una flor delicada y hermosa cuya sangre pertenecía a la estirpe de aquella hada de nombre extraño, pero yo era la chica que cabalgó el ciclón, la que había acabado con la dictadura de las brujas. Había viajado hasta Oz contra todo pronóstico, y no solo una, sino dos veces.

Observé sin perder la calma cómo la silueta oscura de Ozma empezaba a desintegrarse en el interior de aquel torbellino. De repente, vi una espantosa explosión de tiras negras y doradas. Fue como si un ovillo se estuviera desenredando. Como si Ozma estuviera «fundiéndose».

Y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Por tercera vez, Oz me había elegido. A mí.

Las nubes se disiparon y todo volvió a la normalidad. La tormenta que había conjurado se esfumó en cuestión de segundos. Por un momento pensé que todo lo ocurrido había sido fruto de mi imaginación, pero no. Sentía que la cabeza me iba a explotar en cualquier momento y me dolía todo el cuerpo. De hecho, estaba exhausta.

La cabaña destartada seguía en pie, invencible, impertérrita y con los pies de mi pobre tía asomando por debajo del porche. Miré hacia otro lado. No podía soportar ver aquella imagen.

Y entonces la vi. A ella.

Ozma yacía en el suelo; se le había caído la corona y su cetro estaba a varios metros de distancia. Tenía todo el vestido manchado de sangre y de barro; la cara, amoratada e hinchada. Pero estaba respirando.

De pronto, se incorporó y miró a su alrededor. Di un paso hacia delante, dispuesta a seguir luchando. Dispuesta a hacer todo lo que estuviera en mi mano para acabar con ella. Y entonces me di cuenta de que sonreía. Pero no era una sonrisa normal, sino completamente inexpresiva. Su mirada también estaba vacía. Me miró y ladeó la cabeza.

—¿Quién eres? —preguntó con una vocecita estúpida.

Bajé los brazos.

—¿Ozma?

La princesa se rio como una niña tonta.

La señalé con el dedo y traté de invocar mi magia. Solo necesitaba un poquito, lo suficiente para acabar con ella de una vez por todas. Pero lo único que disparé fue un puñado de chispas rojas que se apagaron antes de aterrizar en el suelo. Había agotado toda mi magia, o eso supuse. Seguramente tardaría unos días en recargarse.

Ozma no pareció comprender que no era su amiga, pues, de repente, empezó a aplaudir.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó—. ¡Hazlo otra vez!

Pero antes de que se me ocurriera algo más, oí un gemido agudo a mis espaldas.

—¿*Totó*? —llamé, y me di la vuelta.

En mitad de aquella conmoción, me había olvidado por completo de mi perro. Lo busqué y, de repente, vi a Glinda junto a mi antigua granja.

Llevaba un vestido rosa que parecía hecho de hilo de amanecer; su mirada era tierna y entrañable. Se arrodilló y acarició a *Totó*, que no dejaba de brincar alegremente a sus pies. Al levantarse me vio y esbozó una amplia sonrisa. Se recogió la falda del vestido y salió corriendo hacia mí.

—¡Dorothy! —llamó con su voz, tan dulce y alegre como siempre—. Mi hermosa, poderosa y furiosa Dorothy. Sabía que podía contar contigo. Y no me equivocaba. ¡No me equivocaba en absoluto!

Hizo un gesto hacia Ozma, que no dejaba de dar vueltas con los brazos extendidos. Se mareó y, al caerse de bruce, se rio a carcajadas. Era evidente que la princesa era ajena a todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—¿Qué le he hecho? —pregunté.

—Oh, has hecho lo que tenías que hacer —dijo Glinda, y se encogió de

hombros.

—No podías matarla. Creo que es imposible matarla, a menos que destruyas Oz. Pero, bueno, no ha estado nada mal.

Glinda echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada casi melódica.

La verdad es que estaba un poco confundida.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Te haré un resumen —dijo Glinda cuando terminó de reír—. Le has arrebatado a Ozma todo su poder y se lo has devuelto al reino. A Oz, el lugar donde debería estar. La princesita pretendía acaparar toda la magia del reino; de hecho, ese había sido su objetivo desde el principio. Por eso me despreciaba y por eso deseaba quitarte los zapatos. Su intención siempre fue acumular toda la magia que pudiera. Todas las hadas son iguales.

—Pero yo creía que las hadas habían entregado su magia a Oz.

—Oh, así que te contó ese cuento chino, ¿verdad? Estoy segura de que no te creíste ni una palabra. Esas hadas son criaturas codiciosas. No podía soportar que otra persona utilizara la magia. Hiciste lo que tenías que hacer. Hiciste lo correcto. Y Oz te lo agradecerá algún día. Por ahora tendrás que conformarte con mis gracias. Me has salvado, Dorothy. No te imaginas lo horrible que ha sido para mí estar encerrada.

—¿Y cómo...?

—En cuanto acabaste con Ozma, la cárcel en la que me mantenía atrapada dejó de existir. ¡Puf! Así de fácil. Lo primero que hice fue venir a buscarte. Estaba preocupada por ti. Fue un milagro que pudiera hacerte llegar ese par de zapatos. Pero, ya sabes, incluso encadenada en la mazmorra más profunda del reino, esta vieja bruja todavía guarda varias cartas bajo la manga —explicó; arqueó una ceja y volvió a echarse a reír, pero esta vez extendió los brazos, como si quisiera abrazarme—. Oh, ven aquí, tonta.

En cuanto oí aquella invitación, me lancé a sus brazos y, de repente, rompí a llorar. Ella me estrechó con más fuerza.

—Mi tía —sollocó hecha un paño de lágrimas—. Mi tío...

Glinda seguía abrazándome. Luego me dio un beso en la frente. La tía Em también solía abrazarme, y por supuesto sabía que me quería, pero siempre había notado una especie de distancia entre nosotras. Nunca había querido tener hijos y, aunque se había esforzado muchísimo en criarme, siempre supe

que yo no entraba dentro de sus planes familiares.

Y ahora, mientras Glinda me besuqueaba la frente y me estrechaba entre sus brazos y me acariciaba el cabello, me pregunté si por fin sabría lo que se siente al tener una madre.

—Cariño —dijo con ternura—, siento mucho lo que les ha ocurrido. Pero era inevitable. Y, ¿sabes qué?

—¿Qué? —pregunté.

Ella se apartó y yo di un paso atrás. Me sujetó por los hombros y me miró con un cariño infinito.

—Ahora vas a tener una familia nueva. Una familia que te va a querer más de lo que imaginas.

—¿Quién? —pregunté.

—¿Quién crees, tontaina? Pues yo, por supuesto. Y el Espantapájaros, y el León, y el Hombre de Hojalata, y, ¡oh!, todo el reino de Oz. Vas a ser la nueva princesa de Oz. Además, vas a ser la chica más querida y admirada de este mundo. ¡Si es que no lo eres ya!

—¿Voy a ser princesa? —pregunté.

—¿Quién si no? —respondió Glinda—. ¿Ella? —dijo refiriéndose a Ozma, que ahora estaba arrodillada y, con una curiosidad inmensa, olisqueaba un ramo de florecitas silvestres—. A ver, pueden seguir llamándola princesa por su magia de hada. Menuda cursilería. Como ves, en su situación, no puede sentarse en el trono. Cuando volvamos a palacio, me encargaré de que firme un decreto para nombrarte princesa sustituta y protectora de la Corona. No será muy complicado. La instalaremos en una habitación llena de muñecas y juguetes, y dejaremos que corretee todo lo que quiera en sus aposentos. Mientras tanto, tú te sentarás en el trono y te encargarás de todas las tareas de una princesa. Con mi ayuda y mi guía, claro está. No tardarán en olvidarse de ella; los habitantes de Oz tienen muy mala memoria. Benditos sean. Y, créeme, adorarán a su nueva monarca. ¡Oh, por no hablar del acto de coronación!

Miré a Ozma, luego a Glinda y por último a la granja. No estaba segura de todo lo que estaba ocurriendo. Los pies de la tía Em señalaban a ángulos distintos. Llevaba las mismas botas de cuero que vestía a diario en la granja; en palacio, había tenido acceso al zapatero más elegante y distinguido del

mundo, pero, aun así, había sido fiel a sus principios y había preferido conservar aquel par de botas viejas.

Glinda se percató de mis dudas. Con expresión compasiva, arrugó la frente.

—Pobrecita. Siempre has sido una niña muy sentimental.

Glinda miró de reojo a la granja y chasqueó los dedos.

—¡Puf! —exclamó, y en cuanto aquella palabra salió de su boca, mi antiguo hogar, junto con mi tía y mi tío, desapareció en una explosión de burbujas rosas. No quedó nada de la granja, ni siquiera una astilla.

De pronto, sentí que me quitaba un peso de encima. Me sequé las lágrimas y dejé de lloriquear.

—Mucho mejor así, ¿no crees?

—Pues sí —contesté.

Ahora que aquella cabaña destartalada había desaparecido, y con ella un montón de recuerdos, todo lo ocurrido en el último par de semanas parecía un sueño, un sueño de una anécdota muy lejana.

—No importa de dónde vengas —prosiguió Glinda—. Yo tampoco nací en Oz, ya lo sabes. De hecho, vengo de un lugar bastante parecido a Kansas. Algún día te contaré la historia, aunque créeme, es muy aburrida.

—Me encantaría escucharla —murmuré.

Glinda me dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Bien. Muy bien. ¿Qué te parece si nos dejamos de tanta ñoñería y volvemos a palacio? Tenemos una corona que elegir —dijo—. ¿No te parece buena idea?

Sí. La verdad es que sí.

Después se dirigió a Ozma.

—Tú también, cielo —dijo. La princesa vino corriendo hacia nosotras, no sin antes tropezar varias veces—. ¡Qué hermanas tan maravillosas!

Ozma asintió emocionada y me cogió de la mano.

Glinda me guiñó un ojo.

—Bueno, más bien primas lejanas —dijo entre dientes.

Me rodeó el hombro con el brazo y las tres empezamos a caminar hacia Ciudad Esmeralda.

—Ahora —dijo Glinda—, cuéntame «todas» tus aventuras. Traté de

seguirte la pista desde la cárcel donde Ozma me tenía encerrada, pero las visiones eran muy borrosas, como escuchar la radio con la antena desintonizada.

Eché una última mirada atrás. La casa había desaparecido. Mi tía y mi tío habían desaparecido. Ozma brincaba alegremente por el campo, ajena a todo lo sucedido.

Menuda compañía, pensé. Pero luego vi a *Totó*, que correteaba detrás de nosotras. Y también podía contar con Glinda. Y con todos mis amigos, que me estarían esperando con los brazos abiertos. Tenía mi reino.

Noté una oleada de magia y felicidad; empezó por los pies y, poco a poco, fue extendiéndose por todo mi cuerpo. Sin pensarlo, cogí un puñado de aquella energía y la lancé al cielo. Explotaron fuegos artificiales rosas y dorados.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Glinda con orgullo—. Oh, me muero de ganas de enseñarte todo lo que puedes hacer con ella. Naciste para ser bruja, ¿lo sabías?

Demasiado bonito para ser verdad. Kansas formaba parte del pasado, de un pasado muy lejano; había empezado una nueva etapa, una etapa maravillosa en la que todo era brillante, colorido y lleno de vida.

Muchos dicen que no puedes volver a casa. Bueno, tengo la prueba de que eso no es cierto. Ahora bien, ¿dónde está ese lugar? No siempre está donde uno nace o se cría, sino allí donde echa raíces. Ahora me sentía como en casa. Nunca, pasara lo que pasara, volvería a cometer el error de marcharme. Había dejado mi pasado atrás. Como en Oz, en ningún sitio.



DANIELLE PAIGE. Autora *best seller de The New York Times* por las series *Dorothy debe morir* y *Stealing Snow*, trabaja también para la industria de la televisión. Graduada por la Universidad de Columbia, vive actualmente en Nueva York.